



ME GUSTAS
DE TODOS
LOS COLORES

IRIS T. HERNÁNDEZ

zafiro[♥]

Índice

Portada

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Nunca desistas de un sueño.
Sólo trata de ver las señales que te lleven a él.

PAULO COELHO

Capítulo 1

Estoy sentada en el asiento que la compañía aérea me ha indicado cuando he facturado, el más cercano a la ventanilla, rodeada de desconocidos que tendré que ver durante unas horas (ya llevo más de tres); el viaje es largo, pero estoy segura de que valdrá la pena. Me siento afortunada por ser una de los veinte elegidos para participar en el encuentro de «El erotismo». Aún recuerdo la cara que se le quedó a mi madre cuando dije esas palabras, no sé adónde pensó que me iba, seguramente me imaginaba participando en una orgía. No puedo evitar reír al recordarlo. Mi padre, en cambio, sonreía sin decir nada para evitar que se enfadara con él.

La dejé sin habla, lo único que repetía era: «Por Dios, en el pueblo van a pensar que eres una depravada...». Ése es mi lastre: el pueblo. Yo no quiero pertenecer a ese lugar. Allí nadie me entiende, no entra en mis planes ser la cajera de la gasolinera o del único supermercado que hay. Mis amigas pueden ser felices con esa vida, pero yo no. Mis aspiraciones van más allá, disfruto pintando; desde pequeña he tenido un pincel en las manos y desde siempre dibujé lo que veo o imagino. Por mucho que quisiera estudiar, me era imposible, siempre desviaba la atención garabateando en cualquier trozo de papel que tuviese a mano. Hasta que por fin pude plantarme ante mis padres y decirles que quería estudiar arte. A mi madre no le parecía bien, pero tras sus intentos fallidos por convencerme de que fuera la notario del pueblo, que por aquel entonces no había ninguno, desistió y me permitió estudiar la carrera que yo había elegido.

Hace unas semanas encontré por Internet un concurso de pintura, el tema era de libre elección dentro del erotismo, y sin pensarlo dejé volar mi imaginación dibujando la figura de una pareja sobre la nieve completamente desnudos. Místico, impensable en la vida real, pero tras unos trazos suaves y delicados conseguí cautivar a alguien, ya que me eligieron, y aquí estoy, camino de Nueva York, rumbo a una de las ciudades más cosmopolitas, con la que he soñado miles de veces.

Cuando aterrice me espera un duro trabajo; durante un mes estudiaré en una de las escuelas más importantes del mundo, y estoy deseando llegar. Por suerte, tengo una tableta que me regaló Pablo, mi mejor amigo, al despedirnos. No quería que perdiéramos el contacto y la compró para que tuviera conexión a Internet en todo

momento.

Aún queda la mitad del trayecto, y necesito distraerme para no aburrirme, así que busco música que tenía guardada en el teléfono y consigo evadirme un rato del vuelo, creo que hasta doy alguna cabezada. Sumergida en mis pensamientos, apenas me doy cuenta de que el piloto nos ha indicado que nos abrochemos los cinturones, ya que en breve aterrizaremos.

En ese mismo instante siento un mareo, creo que me va a dar algo de un momento a otro, pero logro respirar hondo y trato con todas mis fuerzas de relajarme. Sin embargo, por mucho que lo intento, saber que estoy llegando me pone nerviosa, más bien, atacada. Me abrocho el cinturón y me agarro las piernas como si con ello pudiera ayudar a tomar tierra. Unas turbulencias hacen que todos se asusten. Discretamente, me incorporo para observar las miradas de nerviosismo del resto de los pasajeros, hasta que sus rostros sonrían en el instante en que notamos que el tren de aterrizaje golpea levemente la pista.

Cojo mi bolso y guardo la tableta corriendo para poder salir cuanto antes de este avión; estoy harta de estar sentada y necesito moverme de forma inmediata. En cuanto puedo levantar el culo del asiento, estiro las piernas y yergo la espalda, consiguiendo que la azafata que está frente a mí sonría.

Sin tiempo que perder, me despido de la tripulación con la mano y salgo entre el tumulto de pasajeros en dirección a la zona de recogida del equipaje. Observo a mi alrededor, no pierdo detalle de nada, e incluso algún pasajero me empuja para apartarme de en medio. Soy una chica de pueblo y lo llevo escrito en la frente, sin duda alguna. Doy varias vueltas sobre mí misma para poder ver con detalle cada uno de los rincones del aeropuerto de esta gran ciudad, la que me ha abierto sus puertas y me va a convertir en alguien nuevo.

Cruzo la salida y una fila de taxis de color amarillo me provoca una carcajada incrédula que no pasa desapercibida para los que caminan a mi lado, pero es que siento que estoy en una escena de una de esas películas americanas que he visto cientos de veces en el sofá de mi casa.

Hago un gesto con la mano a un taxista, que corre hasta mí, agarra mi maleta como si fuese un peso pluma y la lanza dentro del maletero, ante mi asombro. No digo nada, sólo me dejo embaucar por lo que me rodea, y me siento feliz.

El conductor, de unos cincuenta años, de color, me pregunta adónde quiero que me lleve en inglés, y sin dudarle un instante leo la dirección que la escuela de arte me ha enviado en un correo electrónico. Entonces oigo cómo se ríe. Pero, ¿cómo no lo va a

hacer? Si, para mi desgracia, mi lamentable pronunciación del inglés, teñida por mi acento andaluz, debe de ser incomprensible para él.

—Vamos a su apartamento —me contesta en un perfecto castellano que hace que me sienta como una auténtica idiota.

—Minipunto para el taxista, María —no puedo evitar decir en voz alta—. Gracias. —Miro por la ventanilla y sonrío al sentirme la más pánfila del mundo.

Olvidándome de la escena vivida, observo cada edificio que se cruza en nuestro camino y a los transeúntes que caminan por las abarrotadas calles. El ambiente es muy diferente del de mi pueblo, y deseo con todas mis fuerzas llegar al apartamento cuanto antes para dejar mis cosas y poder pasear. Oler la ciudad y dejar que me lleve con ella.

Entonces oigo música y me doy cuenta de que el conductor está centrado en la carretera a la vez que se mueve siguiendo el ritmo; es una especie de rap moderno, muy pegadizo, tanto que consigue que balancee la cabeza yo también. Cruzamos nuestras miradas a través del espejo retrovisor y él sonrío al verme.

—¿Española?

—¡Sí!

—¿Vienes a estudiar?

—¡Sí! —vuelvo a afirmar como si no supiera unir varias palabras en una misma frase.

—Déjame adivinar... Periodista.

—¡No! Arte.

—Interesante, esta ciudad le gustará entonces.

—Seguro que sí.

El apartamento al que me dirijo es compartido con otra joven que también ha obtenido la beca del mismo modo que yo. Cómo me llegué a reír cuando se lo conté a mi madre. Sonrío al recordar su cara cuando me dijo: «Chiquilla, qué ganas de meterte en un zulo con vete tú a saber quién, sólo tienes que ver lo que pasa en las noticias». Como siempre, en su línea. La quiero más que a nadie, pero en ciertos momentos de mi vida he llegado a sentir vergüenza por su culpa, aunque sé que no lo hace con mala intención, ella es así...

El taxista se detiene justo delante de un edificio de ladrillo marrón oscuro, bastante deprimente, y por un momento imagino a mi madre gritándome: «¡Mira dónde te has metido, si ya te lo decía yo...!», pero yo no soy como ella, yo veo más allá y tengo la esperanza de encontrarme con un apartamento decente tras esos ladrillos

viejos y poco conservados. Sin dudar más, le pago el viaje al conductor y pongo mis tímidas botas sobre suelo estadounidense. Mi estómago se encoge; me duele de la presión que ejerce, estoy nerviosa, muy nerviosa, para qué engañarnos.

Miro al taxista, que aguarda paciente con mi equipaje en la mano, como esperando que le diga algo. No sé por qué, creo que sabe exactamente qué es lo que estoy sintiendo en este mismo instante, seguramente tiene algún poder mental y me está leyendo la mente.

—Todo irá bien, ya verás —me dice.

Le guiño un ojo y, tras ofrecirme mi enorme maleta, subo los tres escalones que me llevan hacia la entrada del edificio.

Sé que es el cuarto piso, y lo primero que hago es resoplar al imaginar que no va a haber ascensor. No obstante, más feliz de lo que he estado nunca, subo como si nada hasta arriba, no sin antes tropezar con algún que otro escalón y golpearme contra la pared hasta el punto de creer que me caeré y tendré que volver a comenzar mi aventura escaleras arriba. Pero no, aquí estoy yo, con las manos temblorosas que sujetan el asa y esperan a que mi cuerpo reaccione, que deje de observar las palabrotas que están escritas en la puerta del que es mi nuevo hogar y me adentre en mi nueva vida.

Respiro hondo y aprieto el botón que asoma discretamente en el marco de la puerta, pero nadie abre. Supongo que mi nueva compañera aún no ha llegado. Así pues, saco del bolsillo una llave que me han enviado junto con mi permiso de estudiante y una guía de la ciudad, y abro la puerta.

Al entrar, confirmo que efectivamente no hay nadie. Me recibe un miniestudio, compuesto por un salón-cocina-comedor minúsculo, todo en una misma estancia, y a cada lado de la sala, una puerta, las dos cerradas. Dejo la maleta junto a un sofá de apenas dos plazas, bastante desgastado y sucio. Jamás había estado en un lugar tan poco acogedor. Tras escudriñarlo, paso un dedo por la tersa tela y un escalofrío me recorre la espalda al anhelar las fundas de mi hogar, los tapetes decorando el sofá y la limpieza de la que carece este sitio.

No quiero mirarlo más. Observo la puerta de la derecha y doy dos golpes para asegurarme de que no haya nadie. Obviamente, no obtengo respuesta, así que abro y me encuentro con uno de los dormitorios; es bastante grande para lo que me esperaba. Al fondo, justo debajo de la ventana, hay una cama, una estructura metálica que simula el armario y, enfrente, una mesa de madera. Es acogedora y está limpia, hecho que me tranquiliza.

Pero, muerta de curiosidad, salgo disparada a ver la habitación que aún no he visto: puede que sean diferentes y sea la afortunada de poder elegir. Abro la puerta sin pensar, entro y me quedo paralizada cuando veo a alguien durmiendo, y soy tan inteligente que, en vez de disimular y cerrar como si nada, doy un grito y me llevo las manos a la boca para retenerlo en vano.

—*Fuck*... —oigo apenas que gruñe quien sea que esté ahí.

Capítulo 2

—Perdona, soy María. ¿Me entiendes? —pregunto pronunciando de forma lenta y exagerada al ver sus rasgos asiáticos. Lo más probable es que no hablemos el mismo idioma.

—Claro que te entiendo: soy española. Me llamo Yué —responde molesta mientras se tapa la cabeza con la almohada para continuar durmiendo y olvidar mi intrusión.

Mis pies caminan solos sigilosamente marcha atrás, siento que mis mejillas están rosadas, que la temperatura ha subido unos grados de los nervios que se han instalado en mi cuerpo. Cierro la puerta sin hacer ruido a la vez que respiro profundamente y entro en la que será mi habitación. Y me río sola de lo estúpida que he podido parecerle.

Me dejo caer sobre la cama y observo el vestidor, si es que puede llamarse de ese modo... Sí, es mi vestidor, aunque mi madre me diría que son tres palos mal puestos y que, cuando menos me lo espere, mi ropa estará en el suelo. Pero debo tener una actitud abierta al mundo, a mi nuevo mundo, el que tanto me gusta; bohemio y apasionante. Coloco mis enseres y preparo mi bolso para salir a la calle. Lo primero que tengo que hacer es comprar una dichosa tarjeta para disponer de Internet, si no, Pablo volará para comprarla él mismo.

Camino por las calles de alrededor y, tras preguntar en varias tiendas, consigo que un joven me indique el lugar donde la encontraré.

Nada más entrar en el establecimiento, me topo con un hombre mayor que ronda los sesenta años. Para mi fortuna, me entiende rápidamente y me entrega una de esas minitarjetas que consiguen que esté conectada al mundo.

Pongo un pie en el exterior y no puedo hacer más que mirar al cielo: los edificios son gigantes, en su mayoría, de vidrio. Me siento como si fuera uno de los enanitos de *Blancanieves*. El bullicio de las calles por unos instantes me abruma, los viandantes se dirigen hacia sus destinos casi corriendo, así que, antes de ser embestida por alguno de ellos, que parecen armarios empotrados, continúo caminando hasta llegar a un parque enorme. Lo reconozco al instante, lo he visto en miles de películas americanas, pero en persona impresiona más, mucho más.

Busco un lugar apartado y me siento sobre el mullido césped. Huele a recién cortado, y las flores de alrededor ambientan la zona deliciosamente. Por primera vez me siento como si hubiera vivido siempre en este lugar, como si esto fuese lo que he necesitado durante tantos años. Me encanta ver a las personas que tengo delante de mí; unas corriendo, otras paseando, otras leyendo... Me imagino pintando, retratando lo que veo, sin duda antes de regresar a casa lo haré.

Saco de mi bolso la tableta para colocarle la tarjeta que acabo de comprar y llamo por Skype. Es la primera vez que viajo tan lejos de mi pueblo, y ver la cara de los míos es una alegría, algo inexplicable. Contesta Pablo, sonrío al verme, y estoy durante unos minutos contándole lo poco que he visto y disimulando lo cansada que estoy.

A mi madre la veo esperar angustiada a su lado, hasta que mi amigo le dice que me salude, que la estoy viendo. Llorando como si no fuese a volver a verme nunca más, balbucea las palabras «Te quiero» y «Ten cuidado»; no puedo negar que me emocio al verla, y retengo las lágrimas porque, si no, sé que la vamos a liar y no quiero comenzar el viaje con la pena en el corazón.

No dudo en dar una vuelta sobre mí misma para que vean el paisaje, y mi madre vuelve a ser la de siempre, grita que ha visto una película que se grabó en ese lugar, y todos comenzamos a reír. Estoy charlando con ellos de tonterías durante unos minutos hasta que miro el reloj y sé que tengo que irme. Me cuesta despedirme, pero debo darme prisa, mi primera toma de contacto empieza dentro de un rato y no puedo llegar tarde el primer día.

—Mamá, os quiero mucho.

—María, por tu madre, que soy yo, ten mucho cuidado.

—No te despegues de la tableta —nos interrumpe Pablo amenazándome.

—Os volveré a llamar, lo prometo.

—¡Liga mucho!

—Pablo, calla ese pico de oro, guapo...

No puedo evitar reír al ver la regañina de mi madre.

—Estaré bien. —Lanzo un beso a la pantalla y finalizo la llamada sin pensarlo más.

Voy rápidamente al apartamento a recoger lo que creo que necesito y me encuentro con Yué, que está bebiendo un refresco en la cocina.

—¿Vamos juntas? —me pregunta más amigable que antes.

—Pues sería genial, porque ando un poco perdida.

—¿Nerviosa? —Asiento sin decir nada más—. Yo también. Perdona mis formas de antes, pero tras el vuelo estaba agotada.

—No te preocupes, la culpa ha sido mía —digo.

Yué se sienta en el sofá como si nada y recuerdo que tenemos que conseguir una funda nueva.

—Necesita una funda, da asco.

—Tendremos que ir de compras.

Nos reímos, y siento que por fin he congeniado con la persona que voy a compartir muchos momentos en estos treinta días que dura el curso.

De camino a Haven Art, Yué me cuenta que su padre es asiático y su madre española. Fascinada por saber más de ella, me olvido del trayecto y, embobada, le pregunto todo lo que se me pasa por la cabeza, hasta que me percató de que hemos llegado a la parada.

Ansiosa por saber cómo será el centro con el que tanto he soñado, acelero el paso obligando a Yué a seguirme. Me pide que me relaje, pero yo no puedo, sólo hago que imaginar la fachada del lugar. Tras caminar no más de cinco minutos, nos encontramos delante de un edificio de ladrillo viejo rodeado de plazas de aparcamiento. Una imagen sosa y apagada, todo lo contrario de lo que me es familiar, y no puedo evitar recordar las plantas que cuelgan del patio de mi madre desbordando color sobre la blanca e impoluta pared, que año tras año se repinta.

Mejor no pienso cómo estará este lugar cuando haya anochecido porque, si no, me voy corriendo ahora mismo. A pesar de la impresión que he tenido, sigo curiosa por saber más y, conforme nos acercamos y vemos que aguardan jóvenes impacientes en la puerta, sonreímos satisfechas por saber que somos muy afortunadas.

Una vez en el aula, sentada en silencio, espero a que alguien nos informe de algo, mientras observo a las personas que me rodean; estudiantes como nosotras que también han sido elegidos, mis nuevos compañeros. Sus voces retumban provocando tanto estruendo que cada vez se elevan más unas por encima de las otras.

—Silencio —oigo entonces entre el tumulto de alumnos.

Poco a poco veo cómo un hombre se abre paso hasta llegar al atril y, tras dar dos toques en el micrófono, se presenta como el director de la escuela y con el típico formalismo nos da la bienvenida.

Nos recuerda por qué hemos sido elegidos y para qué nos encontramos en este lugar. Oír su rotundidad a la hora de explicarnos lo que esperan de nosotros me eriza el vello. Y es que soy muy consciente de la responsabilidad que llevo sobre los

hombros y de lo mucho que puedo ganar si todo sale como espero.

Embelesada, miro las diapositivas que pasan frente a mis ojos, veo pintores muy conocidos impartiendo clases en la misma sala en la que ahora me encuentro, fantásticas obras que se han ido exponiendo a lo largo de los años en las paredes de esta escuela, y escucho con total atención el programa de estudio que se nos presenta.

—Chicos, tenéis treinta días para demostrarnos lo que habéis aprendido a través de una obra. Una será la elegida por el claustro de profesores y ésa será la que se presentará en esta escuela.

No puedo sentirme más feliz. Estoy rodeada de personas que tienen el mismo gesto de emoción que yo, y es que todos somos afines, todos tenemos el mismo objetivo, y estoy deseando ponerme manos a la obra.

—María, no va a ser fácil —me dice Yué.

—Por supuesto que no —le contesto.

Su mirada se clava en la mía sorprendida por mi efusividad ante su miedo, pero yo no temo a nada, y menos a lo que anhelo con todas mis fuerzas.

Estoy deseando desenfundar mis pinceles, dejarme guiar por los expertos que me van a enseñar y conseguir crear algo espectacular, tanto que voy a lograr ser la elegida.

Vemos cómo todos comienzan a salir y nosotras seguimos al resto por el pasillo, nos vamos presentando unos a otros y entablado vagas conversaciones que nos ayudan a conocernos un poco. Pero de lo que me doy cuenta, para mi desgracia, es de mi horrible acento. El resto de los alumnos dominan el idioma a la perfección; yo, en cambio, tengo que concentrarme mucho para poder entenderlos. Cuando intento expresarme, todos ríen, y no es para menos: el *inglish-andalú* no es que sea muy exótico. A pesar de ello, lejos de amilanarme, y con la ayuda de Yué, todo sea dicho, consigo salir airosa utilizando el poderío de mi tierra con sutiles patadas voladoras al diccionario, y hasta terminan riendo conmigo.

Ya tendré tiempo de aprender.

La mayoría estamos instalados en apartamentos de la misma zona y, por ello, decidimos irnos todos juntos. Cuando estamos en la esquina, uno de los chicos se detiene y llama a otro que está saliendo de Haven Art en ese mismo instante.

—¡Una cerveza, vamos!

El otro asiente con la cabeza.

Y yo me quedo embobada. No puedo dejar de mirarlo hasta que llega a nosotros. Su cabello revuelto es lo más sexi que he visto jamás, sus ojos grandes y verdes me

miran, y se me paraliza el cuerpo. Es la primera vez que me sucede algo así, y no sé ni cómo explicarlo. Un escalofrío recorre mi espalda sin entender qué es lo que me ocurre. A pesar de mi estado, me obligo a disimular, no puedo ser la pava del pueblo que no ha visto a un chico guapo en su vida.

Le choca la mano al resto de los chicos hasta que llega a mí y se paraliza el mundo de nuevo. No sé qué decirle, y dudo si el tiempo está corriendo, ya que yo no tengo uso de razón en este momento; sólo lo miro a los ojos y espero, espero...

—Claudio. Encantado. ¿Te llamas? —No olvidaré nunca esa voz, aterciopelada, seductora. La melodía más bonita que he oído en mi vida, y está frente a mí, esperando a que la tonta de su clase reaccione.

Capítulo 3

—*Quilla*, despierta —se burla Yué de mí con la típica broma andaluza, dejando al resto sorprendidos por no entender qué es lo que acaba de decirme.

—Ma... María, perdona.

Por un momento, necesito que la Tierra me trague, que me engulla hasta la capa más profunda del subsuelo, estoy avergonzada de mí misma. Claudio coge mi mano, la besa sin retirar su mirada de la mía y se enciende un cigarrillo como si no hubiera ocurrido nada. Luego proseguimos el camino.

Mantenemos conversaciones en grupo, todos queremos saber más del resto, y entre gritos y risas conocemos la procedencia de los demás. Claudio permanece alejado de mí, pero no deja de mirarme, y lo sé porque, cada vez que yo lo he mirado, él se ha encargado de que sepa que me ha visto. Me ha guiñado un ojo, me ha sonreído e incluso ha continuado su charla con otro compañero sin retirar su mirada de la mía. Yué me ha dado varios codazos para que apartara los ojos de él, pero por más que lo intento, me resulta imposible. Claudio es el tipo de chico que me llama la atención, y aunque no quiera, mis ojos se dirigen hacia él sin darme cuenta.

* * *

El primer día de clase todos estábamos ansiosos por aprender, y el espíritu perduró durante los siguientes. Al principio me centré en conocer a mis nuevos compañeros, obviamente unos más afines a mí que otros, hasta lograr un grupo que nos llevábamos a las mil maravillas. Salíamos siempre que podíamos a tomar unas cervezas, aunque no creáis que teníamos mucho tiempo libre; las clases eran intensas, pero cuando llegaba la hora, nos podíamos escapar.

Poco a poco tuvimos que ir aplazando las salidas para poder cumplir con las expectativas del centro. La exigencia crecía a un ritmo escalofriante, sin embargo, nada de ello nos mortificaba; todo lo contrario, éramos conscientes de que el período de tiempo era limitado y teníamos que esforzarnos al máximo para conseguir nuestro propósito.

Los profesores se habían volcado en enseñarnos a mejorar, explotando en cada

uno lo que ellos creían que eran nuestros puntos fuertes, y para ello nos llevaban al límite, trabajábamos horas y horas para conseguir la perfección en el trabajo.

Yo personalmente gané una seguridad que no creía tener, conseguí que mis pinturas fueran lo que realmente necesitaba mi interior, sin pensar en el qué dirán. Por primera vez en mi vida no oí la voz de mi madre al borde del infarto por lo que pintaba.

* * *

Cuando ya había transcurrido la mitad del curso, el ritmo era frenético, al igual que lo eran los planes que ya teníamos en mente. Yúe y yo habíamos congeniado a las mil maravillas, por ello soñábamos juntas cada noche con un proyecto común. Las dos reíamos a carcajadas a la vez que brindábamos con botellines de cerveza por nuestro futuro juntas. Sabía que a mi madre no le iba a gustar la noticia, que pondría el grito en el cielo, pero era algo que sucedería de cualquier modo, y aunque Pablo me recordaba a través de Skype quién era y de dónde venía, no servía de nada, porque yo ya no era la misma y ya no temía como hacía tan sólo unos días atrás.

—Venga, que nos esperan. —Un codazo empuja el pincel y me estropea el lienzo que estoy pintando en ese momento.

Cuando la miro con cara de querer matarla, ella rompe en una carcajada, aunque a mí no me hace ni puñetera gracia.

—Podrías meterte el codo donde...

—Ese genio, morena, que no se diga que los españoles somos unos burros. —No me deja terminar la frase, pero me dan ganas de lanzarle el lienzo por la cabeza.

—¡Tía, mira qué has hecho!

—Acabas de comenzar, ¿qué más da?

La mato y la remato. Cómo que «¿Qué más da?». Era precioso, bueno, lo reconozco, sólo era la silueta. Vale, el trazo de la espalda de una mujer, pero me gustaba y podría haber sido la obra maestra que estoy buscando.

Resignada, suspiro y tapo el lienzo para el día siguiente. Camino en dirección a la salida, donde me aguardan todos, pero antes de llegar, una mano que no esperaba me agarra de la cintura y me guía hasta una de las aulas vacías.

—Pero ¿no ibas a estar fuera? ¿Lo has logrado? —Lo miro a su rostro sonriente, pero no me dice nada—. ¡Claudio, dime, por Dios!

—Sí, me han cogido. —Su sonrisa es de felicidad, y cómo no va a serlo, pues

acaba de conseguir su sueño.

—¡Enhorabuena! Sabía que conseguirías el trabajo, eres muy bueno.

—Quiero celebrarlo. Esta noche, tú y yo, aquí.

Lo miro con los ojos abiertos ante la sorpresa de su proposición indecente y él sonrío de forma lasciva, confirmando sus intenciones.

—Me esperan fuera —digo.

—Creo que no —susurra en mi oreja al tiempo que la besa y consigue ponerme el vello de punta.

—Les has dicho que...

—Que esta noche eres mía.

Y no me deja decir nada más. Sus labios devoran los míos como lo han hecho días antes. Y es que, desde el momento en que me besó en una cervecería, no ha dejado de hacerlo ni un solo día. Sólo de recordar aquella tarde en la que sentí que me correspondía se me eriza el vello. Claudio es un caballero, el típico hombre que cuida a las chicas, las mimas y las hace sentirse especiales; así me he sentido yo desde aquella mágica noche en la que fui una mujer valiente, capaz de hacer enloquecer a un hombre.

En este instante creo que es el único hombre que puede hacerme feliz. Tiene todo lo que necesito, todo lo que me gusta, y, aunque sé que es pronto y de locos, quiero estar con él.

Sé que acaba de conseguir su camino, que lo aleja del mío, pero lo miro a los ojos y me pierdo. No quiero pensar en lo que va a ocurrir en breve, sólo quiero que me abrace, que me repita al oído una y otra vez lo que le gusto al despertar, y por un instante olvidarme de que se acerca el momento de despedirme de él.

¿Puedo haberme enamorado en pocos días? Seguro que muchos no lo creerán, dirán que es un pensamiento muy infantil de una adolescente que ha visto mundo por primera vez y se ha enamorado del primer chico que le ha hecho sentirse especial, y puede que realmente sea así, pero yo creo que Claudio es el hombre que puede hacerme feliz.

Su lengua sigue enredada en la mía, consiguiendo que mi mundo se desvanezca por completo. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta al tiempo que sus ojos se clavan en los míos y la comisura de sus labios expresa lascivia.

—¡Nos vamos a mi estudio! —gime en mi oído al tiempo que siento su pene pasear por encima de mi vaquero ansiando un contacto que en la escuela no puede obtener—. Dime que no quieres lo mismo que yo, que no desees que te bese, que te

haga mía...

Me interrumpe sin darme opción a valorar mis posibilidades, y asiento. Agarra mi mano y salimos decididos por la puerta.

Comenzamos a correr entre risas, y por primera vez no cogemos el tren, sino que nos montamos en un taxi que casualmente circulaba por la zona.

Claudio me besa al tiempo que busca las llaves en su pantalón; un vaquero rasgado por todos lados que le sienta de lujo y que, junto con su camisa de lino holgada, completa su atuendo de pintor bohemio. Por fin logra girar la llave en la cerradura y entramos en su estudio. Me coge por las caderas y me levanta. Enrosco mis piernas en su cintura y me dejo llevar hasta que me deja sobre una tela blanca que hay en el suelo.

Sin dejar de mirarme, desabrocha el botón de mi pantalón y lentamente lo baja mientras reparte tiernos besos sobre mis muslos hasta llegar a mi pie.

Gimo, sonrío y me muerdo el labio excitada.

Él apoya mi pie sobre su hombro y observa mi ropa interior a la vez que sus labios se curvan en una sonrisa ladina. Sé que estoy húmeda, y a él no le ha pasado desapercibido. Lame su labio inferior y comienza a besarme el pie y asciende hasta mi barriga. Poco a poco levanta la camiseta que me cubre los pechos y se deshace de ella por encima de mi cabeza. Pero, no conforme con ello, cuele un dedo en la goma de mi braguita y la baja lo suficiente como para que, con mis pies, pueda lanzarla al suelo. A continuación, se incorpora y se desnuda sin dejar de mirarme, de la forma más sensual que he visto nunca. Muerdo mi dedo índice captando toda su atención; sé que lo provocho, que lo vuelve loco, y me lo ha hecho saber en varias ocasiones, pero no tengo intención de parar. Acaricio mis muslos, uno contra el otro, y Claudio suspira excitado. Miro al techo y estiro los brazos por encima de mi cabeza irguiendo mi espalda y consiguiendo que mis pechos sobresalgan.

—Me vuelves loco.

Se lanza sobre mi cuello y comienza a besarme. Con una de las manos, agarra mis muñecas y quedo apresada mientras con la otra baja hasta mi sexo, deteniéndose para acariciar de forma celestial mi excitado clítoris, pero necesito más. Empieza a faltarme la respiración y mis caderas se elevan en busca de un mayor contacto, necesito sentir su miembro.

—Por favor...

—Chis.

Me posa el dedo con el que momentos antes estaba acariciando mi sexo sobre los

labios; puedo embriagarme de mi olor, y él sabe lo que está provocando. Lo pasea eternizando el momento y abro la boca, quiero saborearlo, quiero que me vea hacerlo, y lamo, pruebo el sabor que a él tanto le gusta. Cierro los ojos y me dejo llevar por la excitación del momento. Sin embargo, él está frustrado, adentra su lengua en mi boca y los dos nos embriagamos por la euforia.

Mi cuerpo se tensa cuando su pene se posa sobre mi entrada y poco a poco se adentra en mi interior. Respiro profundamente, abro los labios para emitir un gemido inexistente. Permanezco inmóvil y siento un placer intenso, pero no es suficiente, así que me muevo para profundizar los movimientos, para conseguir que mi sexo se derrita con su miembro. Lo miro a los ojos y veo cómo una fina película de sudor recorre su frente, se le inflama una de las venas que llegan a sus ojos y una embestida me arranca un gemido gutural.

Claudio me embiste sin parar, el placer es más intenso, nos movemos de forma precipitada, más agresiva y, torpemente, de una patada tiro algo que provoca un estruendo. Ambos miramos hacia mi pie manchado de pintura y reímos. El charco se extiende, pero no dejamos de hacer el amor, no nos importa el estropicio a nuestro alrededor. Su mano se mancha de pintura y comienza entonces a dibujar en mi cuerpo, al tiempo que el vaivén no cesa y el apartamento se llena de gritos y gemidos que nos llevan al clímax.

Capítulo 4

—¿Tienes sed?

—Sí, por favor.

Claudio se levanta y me río al ver su cuerpo. Necesitamos una ducha. Ambos estamos cubiertos de pintura, cada caricia que me ha dado es de un color, cada parte de mi cuerpo es de otro. Intento peinarme, pero es imposible, los mechones están empapados. Debo de estar horrible en este momento. Me pongo de pie para ir hacia el espejo cuando su brazo alcanza mi cintura y la rodea para ofrecerme una copa de vino.

La acepto sin importarme mi aspecto y me siento en uno de los taburetes para brindar. Damos un trago y nos besamos. Claudio coge entonces mi copa y la deja a un lado.

—Estás preciosa, pero quiero limpiarte.

—No puedo estarlo. —Atrapo uno de los mechones que están acartonados y de colores y se lo enseño.

—A mí me gustas de todos los colores —replica, y me besa apretando mi cuerpo contra el suyo.

Me coge en volandas y me lleva hasta un pequeño plato de ducha de obra que es mi salvación, abre el grifo y me invita a pasar. Veo cómo mis pies se tiñen de colores cuando, con una esponja, comienza a limpiar mi piel de cualquier rastro que pueda permanecer en ella. Nos besamos, nos acariciamos mientras continuamos con nuestro baño.

* * *

Cuando llego al salón, Claudio está sentado en un taburete, vestido solamente con su bóxer, su copa de vino en la mano y observando detenidamente la tela que hemos destrozado momentos antes.

—Vaya obra de arte —ironizo entre risas cuando veo el estropicio que hemos hecho sin querer.

—¿Crees que no lo es? —Vuelvo a mirarla y niego con la cabeza, claro que no lo

es—. Siéntate aquí y observa las formas.

Me apoyo sobre sus muslos dejando caer mi cabeza en su hombro, y él rodea mi cintura con los brazos mientras lo observamos. Me pide que mire un trazo, lo sigo y veo una forma bastante regular. Me susurra lo que él ve al oído e intento ver lo mismo que él, pero lo único que consigue es que me ría. Me concentro tal y como me pide y puedo apreciar las salpicaduras de mi cabello contra el suelo, el recorrido de mis brazos... El conjunto transmite locura.

—No te vayas a España, quédate conmigo —me dice al oído al tiempo que me muerde el lóbulo de la oreja—. Te conseguiré un trabajo.

—No puedo quedarme —respondo en un triste suspiro—. Mi familia..., tengo planes con Yué.

—Abrid la galería aquí. Tu familia puede venir a verte.

—Claudio, no es lo que quiero. Mi sueño es otro. Vente tú.

—No puedo perder la oportunidad que me han brindado, pero vosotras no tenéis nada seguro. Por favor...

—No me pidas que deje atrás mis sueños por una relación que no es segura. Apenas nos conocemos.

—María, desde el primer día he sabido que quería estar contigo. Esa sonrisa me vuelve loco, hasta cuando te enfadas y gritas palabras que no entiendo.

—Ha sido un mes fantástico, y te aseguro que me encantaría quedarme, pero no puedo, debo volver.

—Tienes que comenzar de cero allí, ¿por qué no hacerlo aquí?

Me aparta para ponerse en pie y camina por la sala nervioso. Sé que está enfadado, y lo comprendo, porque a mí tampoco me gusta la situación, pero no soy capaz de cerrar los ojos y dejarlo todo por una relación de días.

—No insistas, por favor, no lo hagas más difícil.

Sé que probablemente esté cometiendo el peor error de mi vida y que me arrepentiré de no haberlo intentado, pero soy una cobarde, no tengo la valentía de dejarlo todo a la ligera para comenzar un futuro que probablemente no me lleve a nada, o sí, no lo sé, pero algo en mi interior me aconseja que regrese a mi casa y siga mi camino.

* * *

Abro un ojo y veo a Claudio dormido a mi lado, me paro a observarlo más

detenidamente; su cabello está revuelto y sus ojos muestran unas tímidas ojeras de no haber dormido mucho. Anoche nos acostamos tarde, estuvimos hablando de todo menos de nuestra despedida y de nuestro futuro, ambos lo evitamos en todo momento.

Miro la hora y compruebo que es muy pronto, apenas las seis de la mañana. Hasta las diez no tenemos que ir a la academia, ya que las clases han terminado. Estamos trabajando de forma individual en la obra que debemos entregar, hecho que me acaba de recordar que, si voy antes, seguramente la termine ya.

Me levanto de la cama lentamente para no despertarlo y, en silencio, me visto con la misma ropa del día anterior. Cuando entro al baño para lavarme la cara, me paro frente al espejo y me observo detenidamente. Estoy sonriendo como una quinceañera, pero me gusta. Me atuso el pelo y termino de arreglarme para salir. Estoy cogiendo el bolso en silencio cuando noto que Claudio se mueve en la cama. Tentada estoy de acariciarlo y besarlo en la mejilla, pero sé que se despierta con facilidad y no me dejaría ir. De puntillas, camino hasta la puerta y, con el mayor de los sigilos, la cierro y me voy hacia la academia, donde me espera mi obra para ser terminada.

* * *

Trazo a trazo, estoy a punto de concluir. La soledad de la academia me inspira, soy la única que llevo desde las siete de la mañana en este lugar y, gracias a ello, estoy a punto de rematar la obra que voy a presentar.

Sin duda, la relación con Claudio me ha inspirado; me recuerda a la primera vez que me acosté con él, me sentía vergonzosa mostrando mi cuerpo. Él quería verlo, deleitarse con lo que tenía frente a sí, pero mi pudor ruborizaba mis mejillas. Estaba medio tapada con una sábana, sentada tras su cuerpo, y su súplica me excitó. Jamás me habían pedido que me masturbara, él era el primero que lo decía, con aquella voz autoritaria y a la vez tan sensual, que normalizaba cualquier acción, por muy soez que pudiera parecer.

Pasé el pincel por la columna vertebral del lienzo e imaginé cómo su dedo recorría mi piel justo en esa zona, el mismo movimiento que yo estaba trazando. Recuerdo mi mano al mismo son explorando mi sexo, mi húmedo y excitado sexo, mientras él cerraba los ojos e inhalaba el olor que emanaba nuestro deseo.

El cuadro que había elegido presentar era la primera escena erótica que había vivido personalmente.

—Una obra muy intensa, es fantástica. Aunque me habría gustado experimentarla

esta mañana cuando me he despertado.

Doy un brinco cuando oigo su voz. Me vuelvo y lo veo de brazos cruzados, deleitándose con el cuadro que tiene delante.

—Perdona, me he desvelado y quería terminar —intento disculparme a la vez que me pongo delante para que no pueda seguir viéndolo.

—¡Qué madrugadores, chicos! —oímos que dice una segunda voz que se acerca hasta nosotros—. María..., es... fantástica. Me encanta la realidad del rubor de sus mejillas, va a ser una de mis preferidas, pero no se lo digas a nadie —me dice Josh, uno de los profesores, en voz baja, y se dirige hasta la mesa que hay justo detrás de nosotros.

—Va a ser la elegida —me advierte Claudio al oído, y lo fulmino con la mirada.

No sé si estoy más enfadada por que diga tonterías o por que la presentación de mi obra ya no vaya a ser una sorpresa para todos.

—¿Y la tuya? Tú ya sabes demasiado.

—¿Quieres verla? —El tono con el que vocaliza cada una de las sílabas acaba de matarme, es la voz más aterciopelada y seductora que he oído. Lo peor de todo es que él es muy consciente de ello, y por eso la utiliza más de lo que debería para disuadirme, como en este momento—. No creo que sea buena idea, eres mi rival.

—¡Acabas de ver la mía! —Le doy un golpe en el pecho molesta.

Se aproxima peligrosamente y acerca sus labios a mi oído. Puedo percibir su respiración caliente, excitada, puedo oír el ritmo de mi corazón desbocarse por segundos, mientras él permanece inmóvil a no más de un centímetro de mí. Cuando sé que va a decir algo, oigo la voz de Yué, lo que hace que él recule y no me diga nada.

Lo miro con gesto tosco al tiempo que Claudio levanta las manos como diciendo que no es su culpa.

—Hola, bombón.

Yué y yo nos damos dos besos y un abrazo como siempre hacemos, aunque somos las únicas que nos saludamos tan efusivamente. No obstante, así somos las españolas, cariñosas y a veces un poco escandalosas, pero ése es nuestro encanto y o gusta o no gusta.

—Al final, nos abandonaste.

—Estuvimos trabajando —intento excusarme sin éxito.

—Ajá..., claro, moldeaste la escultura. No sabes tú nada, guapa —responde ella en español para que nadie la entienda.

—Calla. ¿Cómo fue la noche? —No pienso seguir por ese camino, porque sé que

me va a interrogar y ahora no es el momento.

Yué nos cuenta lo que hicieron la noche anterior, lo que nos perdimos por no haber ido, aunque no lo cambio por la noche que Claudio y yo hemos pasado. No puedo dejar de reír a carcajadas por lo que dice, tanto que el profesor se acerca para instarnos a que trabajemos y hablemos cuando salgamos a la calle.

Cada uno se coloca delante de su lienzo para seguir pintando, y el silencio se instala en el aula, aunque yo ya no puedo concentrarme. Claudio se encarga de observarme muy de cerca y no puedo dejar de mirarlo.

Me muero por ver su obra, sé que va a ser una de las mejores, y ahora el muy sinvergüenza tiene ventaja. Ha visto la mía, así que puede perfeccionar la suya para superarme.

—María, céntrate, que ya terminas —me reprendo a mí misma en voz baja.

Capítulo 5

Ha llegado el día, el curso termina esta misma tarde. Después de la entrega de premios y de la posterior fiesta de fin curso, vuelvo a mi hogar. Bueno, durante unos días, porque los planes de Yué y los míos ya son firmes. Pero a pesar de mi ilusión por el proyecto, la pena no desaparece. Claudio. Él es el único pensamiento que consigue apagar mi sueño. Desearía que me quedara aquí, buscara una oportunidad y continuáramos con nuestra carrera juntos, y es un plan increíble, pero no el que yo quiero. Es el suyo, y ha sido muy egoísta por su parte al pedirme que lo deje todo por él sin haberlo hecho él antes.

Insiste en que puedo trabajar con él, está seguro de que, si habla con el dueño, aceptará; pero mi negativa ha sido firme desde el primer momento. Supongo que ser tauro y andaluza es lo que me hace más cabezota de lo normal.

—¿Estás lista? —La voz de Yué me despierta de mi enajenación mental.

—Sí, ya salgo. —Me miro al espejo y veo mi rostro maquillado.

Haciendo caso omiso de las sugerencias de mi amiga, he decidido arreglarme tal y como soy. He delineado el párpado superior de los ojos con una gruesa línea negra que termina elevándose, consiguiendo agrandar el tamaño de mis ojos; un lápiz de labios rojo intenso que profundiza mis rasgos morenos como buena andaluza, y, para rematar, me compré un vestido en una de las tiendas de la Séptima Avenida que me costó más de lo que me habría gustado, pero la ocasión lo merecía: un sencillo vestido negro liso de cuello barco sin mangas que se ajusta hasta caer sobre mis muslos.

—A Claudio le va a encantar.

Me convenzo a mí misma.

Cuando abro la puerta del baño y aparezco en nuestro minúsculo apartamento, Yué silba y, mirándome de arriba abajo, me dice en voz alta unas palabras que logran hacerme reír: «Morena, estás como el jamón». Sólo ella y yo aquí sabemos lo que significa realmente, y eso es lo que nos ha unido tanto. Nos entendemos a las mil maravillas.

—¡Tenemos que irnos ya! Mucha suerte, amiga —dice, y me da un abrazo.

—Igualmente. Venga, vamos, que se escapa el tren.

—¿Qué tren? —pregunta sorprendida.

—¡Tira! —Me río y abro la puerta para que salga delante de mí.

Al llegar, no puedo creer lo que veo. La clase se ha transformado en una galería, las paredes están vestidas con las obras de los alumnos. Yué y yo nos miramos nerviosas. Ambas buscamos las nuestras, pero de momento no hemos dado con ellas. Nuestros compañeros entran en el aula y buscan lo mismo que nosotras, se oyen voces y risas, sin embargo, falta una persona. Miro a mi alrededor y no lo diviso. Claudio aún no ha llegado.

—¡María, mira! Está aquí. —Dirijo la mirada hacia donde me señala y veo su cuadro. Es una preciosidad, la espalda de un hombre perdiéndose en la fina línea de sus glúteos—. ¿Y la tuya?

—Creo que es una de éstas.

Esa voz... Es él. Me giro y veo su sonrisa, me acerco y lo beso en los labios, al tiempo que rodea mi cintura con los brazos y me susurra al oído que estoy preciosa.

—Bienvenidos, chicos. Como habéis visto, están expuestas vuestras obras, menos tres. Las tres finalistas son las que están ocultas, desvelaremos en breve de quiénes son y cuál es la elegida. —El profesor baja del atril y nos guiña un ojo a Claudio y a mí. Nuestras pinturas están entre las elegidas y los dos nos sentimos satisfechos.

—Lo habéis logrado, chicos. ¡Qué contenta estoy!

—Gracias, Yué. —Claudio va a darle la mano cuando ella le planta dos besos en la mejilla, aunque, acostumbrado a nuestra forma de saludarnos, él le responde del mismo modo.

—María, vas a ganar, y vamos a tener la mejor obra en nuestra galería. Esto sí que es comenzar con buen pie.

—No corras tanto, que por correr...

—Lo sé, lo sé. Os quiero, chicos. —Yué da media vuelta y se va a hablar con otros compañeros.

—¿Qué? ¿Comemos algo? —le pregunto nerviosa a Claudio.

—No puedo dejar de mirarte, hoy estás espectacular.

—Tú no estás nada mal tampoco.

Me besa la mejilla y me abraza con fuerza antes de dirigirnos hacia la mesa del cáterin, donde cogemos varios entremeses que han preparado; nada que ver con mi jamoncito ibérico y mis embutidos, pero mañana estaré *jartándome* en casa de mi madre.

La tarde transcurre muy lentamente. Estoy deseando que termine, aunque no parece

que vaya a ser así. Sin embargo, todo cambia cuando el director de la escuela sube a la tarima y nos felicita por el trabajo realizado ese mes, y no recuerdo el momento en el que me he quedado sin respiración y he dejado de escuchar. Ah, sí, cuando me ha nombrado para acercarme porque mi obra ha sido la ganadora y he sentido las miradas de todos puestas en mí.

—Vamos, tienes que ir. —Claudio me apremia para que suba a recoger el diploma que deben entregarme.

Yué me abraza y aplaude muy alegre, y yo no me creo que haya sido la elegida. Torpemente, camino hasta llegar arriba, donde me felicitan y, tras darme un apretón de manos, anuncian que el curso ha terminado.

* * *

Yué se ha ido al apartamento. Yo, en cambio, he venido a casa de Claudio, donde estoy sentada en la barra de la cocina mientras él coge dos copas de agua. El silencio me molesta, ambos sabemos qué es lo que va a ocurrir dentro de unas horas, pero ninguno quiere pensarlo, preferimos despedirnos de otro modo.

Doy un sorbo al agua y lo miro fijamente. Me gusta verlo sin camiseta y descalzo, al natural, despreocupado, bastante pasota. Sin embargo, aquí está, mirándome como siempre lo hace, de una forma que me vuelve loca. De pronto arroja su copa al fregadero sin mirar dónde cae, y el estallido de cristales me sorprende. De dos grandes zancadas, llega hasta mí y comienza a besarme, me devora, me muerde y lame mis labios, a la vez que sus manos acarician mi cintura, bajando hasta llegar al borde de la falda, y lentamente la levanta para poder tener buen acceso a mis muslos.

Sus dedos continúan ascendiendo hasta llegar a la ingle, pero, no contento con ello, me sube sobre la barra de la cocina y se adentra entre mis piernas. Se sienta en el taburete y me mira con lascivia para continuar lamiendo mis labios, mi sexo. Un sinfín de caricias que consiguen que no controle mi cuerpo.

Me apoyo en los codos e intento acomodarme, pero me es imposible, no puedo permanecer inmóvil. Alzo las caderas para sentirlo más y él me muerde entonces el clítoris, arrancándome un gemido gutural imposible de controlar. Uno de sus dedos se introduce en mi sexo y se mueve lentamente, en círculos; entra y sale, pero yo necesito más, no me conformo con lo que siento, mi cuerpo necesita un contacto mayor, y mis plegarias han sido oídas.

Agarra mi cintura y me lleva en volandas hasta topar con una de las paredes del

salón. No deja que apoye los pies en el suelo, por lo que le rodeo la cintura con ellos cuando una embestida me aprisiona contra la pared sin previo aviso. Me ha dolido, y a la vez me ha dado mucho placer, tanto que quiero que continúe por ese camino, quiero más. Con un ligero movimiento de cadera, lo animo a seguir. Claudio cabecea sobre mi cuello, inhala toscamente y vuelve a introducirse en mí con brusquedad. Grito, pero la comisura de mis labios se curva en una sonrisa lasciva, clavo las uñas en su espalda y le exijo que continúe. Le gusta que tome el mando, que le ruegue más, sé que lo pone duro. Niega con la cabeza y sonrío cuando comienza de nuevo a arremeter contra mi cuerpo una y otra vez sin parar un instante, hasta que mi barriga se contrae, mi sexo se sensibiliza al placer que está sintiendo y no puedo aguantar. Intento evitarlo, que perdure unos instantes, pero los espasmos pueden más que mi voluntad y me dejo llevar, cayendo sobre sus hombros apenas sin fuerzas.

Él besa mis labios, suave, tierno, y camina hasta dejarme yacer sobre la cama. Niega con la cabeza de nuevo, me fuerza a ponerme boca abajo y me da una cachetada en la nalga. Nunca me habían hecho nada parecido y me ha gustado, al contrario de lo que habría imaginado.

Eleva mis caderas y, soportando el peso con mis manos, mi trasero queda a su merced. Su miembro se coloca en la entrada de mi sexo y entra con una estocada rápida y certera, lo que me provoca un jadeo. La sábana se arruga entre mis dedos, que la aprietan con fuerza para mantener el equilibrio, para que mi cuerpo permanezca inmóvil y esté dispuesto para ser amado. Su miembro se cuela hasta el interior de mi ser, consiguiendo que el dolor se convierta en placer y no sepa cuál de los dos me gusta más. Sin embargo, lo que sí tengo claro es que no quiero que pare en ningún instante.

—No te vayas —me dice aún con la respiración agitada. Sus ojos están frente a los míos, abrazados y enredados con la sábana, y yo siento que voy a llorar, siento que mi mundo va a explotar si respondo.

—No lo hagas más difícil, por favor.

—Aquí tienes un futuro brillante, la escuela seguro que puede...

—No digas nada más —lo interrumpo.

No quiero oír sus súplicas, sé que terminará convenciéndome, y es lo último que necesito. Debo ser fiel a mi instinto, y éste me indica que tengo que luchar por mi sueño, y está en Madrid, no en Nueva York.

Miro la hora: ya son las cinco de la mañana. Aunque tengo el equipaje preparado, me gustaría darme una ducha antes de salir, así que me siento en el borde de la cama

bajo su atenta mirada. Él no dice nada porque sabe qué es lo que está sucediendo. Busco mi ropa para poder irme, creo que es lo mejor. Cuanto antes lo haga, menos difícil será la despedida.

Me pongo de pie tras localizar mi vestido negro, camino dando pequeños saltitos sabiendo que no me quita la vista de encima. Me lo pongo y me vuelvo cuando veo que se aproxima por mi espalda. Nos miramos a través del espejo. Mis labios están enrojecidos a causa del maquillaje y los besos apasionados que durante horas nos hemos dado. Mi cabello está revuelto; caen mechones ondulados por encima de mis hombros. Sus dedos atrapan uno de ellos y lo huele.

—¿Y ahora qué? —dice entre suspiros.

—No lo sé, Claudio. Supongo que nos veremos algún día.

—Quédate, te lo suplico.

—No puedo hacerlo, deja de insistir —farfullo las palabras en señal de querer decirlas antes de que algo las interrumpa y me arrepienta de lo que estoy haciendo.

Doy un giro de ciento ochenta grados y permanezco apenas a cinco centímetros de su cuerpo. Su respiración topa contra la mía. Me tiemblan las manos, muerdo la comisura de mi labio inferior sin saber qué hacer. Él está inmóvil, sin decir nada, y no me ayuda, todo lo contrario.

No quiero demorar el momento. Me lanzo sobre él y le doy pequeños besos que poco a poco se transforman en uno más intenso y correspondido, sabiendo que probablemente no volvamos a vernos más.

—Adiós, Claudio.

—Adiós, María.

Capítulo 6

Cuando viajé a este país, lo último que esperaba era conocer a alguien, alguien tan increíble como él. Dentro de cuatro horas me alejaré y no sé si volveré a verlo, si podré viajar de nuevo o si él vendrá a España. ¿Por qué me siento tan mal? ¿Por qué creo que estoy cometiendo el peor error de mi vida? ¿Es correcto que me vaya? Mi mente me azota con miles de preguntas a las que, por desgracia, no puedo responder, ya que sólo el destino tiene las respuestas que necesito ahora mismo. Doy un golpe a la pared y un jadeo escapa de mi garganta. Una lágrima rueda por mis mejillas hasta perderse con el agua de la ducha que me está empapando. Estoy confusa, niego en silencio. Intento ser objetiva para pensar con claridad, pero a duras penas lo consigo. Sólo lo veo a él; su sonrisa, sus caricias. Cierro el grifo de un manotazo y voy a vestirme.

—Yué, ya estoy. —Salgo de mi habitación decidida a irme.

—Es pronto para marcharse.

—Ya... —respondo dejándome caer sobre el sofá.

Miro a mi alrededor, sabiendo que voy a echar en falta este minúsculo apartamento, puesto que gracias a él he aprendido muchas cosas de mí misma. Ya es parte de mí y, vaya adonde vaya, siempre lo recordaré.

—Deberías quedarte —dice dejándome helada. Lo que menos esperaba es que ella también me dijera que me quede, no necesito que nadie me haga dudar más de lo que ya lo estoy haciendo.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente. Lo quieres. ¿Por qué no lo intentas?

Inspiro para coger fuerzas.

—Tenemos planes —digo.

—¿Y? No me hagas reír, María. Con Claudio puedes conseguir más cosas, y lo sabes.

Inspiro, espiro, inspiro, espiro, y vuelvo a hacerlo.

Sé perfectamente que trabajar con él no sería complicado, incluso en la propia academia. Pero yo... Puñetera cabezonería que he heredado de mi madre. ¿Por qué no dejo de darle cien vueltas al coco? ¿Por qué no cojo mi maleta y me voy a su estudio?

Seguro que él está igual de jodido que yo.

—Hazme caso por una vez: ve con él. Yo iré a Madrid y montaré la galería, es mi sueño.

—¡También el mío! —replico molesta.

—El tuyo va más allá, pero aún no lo sabes.

—Yué... ¿Y si algo falla? ¿Y si es un desastre que me quede? ¿Y si...?

—Pues te vas —termina la frase por mí.

La miro con los ojos bañados en lágrimas y no lo dudo más. Mi amiga tiene razón, aquí puedo conseguir todo lo que me proponga, y sería una estúpida si me fuera sin intentarlo, aunque a mi madre le va a dar un infarto y puede que tenga que viajar forzosamente para ir a su entierro, pero necesito intentarlo. Sé que puedo lograrlo.

—Debo irme. —Miro el reloj y me lanzo sobre Yué casi espachurrándola sobre el sofá mientras ella me grita, y reímos a carcajadas—. Te llamaré. Eso sí, no te olvides de mí.

—Eres tan pesada que es imposible que pueda olvidarme de ti.

—Serás...

—¡Vete ya! —Me empuja hasta la maleta y volvemos a abrazarnos emocionadas.

Piso la acera segura de lo que voy a hacer. Miro a cada lado hasta que veo un taxi circular, me aproximo al borde y, con la mano, le pido que pare.

Estoy deseando llegar a su apartamento. Ahora que estoy sentada y puedo pensar un poco lo que voy a decirle es cuando los nervios se apoderan de mí, espero que no esté enfadado.

* * *

Subo la escalera como puedo hasta llegar al rellano donde está su puerta cerrada y, por fin, respiro hondo antes de llamar al timbre.

Oigo ruido. Sonrío. Las piernas me tiemblan, no dejo de moverlas ansiosa por que abra la puerta y pueda volver a besarlo. Oigo cómo gira la llave y el estruendo de la cerradura. El corazón me late a mil por hora hasta que la puerta se abre y mi boca se tuerce en señal de decepción, de enfado.

No puedo creer lo que estoy viendo en este mismo instante. No es Claudio quien ha abierto, obviamente. Frente a mí hay una chica completamente desnuda, con marcas de arañazos en la piel, con moratones. El carmín de sus labios está corrido hasta las mejillas y su cabello alborotado. Sólo se me ocurre una palabra que defina la escena,

y es *sexo*. Sé que a Claudio le gusta el sexo duro, pero hasta esos límites...

—Claudio está dándose una ducha. ¿Entras? —dice al ver que no hablo y no dejo de mirarla.

—¡No!

—¿Quién eres?

—Nadie —respondo al tiempo que comienzo a bajar la escalera.

No puedo creer que hace un rato fuera yo la que estaba en ese estudio desnuda. No ha tardado ni cinco horas en reemplazarme. O tal vez siempre ha tenido otras aventuras y yo no lo sabía.

La rabia se apodera de mí, y a punto estoy de retroceder y echar la puerta abajo para dejarle claro que es un sinvergüenza que ha jugado con mis sentimientos, pero seguro que la escena lo hace más hombre y ayudo a que su ego crezca, así que no hago ninguna tontería más y me marchó lo más rápido que puedo de su maldito edificio.

Inspiro una bocanada de aire cuando salgo por la puerta y miro hacia el cielo reteniendo las lágrimas; no las merece.

—Perdone, ¿me lleva al aeropuerto? —le digo al conductor del taxi en el que me he montado.

Sabía que no volvería a verlo cuando me fuera, pero comprobar que me ha olvidado tan rápidamente, que se ha buscado a otra que le dé lo que yo ya no podré darle, duele. Duele mucho más de lo que podía esperar. Y encima he tenido que verlo con mis propios ojos. Lo odio, odio cada una de las veces que me ha dicho que me quedara con él. Todo era una mentira, y he caído como una estúpida niña que no ha sabido ver más allá de la cara bonita que tenía delante. No debería haber vuelto, ahora debería estar ya en el aeropuerto, creyendo que él estaba en su casa destrozado porque me había marchado.

Conforme pasan los minutos me siento más aliviada. Soy una persona fuerte, y no pienso derrochar ni una lágrima más por ese... idiota. Pienso pasar página, no volver a pensar en él.

—Adiós, Claudio —susurro al tiempo que miro por la ventanilla, y reconozco que tengo un futuro brillante en Madrid y no lo necesito para nada.

Al fondo veo el aeropuerto. Sé que Yué me interrogará porque no entenderá que haya decidido irme, sin embargo, lo comprenderá en el momento en que sepa toda la verdad.

Tras pagar la carrera y andar muy segura de mí misma hasta la zona de facturación y dejar mi maleta para que la puedan embarcar, me dirijo hacia el control de

seguridad. Estoy recogiendo mis cosas de la bandeja cuando veo a Yué caminar por una de las tiendas que hay justo delante.

—¡Yué! —grito para que pueda oírme—. ¡Yué! —vuelvo a gritar, pero es la única que no me oye. Todo el mundo se ha girado menos ella, hasta la policía, que me mira de una forma extraña, tanto que temo que me detengan por escandalosa.

Acelero el paso y veo que lleva los auriculares puestos. Tiro de uno de ellos y ella me da un golpe fuerte en el brazo, sorprendida.

—¿Qué haces? —agarra con fuerza el reproductor pensando que se lo quería robar, hasta que me mira y se queda alucinada de verme allí—. Pero ¿qué haces aquí?

—Írme a casa. ¿Y tú? —le respondo como si nada.

—¿Y Claudio?

—Que le den por el mismísimo... —No puedo evitar ser una malhablada en este momento.

—Cálmate y cuéntame qué ha pasado —dice ella sin dejarme terminar.

—Estaba con otra.

—¿Qué?! —grita Yué, consiguiendo que el resto de los pasajeros nos mire con cara de pocos amigos—. No me lo puedo creer —añade elevando de nuevo la voz.

—¿Todo va bien, señoritas? —oigo que alguien dice en un perfecto inglés.

Me giro poco a poco y veo a dos policías con cara de muy pocos amigos que nos desafían con su seriedad.

—Sí, perdonen, hace muchos días que no nos vemos y nos ha hecho ilusión.

A continuación, Yué se disculpa como puede y caminamos hasta la zona de embarque sin volver a levantar la voz.

—¿Me quieres contar lo que ha pasado?!

—Pues nada, me ha abierto una chica la mar de mona, completamente desnuda, despeinada... Mejor no sigo. Que le den, no sabe lo que se ha perdido.

Yué me escucha sin entender nada, anonadada por lo que acaba de descubrir, pero es la realidad, y ella, al igual que yo, la tenemos que asumir y, sinceramente, cuanto antes mejor.

—No me esperaba...

—Ni yo, pero bueno, no hay mal que por bien no venga: nuestros planes siguen adelante.

—¿Seguro? —pregunta, aún consternada.

—*Yes, my friend.*

—No hay forma de borrar ese acento... ¿Qué voy a hacer contigo? —replica. Se

tapa los oídos y comienza a reír.

—Es mi esencia, ya lo sabes.

Riendo, nos ponemos en pie para subir al avión.

Cuando nos sentamos en nuestros asientos, un pinchazo en el pecho me hace encogerme, pero no es miedo a volar, ni tan siquiera malestar físico, sino una señal de que me duele no verlo. Estoy dolida, muy enfadada, pero no puedo dejar de pensar en él, cosas malas, pero ahí sigue el muy... Suspiro al tiempo que cierro los ojos e intento relajarme.

Todo podría haber terminado de diferente modo, yo lo he intentado. Pero el destino es el que manda y, si ha decidido que me vaya, es porque era lo mejor para mí.

Capítulo 7

Quedan cinco minutos para llegar a mi casa. Pablo me ha hecho un interrogatorio. Tras echarme la bronca del año porque casi no le he escrito, me ha tachado de ser la peor amiga del mundo, y en parte tiene razón. Apenas he estado disponible, pero entre las clases, terminar la obra y mi relación con... Me niego a decir su nombre, no merece una triste mención.

En cuanto me ha visto con Yué, casi se le salen los ojos de las órbitas al pillín. Le ha gustado mucho, y es que mi amiga es de lo más exótica. Es muy guapa, y sus rasgos le dan un toque personal llamando la atención a simple vista. Al montarnos en el coche, Pablo no ha dejado de preguntar cosas sobre ella y sobre Claudio, para mi desgracia. Al final he tenido que contarle con pelos y señales lo ocurrido. Su enfado ha sido el que esperaba, pero una vez ha dicho todos los improperios del diccionario y los que sólo sabemos nosotros, he podido sincerarme y desahogarme un poco.

Ahora toca lo más difícil: comunicarle a mi familia que me mudo a Madrid. Pablo aún no lo sabe porque prefiero contarle una sola vez. Si todo sale como espero, dentro de unos días me trasladaré. Sé que es precipitado, que puede que me esté arriesgando más de la cuenta, pero si no vivo las experiencias ahora, sé que más adelante no lo haré.

* * *

—Madre del amor hermoso. Pero, chiquilla, ¿has estado un mes sin comer?

—Mamá...

—Calla y tira, que tengo la mesa puesta. Mírala qué flaca ha venido, ¿veis como allí no se come bien?, te lo advertí —le recrimina a mi padre, que suspira y me guiña un ojo mientras camino hacia adentro.

Justo cuando llego a la mesa del comedor, la boca se me hace agua. Cómo he echado de menos el jamoncito, el salchichón ibérico, el queso... No pararía de comer todo lo que hay en la mesa. No quiero ser maleducada y por ello voy cogiendo lonchas sin que me vean hasta que Pablo me pillara y se lo chiva a mi madre.

—Ya te decía yo que hoy no sobran ni las migas —dice ella más que satisfecha.

—Mamá, allí no hay estos manjares.

—Sólo hay porquerías: hamburguesas, perros de esos que llaman...

—¿Perros? —le contesto a carcajadas, consiguiendo que el resto rían conmigo.

—Sí, las salchichas esas malas.

—Mamá, perritos calientes. Y te aseguro que están buenísimos.

—Igualitos que mis fiambres, María.

Todos reímos y nos servimos una copa de vino para brindar por mi regreso. Me siento mal porque la alegría va a desaparecer en cuanto lance mi noticia, pero no me apetece en este momento; lo único que quiero ahora es estar rodeada de mi familia y que me den el cariño que tanto necesito.

—Cuéntanos un poco qué has hecho. —Pablo está deseando saber más. Por fin una pregunta coherente desde que he llegado.

—La academia es increíble, no sabes lo buenos que son los profesores, he aprendido mucho. Por primera vez no he sido un bicho raro, allí me sentía yo, podía observar el cuerpo desnudo de un hombre sin que pensarán que era una...

—¡Por Dios, Virgen santa...! —Mi madre empieza a toser y a escupir el vino, casi empapando a mi padre, que está delante. Roja como un tomate y con los ojos bañados en lágrimas, se acaba de atragantar.

—¿Estás bien? —le pregunto dándole unos ligeros golpecitos en la espalda.

—Sí, ya lo estoy, es que vaya temita con la comida sobre la mesa.

—Mamá, pinto cuerpos desnudos, no es un secreto —defiendo mi trabajo con seguridad como nunca había hecho. Sé que no es nada malo, y ellos, que son lo más importante para mí, deben acostumbrarse, porque ahora sí que tengo claro cuál va a ser mi futuro.

—Lo sé, pero es que no lo veo... No pretenderás vender esos cuadros en el pueblo..., porque las vecinas ya hablan.

—¡Y si lo hiciera, ¿qué?! Seguro que el local de Agustina remodelado, con las paredes blancas y mis cuerpos expuestos, quedaría fabuloso.

—¡Que Dios nos coja confesados! —Se santigua como si con ello fuese más pura que yo por mi forma de pensar.

—¡Yo quiero que me pintes! —suelta de pronto Pablo para rematar la tensión que se respira en la mesa.

—¡Acabáramos, sólo me faltaba ver el culo de éste en una pared!

—Ya hablaremos tú y yo —le sonrío a Pablo.

Soy consciente de que a mi madre le está dando un pequeño mareo sólo de

imaginar lo que van a pensar las vecinas. Obviamente, en el pueblo no voy a exponer nada, aquí nadie tiene la mente abierta como para comprender mi arte. Pero en Madrid..., allí sí que lo voy a lograr.

—¿Qué piensas, hija? —por primera vez, mi padre me pregunta obviando los desvaríos en voz alta de mi madre.

—Que me voy a Madrid, que aquí no voy a llegar a nada —digo, y lo suelto como si nada, sin recordar la de veces que mi madre me ha dicho que calladita estoy más guapa. Pues no, yo, que quería una comida en paz, abro la boca y a bocajarro suelto la bomba sin ponerme a cubierto.

—¡¿Que qué?!

—Lo que has oído, mamá, que me voy. Lo necesito.

—¡Te lo crees tú!

—No voy a discutir contigo. La decisión está tomada.

—Mejor lo hablamos tranquilamente. —Pablo me mira con cara de «Estás loca», pero no me arrepiento de haberlo dicho.

Sabía que tendría una discusión en el momento que lo dijera, y casi que prefiero que haya sido ya, así no tengo que estar disimulando las ganas que tengo de irme.

La noche continúa en la misma línea, mi madre haciéndose la víctima porque su mala hija sólo piensa en ella, se le ha ido la cabeza y no es por nada más que por haberme ido vete tú a saber dónde. Me río por no llorar, porque es cómica la escena.

Mi padre, al contrario de lo que esperaba, se posiciona a mi favor e intenta mediar entre nosotras. Quiere que ella entienda que, si pretendo continuar con mi sueño, en este lugar no tengo cabida, pero nada funciona, ella sigue en sus trece, y supongo que, llegado el día, nada habrá cambiado. Pablo me recrimina que no esperara un par de días en lanzar la noticia, pero ya no hay marcha atrás: a lo hecho, pecho.

—Puede que no haya tenido el suficiente tacto, o incluso que no me entendáis en la vida, pero es lo que quiero, y sólo deseo que respetéis mi decisión.

—María, por Dios, no puedes irte tan lejos a vivir para siempre.

—Mamá, estoy a unas horas en coche de aquí, volveré siempre que pueda.

—Pero...

—¡¿No la has oído?!. Alégrate por ella y deja de padecer por todo. —Se acerca mi padre a mí y me sonrío justo antes de fundirme entre sus brazos.

Mi padre, la persona que siempre ha estado en un segundo plano y jamás ha mediado por nada, lo ha hecho por mí, por algo muy importante.

—Mañana vengo a verte, duerme un poco y piensa bien las cosas.

—Te quiero, Pablo.

—Eso me lo dices siempre.

Le planto un beso en la mejilla y veo cómo desaparece por la puerta del comedor. Me giro para mirar a mi madre, que sigue llorando a moco tendido sentada en el sofá y, resignada, me encierro en mi cuarto.

Tumbada en la cama, miro el techo cuando recibo una llamada de Skype. Me estiro hasta llegar a la mesilla de noche y logro alcanzar el teléfono. Abro los ojos de par en par cuando veo su nombre. Aprieto el móvil con rabia y decido colgar la llamada sin contestar. De un golpe, lo dejo sobre la mesilla de nuevo, pero esta vez boca abajo y en silencio.

No quiero ver su nombre.

No quiero saber nada de él.

Pero él no piensa lo mismo, ya que, cuando vuelvo a tumbarme, oigo la entrada de un mensaje. Me tapo la cabeza con la almohada y respiro forzosamente. No quiero leerlo, niego con la cabeza como si estuviera loca, hasta que me doy por vencida y pulso sobre el dichoso mensaje:

Espero que hayas tenido un buen viaje. Te echo de menos, y apenas hace unas horas que te has ido.

La madre que lo trajo al mundo. ¿Cómo puede ser tan cínico? ¿Que me echa de menos? ¿Antes, durante o después de estar con la otra? Era lo que necesitaba para terminar el día. Por si no tenía suficiente con mi madre, ahora sumo a Claudio.

Espero que cuando pasen unos días me haya olvidado de él. Ya no sentiré nada, y quedará en el cajón de los recuerdos a punto de irse al álbum de los olvidados. Pero ahora mismo, aunque me molesta con todas mis fuerzas, anhelo un abrazo suyo, un beso. Sólo de pensarlo se me ha puesto el vello de punta, y eso aún me enfurece más, porque no lo merece. Apago el teléfono y me tumbo bajo la almohada con los ojos cerrados intentando dormir.

Cuando me despierto me duele cada uno de los músculos de mi cuerpo, parece que una apisonadora haya estado toda la noche pasándome por encima, pero no es otra cosa que el maldito *jet lag*. Me froto los ojos con las manos y me siento con la cabeza embotada mirando al suelo.

Tras varios bostezos y estiramientos de los hombros, me obligo a encender el teléfono. De pronto comienzo a recibir mensajes de llamadas perdidas, siete, para ser

exactos, y varios mensajes de Yué.

En ellos me explica muchas ideas que ha estado anotando y adjunta los enlaces a una fábrica y a un piso donde podríamos instalarnos. Aún adormecida, lo miro sin poder creérmelo, vuelvo a frotarme los ojos y me dedico a ver las imágenes que aparecen. Luego marco su número y la llamo.

—Buenos días...

—¿Aún sigues en la cama? Tanto jamoncito anoche... Espabila, que tenemos que tomar decisiones, y es tarde.

—Tía, no puedo creerlo, ¿has visto qué nave? Allí podríamos tener una exposición increíble, y un lugar fantástico para trabajar. Pero seguro que es mucho dinero, y yo ahora mismo...

—Chis, frena un poco. Por la financiación no te preocupes, porque mi padre nos ayuda: está encantado. Sólo espera que tú estés de acuerdo y la nave será nuestra.

—¿Ya? —le grito sin poder evitarlo. El corazón me va a mil por hora. Atrás ha quedado el *jet lag* y la modorra; ahora sólo hay cabida para la ilusión.

—¿Tienes dudas? —Noto preocupación en su voz.

—¿Estás loca? ¡Quiero irme a Madrid ya, quiero estar allí ahora mismo!

Yué me deja gritar como una loca mientras ella se ríe, hasta que al final logro calmarme y hablamos seriamente de todos los detalles que debemos tener en cuenta, así como de todos los papeles que necesitamos. Cuelgo el teléfono sin creer que me acabo de comprometer a viajar a Madrid al día siguiente. A mi madre ahora sí que le va a dar un infarto, pero era ahora o nunca. Estas oportunidades no se pueden dejar para otro día.

Me cambio de ropa bailando al ritmo de la melodía que canto y me dispongo a salir de la habitación tras mirarme al espejo y coger fuerzas para rematar a mi madre.

—Buenos días, papi.

—¿«Papi»? Malo...

No puedo evitar carcajearme al ver su cara de saber que algo oculto.

En cambio, mi madre me mira de soslayo y se va a la cocina a limpiar lo que ya ha limpiado momentos antes, pero es efecto de los nervios. Siempre que está nerviosa o enfadada, se pone a limpiar como si no hubiera un mañana, y lo mejor es dejarla un rato tranquila hasta que se le pase, pero no puedo esperar, y mucho menos quiero irme enfadada con ella.

—Mamá, no quiero marcharme de esta forma. Pero es una oportunidad, puede que sea la única, y no tengo tiempo. —Le pongo cara de pena intentando que ceda un

poco.

—Hablas como si te fueses a ir ya.

—Me voy mañana. —Automáticamente, sus ojos se bañan en lágrimas, pero no dice nada—. Sé que es precipitado, pero tenemos que ver una nave y, si nos gusta, nos la quedamos.

—¿Si os gusta? ¿A quién más? —me pregunta con una calma que me sobrecoge—. María, no puedes darnos una noticia así, como si nada, e irte a dormir, nos preocupamos por ti.

—Lo sé, mamá, tienes razón.

Me siento en una de las sillas de la cocina y ella me sigue en la que hay justo delante. Veo cómo mi padre se acerca y acaricia los hombros de mi madre, un hecho que me enterece. A continuación, empiezo a hablar:

—Yué fue mi compañera de apartamento en Nueva York, pero vive en Madrid. Las dos queremos montar una galería juntas en la capital, y su padre nos va a ayudar con el dinero que necesitamos, pero debe ser ya, porque otro puede alquilar la nave antes que nosotras. —Los dos me miran atentos. Por primera vez, mi madre no monta una escena y asiente como si entendiera lo que intento explicarle—. Es tan bonita..., es enorme, y mis pinturas se verán espectaculares allí.

—Vale, dejo que te vayas, pero quiero que hagas las cosas bien y que me llames todos los días. Ah, e iremos a visitarte de vez en cuando.

—¡Mamá, que ya no soy una niña!

—Para nosotros, sí —interviene mi padre regalándome una tierna sonrisa.

—Sólo quiero irme sabiendo que cuento con vuestro apoyo, que podré llamaros y contaros mis cosas sin que os avergoncéis de mí.

—No me avergüenzo de ti, pero no me gusta que hablen de nosotros. Aun así, eres mi hija, y te quiero.

Me levanto y los abrazo con fuerza, y ellos responden del mismo modo.

—Os quiero mucho.

No puedo evitar llorar, porque en el fondo sé que están haciendo un esfuerzo por comprender mi arte, aunque sea un poco difícil de entender para personas que se han criado con unos valores clásicos.

—¡Oye, ya está bien por hoy, ¿no?!

Los tres reímos a carcajadas cuando oímos la voz de Pablo. Está apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados, hasta que rompe en aplausos cuando dejo de abrazarlos.

—Más te vale que me guardes un hueco en Madrid.

—¿Lo dudas?!

Capítulo 8

—Me duelen hasta las pestañas —balbuceo al tirarme al suelo a descansar un poco.

—Qué exagerada eres. Sólo han sido cuatro cajas y unos cuantos muebles —bromea Yué, que se deja caer a mi lado y resopla al tiempo que mira al frente.

—No pensé que iba a cansar tanto... —resoplo y me arreglo el pelo, que está recogido en una cola. Estiro las piernas y noto cómo me duelen, seguro que mañana tengo unas agujetas que no me podré ni mover.

—Chicas, os dejo esta botella. Sed responsables —nos advierte sonriente el padre de mi amiga—. Mañana me pasaré después del trabajo para ayudaros con la galería. —Le da un beso en la cabeza a Yué.

—Gracias por la ayuda, señor.

—De nada, muchacha. Descansad, que os quedan unas cuantas jornadas muy duras.

No necesito que me lo recuerde, hoy sólo nos hemos mudado a nuestro nuevo piso, pero aún nos queda el trabajo más gordo, que es la galería.

—No necesitamos recordatorios, papá.

—Adiós —pronunciamos al unísono sonriendo.

Ambas nos miramos y nos entendemos sin decir palabra alguna. Toda nuestra atención gira en torno a una botella de vino que espera a ser abierta, y no vamos a resistirnos mucho, así que voy hasta la cocina, donde logro dar con dos copas, y ella la abre.

Nos sentamos en el sofá y llenamos las copas para dar un pequeño sorbo. No soy muy aficionada al vino, pero debo reconocer que está muy bueno, y por la forma en que Yué lo toma, es muy habitual en su casa.

Tenemos mucho que celebrar. La mudanza está hecha y a punto estamos de ver materializado nuestro sueño. Da igual el cansancio que ahora mismo sentimos, porque el esfuerzo valdrá la pena.

Llevo más de media copa y siento un cosquilleo en los ojos que no es normal; bueno, lo es, cuando no estás acostumbrada a beber. Miro a Yué y la veo pensativa, demasiado.

—¿Qué te pasa? —La rozo con el codo para despertarla de su ensimismamiento.

—¿Piensas en Claudio? —suelta de pronto, sin avisar, sin rodeos o mediante ciertas preguntas para llegar a la importante, ella es así. Y luego dice que la brusca soy yo...

—No —miento con una naturalidad que hasta yo consigo creerme.

—¡A mí no me engañas! —arremete contra mí—. Te vi con él, y sentías algo muy fuerte, no se puede olvidar en dos días.

—¿Cómo voy a olvidarlo? —Me bebo de un trago lo que queda en la copa e intento buscar las palabras adecuadas para salir del paso—. Cuando algo me hace daño, trato de apartarlo de mis pensamientos —le explico intentando que comprenda que es un tema del que no quiero hablar.

—¿Y lo consigues?

—¿Tú qué crees? —le pregunto dejando la copa sobre la mesa. Subo los pies sobre ella, intentando relajarme al fin.

—Que estás tan enamorada de Claudio que no vas a poder olvidarlo tan fácilmente.

—Eso ya lo veremos. He visto a varios chicos cerca de la galería. —La miro a los ojos simulando seguridad, aunque no es lo que siento realmente.

—Me apunto al plan.

* * *

Me faltan energías para terminar el día. Ayer me quejaba, pero hoy ya no tengo ni fuerzas para ello, lo único que quiero es meterme en la cama. Bueno, no, quiero terminar y verlo todo listo. Estoy sentada sobre la última caja, y no soy capaz de levantar mi culo de ella para abrirla. Llevamos desde las ocho de la mañana enmasillando y pintando las paredes de la galería para poder lograr la imagen que queremos. Estamos terminando de montar los pocos muebles que de momento va a haber: un pequeño mostrador alto para recibir a los clientes y, en el almacén, varios andamios para poder pintar las obras de grandes dimensiones y varios tableros soportados por unos caballetes, donde permanecerán los materiales para tenerlos a mano.

Parece poco, pero no lo es. No hemos parado más que para comer algo rápido y seguir. El pobre padre de Yué nos ha aconsejado que contratemos a alguien para que nos eche una mano, pero no hemos querido y ha estado ayudándonos en todo lo que hemos hecho. Sabemos que el esfuerzo será satisfactorio a largo plazo, aunque ahora

mismo deseemos terminarlo.

—Levanta, va, que la llevo yo.

Miro a Yué con cara de «No puedes hacerme esto», pero no sirve de nada. Agarra uno de mis brazos y tira de él hasta que, perezosamente, me pongo en pie.

Entre las dos cogemos la caja y la llevamos hasta el almacén, su lugar.

—Ha quedado precioso —dice en cuanto la suelta y por fin vemos el resultado tan esperado—. Es nuestro, María, lo hemos logrado.

—Os falta poner esto. —Oímos la voz de su padre a nuestra espalda y nos volvemos para ver qué es lo que nos falta. De pronto, nos quedamos paralizadas al ver a dos chicos entrar cargados con algo envuelto en papel film—. No pensaréis sentaros en el suelo después de tantas horas de trabajo, ¿no?

—Y esto ponedlo delante del sofá. —Una figura femenina entra entonces por la puerta y camina sobre sus altos zapatos de tacón hasta llegar a nosotras. Es la primera vez que veo a la madre de Yué—. Al final me he dejado convencer por una dependienta bohemía, eso sí, un cristal era necesario —nos explica a la vez que dejan una mesita justo delante del sofá.

Nos reímos al unísono, observando cómo en dos segundos tenemos un saloncito la mar de acogedor para descansar cuando estemos exhaustas de tanto trabajar.

—Te quiero, mamá, es perfecto, todo lo es. —Yué le da un beso en la mejilla a su madre y me mira sonriente.

—Es vuestro, niñas, habéis hecho un gran trabajo.

Los cuatro nos sentamos y observamos el almacén. Justo delante de nosotros tenemos una pared de ladrillo visto que tiene un punto muy retro y muy de nuestro estilo, y a los lados, dos grandes andamios, uno para cada una. Un espacio listo para comenzar a crear.

* * *

Abro un ojo cuando suena el despertador y siento que me duele hasta el último músculo de mi cuerpo. Cojo el teléfono y miro la pantalla con la triste esperanza de ver una súplica escrita, pero nada, ni una llamada, ni un mensaje, como si se lo hubiera tragado la Tierra. Y puede que sea lo mejor, porque siento una rabia en mi interior que hasta ahora nadie había despertado.

Para mi suerte, tengo un aliciente que me enloquece como nunca, y es mi nuevo espacio de trabajo. Estoy deseando llegar al estudio y pintar. Llevo toda la noche

imaginando algo, algo que me pide a gritos que lo explote, y sé que debo representarlo.

Cuando llegamos a la galería, volvemos a quedarnos perplejas al verla con luz. Las paredes blancas iluminan la estancia, no hay nada más que un riel donde colgaremos las pinturas, pero es más de lo que podíamos esperar cuando la alquilamos, es perfecta. Nos dirigimos al almacén para colocar las pocas obras que tenemos terminadas, a pesar de que no hay suficientes para ocupar todo el espacio disponible; no obstante, sí las imprescindibles para comenzar a promocionar la galería.

Cuando cuelgo la última, tengo la necesidad de pintar y no lo dudo ni un instante, me cambio de ropa y me subo al andamio, donde me siento con los pies colgando e imagino a una mujer dolida con el pelo enmarañado después de haber mantenido una relación sexual, rubor en las mejillas de la adrenalina, de la pasión, y unas lágrimas desoladoras surcándole la cara al sentirse traicionada. El lienzo es de tamaño grande, pero los trazos ya han ocupado la parte superior.

Vuelvo a imaginar cómo se siente la mujer, como si le hubieran dado una bofetada, una psicológica, más dañina que si hubiera sido una física, porque éstas no se olvidan, éstas se quedan grabadas en sangre en nuestro corazón. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caerme, para mantener el equilibrio y poder hacer el trazo exacto con la profundidad necesaria para darle el realismo que merece.

—Necesitamos arneses, soportes... Así nos podemos hacer daño.

—¿Qué?! —respondo como una autómatas al no haber oído qué me decía Yué.

—Que no podemos pintar así, te vas a matar —eleva la voz para que la oiga.

—No te creas, estoy cómoda —respondo sin dejar de pintar un instante.

—Como venga un inspector de riesgos laborales, creo que la multa dolerá más.

—No había pensado en eso.

Paro un segundo para mirarla y me doy cuenta de que tiene razón. Ahora somos una empresa y, como tal, debemos vigilar la salud de los trabajadores, aunque seamos nosotras mismas.

—Mañana continúas —dice mirando su reloj de pulsera. No sé la hora que es, pero no puedo dejar de mirar lo que he comenzado. Me gusta mucho, y creo que puede llegar a ser algo interesante—. Un poco tétrico, pero tiene tu sello.

—Me ha salido solo, no sé qué será aún.

—Una maravilla —suelta de pronto sin dudarlo un segundo—. ¿Vamos a tomar algo? Ya es tarde.

—Sí, ahora que he parado, tengo mucha hambre.

Dejo los pinceles en agua, recojo mi espacio de trabajo para poder seguir al día siguiente y me cambio para cenar en un restaurante que hay justo delante.

Tras dudarlo mucho, me decido por una ensalada y un poco de carne con salsa de setas que parece tener buena pinta. Estamos sentadas justo en la ventana que da a la calle y veo la puerta de la galería a escasos metros.

Hasta este momento no me había fijado en que nuestro sueño está anunciado con un letrero viejo y escamado que no invita a nadie a querer saber qué es lo que se esconde tras la horrible entrada.

—Yué, mira nuestra puerta. ¿Qué ves?

—Una madera horrible que no merecemos.

—Apúntalo a la lista de pendientes.

—Necesitamos algo blanco, algo que sea llamativo...

No oigo nada más de lo que me dice porque el sonido de mi teléfono me ha distraído, sobre todo cuando he visto su nombre como remitente de un email, uno que no quiero leer, no sé si por miedo a sus palabras o simplemente porque es verdad que ya no quiero saber nada de él.

—¿Quién es? —pregunta Yué curiosa.

—Es Claudio. —Me mira con gesto reprobatorio—. No quiero saber nada de él.

—¿Y si quiere pedirte perdón?

—Es tarde.

—Nunca lo es —responde ella como si nada, sin mirarme a la cara, al tiempo que se lleva el tenedor a la boca. Sabe que me ha lanzado sus palabras con la intención de hacerme dudar, pero no lo va a conseguir.

—Sí lo es. —Simulo la misma tranquilidad que ella, y repito su acto con mi tenedor, como si la conversación no hubiera existido nunca, como si él no existiera. Aunque yo sé que me estoy engañando, ya que mi mente y mi cuerpo lo recuerdan cada segundo del día, y me duele, me duele el alma estar a miles de kilómetros de él—. Por cierto, ¿has visto el bar de copas de la esquina? Podríamos ir, parece que hay mucho ambiente.

—Sí, necesito un poco de diversión.

Para mi fortuna, el tema Claudio se zanja, y seguimos charlando de todas las cosas que tenemos que hacer: propaganda y, sobre todo, nuevas estrategias que puedan llamar la atención en la ciudad. Tras media hora en la cafetería, nos disponemos a salir hacia el bar de copas.

Al entrar, nos sorprende el sitio. Tiene un encanto especial, no es el típico bar de copas de ambiente moderno. La decoración es exquisita y, aunque a muchos de los que están sentados en los taburetes de mimbre le pasará desapercibida, a mí me llama la atención. Al fondo, iluminada por una luz tenue, hay una barra a la que nos dirigimos para pedir. Pero es misión imposible, llevamos diez minutos en los que el camarero ha estado tonteando con unas chicas que hay justo en una de las mesas más cercanas a él.

—Venga, hombre, unas birras, tío, atiende de una vez.

Nos volvemos al oír la queja de alguien y vemos a un chico bastante guapo que se queda paralizado al ver a Yué. Ella le sonrío durante unos segundos mientras no dejan de mirarse, hasta que de pronto oigo cómo los dos se saludan efusivamente: sin duda alguna, se conocen.

Me aparto de ellos y camino hasta el otro lado de la barra, donde parece que ya no soy transparente para el camarero, ya que deja de hablar con las dos chicas y me mira de arriba abajo. Pero una de ellas agarra su mejilla y lo obliga a mirarla de nuevo, y yo resoplo bastante molesta con el servicio.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta un chico que se ha sentado a mi lado.

—Sí, tres malditas cervezas, pero por lo visto éste no viene a trabajar, sino a ligar. —Niego con la cabeza y me detengo a observarlo, es muy sexi, el típico hombre de pelo despeinado que me atrae.

—¡Cuatro Budweiser, ¿has oído?!

—Sí, ahora mismo —responde el camarero, y no lo duda: corre hasta ponerse tras la barra y se dirige hasta la nevera, de donde saca cuatro botellines y cuatro copas heladas.

—¿Cómo lo has hecho? —río incrédula por lo ocurrido.

—Digamos que soy vip.

—Pues qué suerte la mía, me veía regresando a casa sin tomar nada.

—Eso no puede ocurrir...

Se queda callado esperando que le diga mi nombre y, tras una pequeña carcajada, le respondo:

—María, mi nombre es María.

—Encantado, María, soy Andrés.

Cojo dos cervezas y dos copas y lo invito a hacer lo mismo para seguirme. Yué continúa hablando con el chico de antes, por lo que, con mucha educación, los interrumpo para ofrecerles las cervezas que he conseguido.

—¡Por fin!

—Tomad, él ha sido nuestro salvador. —Lo señalo con el dedo y el amigo de Yué le choca la mano agradecido.

—Muchas gracias, soy Yué.

—Un nombre muy exótico —responde Andrés con una sonrisa que creo que embauca a todo el bar.

—Él es Biel —le responde sin querer contestar a su insinuación.

En ese momento sé quién es su acompañante. En Nueva York, me contó la historia que habían tenido, pero por circunstancias de la vida habían decidido seguir cada uno su camino.

No me pasa desapercibida la mano que rodea la cintura de Yué, y es que donde hubo fuego... Sólo hay que ver lo contenta que está ella con el acercamiento. Así que creo que mi amiga ya tiene plan para esta noche... Más me vale ligarme al guapete que me ha conseguido las cervezas o me veo una vez más en la cama solita.

—Toma tu cerveza.

Clava su mirada en la mía, y apenas susurro un «Gracias» sin dejar de mirarlo a esos preciosos ojos verdes que resaltan del moreno de su piel.

—Tienes que conseguirme un carnet vip —digo a continuación.

Rompe en una carcajada al tiempo que doy un sorbo bajo su atenta mirada.

—Cuando quieras te imprimo uno. —Da un paso hacia mí y retira un mechón que cubre mi oreja—. Te diré un secreto: soy el dueño, cuando quieras puedes ser vip.

—Te tomo la palabra. —Le guiño el ojo y me giro en busca de Yué, más bien en busca de un poco de serenidad—. Pues te voy a dar un consejo —desvío el tema para controlar la situación. Andrés me mira con atención, expectante, a saber qué es lo que le voy a decir—. Cambia de camarero, por la salud de tu negocio. —No puedo evitar sonreírle, y él dirige su mirada seria hacia su empleado.

—Lo tendré en cuenta. —Lo escudriña de forma autoritaria por encima de mi hombro—. ¿Trabajas en la zona?

—Acabamos de abrir una galería de arte en el local de la esquina. Las dos somos las propietarias. Aún nos queda trabajo, pero ya tiene forma.

—Interesante, un día me acercaré. ¿Qué tipo de pintura? —Pocas veces en un local de copas se han interesado por mi trabajo, pero Andrés es diferente, al menos, es lo que aparenta. Perfecto clavo para quitar el anterior clavo de mi cabeza.

—Erótica —digo.

—¡Mente abierta, eso me gusta! —Bebe de su copa pensativo.

—No es lo habitual, al menos en mi pueblo. Me alegra saber que no me ves como un bicho raro.

—Te sorprendería saber qué es lo que veo, puede que el bicho raro lo sea yo.

—¿En serio? No tienes pinta.

—Soy diferente del resto de los hombres —susurra tan natural que despierta todo mi interés.

—Eso tiene su qué.

—¿No te da miedo no saber de lo que hablo?

—No, me gusta vivir experiencias nuevas.

La tensión sexual nos atiza a ambos sin piedad, y es que no puedo evitar la excitación que estoy sintiendo mientras trato de imaginar qué es lo que no me cuenta y deja entrever.

—Si te portas bien, puedo enseñarte.

—Será si logras convencerme.

Choco mi botellín contra el suyo y le guiño un ojo, pero en el fondo estoy deseando que me lo muestre, estoy deseando que me lleve a la cama y me haga tocar el séptimo cielo, porque Claudio fue la última persona que lo hizo y quiero olvidarlo sea como sea.

Yué agarra entonces mi mano y me incita a bailar. Sé que Andrés me mira, así que mis movimientos son lentos y sensuales, marco con mis caderas cada uno de ellos y veo cómo la nuez de su garganta sube y baja, reseándola hasta el punto de necesitar beber otro trago para poder quitarse la sensación de asfixia. Me excita saber que le gusto y, al parecer, Yué también se ha dado cuenta. Me susurra que esta noche se va con Biel, que no la espere, y me anima a pasarlo bien.

Y tanto que lo voy a hacer, necesito una distracción, una que logre que mi mente por fin se evada de él, para pasar página y dejarlo en el olvido, y Andrés tiene todos los números de ser alguien que puede lograrlo. Tiene un aire oscuro que me atrae, y mucho.

Cuando termina la canción, camino sin apartar mis ojos de los suyos hasta que estoy frente a él.

—¿Te apetece? —En una mano tiene una copa con una bebida oscura y, en la otra, una cerveza de la que él bebe a escasos centímetros de mi cara.

—¿Qué es? —le señalo la bebida que me ofrece.

—Es una receta propia, te gustará. —Le da un trago y se lame los labios al tiempo que su mano me la entrega—. Te ayudará a ser tú misma.

Cojo el frío vidrio y, antes de poder dar un sorbo, su mano atrapa mi barbilla para acariciar mi labio inferior con un dedo. Agacho la cabeza pero no me lo permite, consigue que vuelva a mirarlo y se muerde el labio justo antes de acercar mi barbilla y besarme.

—¿Te gusta el sabor? —dice apartándose de mí y volviendo a dar un segundo trago a la bebida—. Pruébalo, confía en mí.

Capítulo 9

Me muero de calor, hacía tiempo que no sentía esta sensación, pero estoy bien. Más que bien. Lo miro y no puedo dejar de besarlo, no me importa que nos vean, y por lo visto a él tampoco, aun siendo su negocio. Sus manos recorren mi cuerpo consiguiendo excitarme con un simple roce. Me asfixio y comienzo a agobiarme de estar encerrada, creo que estoy hiperventilando cuando sus brazos rodean mi cintura y siento su miembro en mi espalda. No puedo pensar con claridad, sólo siento su palpitación y necesito gritar, desahogarme de un modo extraño.

—¿Quieres que vayamos a un lugar más íntimo? —me susurra al oído, y asiento con los ojos cerrados.

Su voz penetra de una forma especial en mi interior, podría hacer lo que me pidiera sin la menor desaprobación, y no sé si es bueno o malo, pero no me importa.

—Por favor —digo.

Andrés gira entonces mi cuerpo con la fuerza de sus brazos y me besa, abro los labios para recibirlo y siento cómo mi cuerpo se acelera. No es suficiente, necesito mucho más. Sus manos aprietan mi cintura con fuerza, me hace daño, pero no me quejo, continúo besándolo como si no pudiera hacer nada más en el mundo.

—Vámonos.

Le sujeto la mano y lo sigo hasta una puerta que nos lleva a la calle de atrás, donde hay un coche con la puerta abierta, esperándonos. Por un instante lo miro confusa, dudo en si está bien que me monte.

—No te voy a hacer nada que tú no quieras.

Se adentra en la parte trasera del coche y la duda se cierne en mi mente intentando que piense, que no actúe por impulsos como he hecho siempre. Hay un momento en el que siento pánico a subirme, temo que pueda hacerme algo, pero mis miedos no son lo suficientemente fuertes para que no lo haga. El corazón me late con fuerza y mi cuerpo está humedecido, tanto que, cuando estoy sentada a su lado, siento la necesidad de lanzarme sobre él, pero me contengo.

—¿Quieres que abra la ventanilla?

—Sí.

Inhalo el aire que entra y cierro los ojos intentando mantener la cordura. Estoy en

un coche que se dirige por la ciudad de Madrid a algún lugar que no conozco, pero, a pesar de ello, me siento segura, porque Andrés no me fuerza a nada. Desde el primer momento que me he cruzado con él ha sido caballeroso y atento.

—¿Estás mejor?

Asiento con los ojos cerrados cuando se mueve a mi lado y observo cómo se saca la camisa de dentro de los pantalones y mi garganta vuelve a secarse. De nuevo aparece la sensación de no poder controlarme, tanto es así que me lanzo sobre él ante su sorpresa.

Me siento sobre sus muslos y mis manos se enredan en su cabello inclinándole la cabeza hacia atrás, y lo beso, lo saboreo, mi lengua se enreda con la suya de forma agresiva, y lo único que se oyen son gemidos contenidos que salen de nuestras bocas. Sus dedos se clavan en mis nalgas haciéndome daño. A pesar de lo que pueda parecer, me excita, me atrae esa mezcla de pasión y dolor que ya descubrí junto a Claudio.

Desabrocho su pantalón sin pensar que en el asiento de delante hay un hombre que está conduciendo, el cual no ha dicho palabra alguna, pero, por una extraña razón, no puedo parar. Acaricio su miembro. Es muy grande. Más que los que había visto hasta ahora, pero no me asusta; todo lo contrario, imagino tenerlo dentro de mí. Agarra mi mano y la coloca rodeando su pene, siento un tacto extraño que me llama la atención, pero no es más que un preservativo en la punta que se va colocando poco a poco conforme nuestras manos bajan presionando su robusto miembro.

Andrés dirige mis caderas con fuerza hasta que la punta roza mi húmedo sexo, tanto que entra sin ningún problema hasta el interior, arrancando un grito gutural de ambos. Nos movemos sin importarnos dónde estamos ni quién nos puede ver. Ladeo las caderas para incrementar mi placer, no puedo parar, mi respiración está agitada. Siento cómo los latidos de mi corazón van más rápido de lo normal, pero nada me importa. Sólo necesito más, y Andrés me lo está dando. No para, él sigue mi ritmo, hasta que en un alarido alcanzo el clímax y quedo tendida sobre él, sin apenas fuerzas para moverme.

—Sabía que te iba a gustar —dice—. Eres como yo, no tengo duda.

A continuación, le pide al conductor que detenga el coche y veo cómo la puerta de éste se abre y se cierra.

—Qué vergüenza. —Me tapo la cara con las manos.

—¿Por él? —me pregunta Andrés. Retiro las manos para que me vea y pueda comprobar que claro que es porque acabo de echar un polvo en el asiento de un coche

con alguien delante que ha sido espectador de cada uno de mis jadeos—. Es de confianza —añade.

Luego coge un pañuelo y agarra mi barbilla para retirar las gotas de sudor que empapan mi rostro. No sé qué le pasa a mi cuerpo, estoy sudando como si llevara horas corriendo y aún me siento alterada, excitada, como si no hubiera tenido suficiente.

Me estiro la falda con las manos y me acomodo en el asiento. Pero él baja entonces del coche y me ofrece su mano. Yo la miro fijamente antes de agarrarla y bajar yo también. Frente a mí, me encuentro con una puerta.

No pregunto. Sólo lo sigo hasta el interior. Me invita a pasar delante de él y observo que a mi derecha, justo en la entrada, hay otra puerta con un panel de seguridad.

—Sube arriba —me indica.

Miro la escalera de moqueta negra, que llega a una segunda puerta iluminada por una tenue luz amarillenta. En este momento imagino a mi madre diciéndome que estoy loca, que no debo continuar subiendo, que me dé media vuelta y me vaya a mi casa. A pesar de ello, quiero seguir, quiero ver qué es lo que se esconde tras la puerta.

Tropiezo con uno de los escalones, pero no me caigo porque sus manos me agarran de la cintura y lo evitan.

—Gracias.

Me gira y vuelve a besarme en los labios, esta vez de forma parsimoniosa, consiguiendo que pierda la razón y no pueda más que dejarme llevar por él.

Agarrada de su cintura, subimos los escalones hasta abrir la puerta que nos lleva a una gran sala oscura, en la que no veo a más de diez personas tomando unas copas en unos sillones.

—Bienvenida a mi segundo negocio.

—No has perdido el tiempo, ¿eh?

Andrés sonrío ante mi comentario, luego me dirige hasta un sillón que está libre y me pide que espere un momento.

Veo cómo se acerca al fondo, donde hay una pequeña barra de cuero negro en la que una chica asiente y le prepara lo que acaba de pedirle. Observo el lugar y muevo la cabeza al ritmo de la música ambiental.

—Bebe. —Me ofrece una botella de agua, y yo lo miro con cara obtusa.

—¡No quiero agua!

—La necesitas.

Retira el sudor de mi frente y me doy cuenta de que tiene razón. Bebo de un trago casi media botella y la dejo en la mesita de vidrio que tengo justo delante. Pero no he saciado el nerviosismo que perdura desde hace un buen rato, y él lo sabe.

—Vamos abajo.

Me pongo en pie deprisa y mi cuerpo no responde. La bebida me ha afectado más que de costumbre, hasta el punto de que creo que voy a caerme del mareo que siento, pero no lo hago porque él vela porque no sea así.

Bajamos de nuevo la escalera que hemos subido hace apenas unos instantes y Andrés abre la puerta con un código que no logro ver.

Doy un paso al interior de una gran sala donde hay un despacho en uno de los extremos y, justo delante, un gran dormitorio al lado de un baño. No hay ninguna pared ni separación que dé privacidad. Así que mi mente comienza a dar vueltas y empiezo a saber dónde me encuentro.

—¿Aquí se viene a...?

—Ésta es mi casa. Mi despacho —señala al fondo—, mi dormitorio y mi baño. Lo que has visto arriba, sí, es un lugar adonde se viene a mantener relaciones sexuales.

—Un lugar secreto...

—Exclusivo, donde cada uno hace lo que necesita, eso sí, bajo unas normas expresas de las que se informa en el momento de firmar el acuerdo. —Abro los ojos aún más y él continúa explicándome—: Es sexo, sí, pero respetamos la voluntad de cada persona, y nadie puede violarla bajo ningún concepto.

—¿Me vas a hacer daño? —Mi pregunta denota lo mucho que desconozco este mundo.

—Sólo el que tú quieras que te haga.

—No quiero que me hagas daño —respondo como una autómatas.

—Pues no te lo haré. —Agarra mi mano y siento una seguridad que me calma—. Aquí no puede acceder nadie, estamos solos tú y yo. No te obligo a nada, sólo haremos lo que tú quieras. —Acaricia mi boca y vuelvo a sentir que mi cuerpo se excita—. Pide por estos labios y cumpliré tus deseos.

No sé por qué su voz me estimula tanto, por qué no temo estar en este lugar y por qué lo único que quiero es que vuelva a besarme.

—¡Dime qué necesitas! —Su tono autoritario me humedece más de lo que jamás imaginé que podría hacer.

—Bésame —digo y, acatando mi orden, él agarra mis nalgas, me alza sobre sus caderas y me dirige hasta la pared para besarme, y vaya cómo lo hace.

Clava fuerte sus dedos, me duele y me gusta del mismo modo. «Quédate conmigo», oigo la voz de Claudio repetirse en mi mente. Sé que no está, pero lo siento muy cerca. Imagino que sus manos me acarician la columna vertebral. Huele a su perfume, sus mechones de pelo rozan mi nuca y siento un escalofrío como si realmente estuviera tras de mí. Sé que es imposible, pero juraría que cuatro manos me están excitando, me están llevando a perder la cabeza. Claudio está aquí.

—Pide que te follemos duro —oigo a Andrés exigiéndome que le repita. Sin embargo, las palabras no salen de mi boca, mi mente está perdida, las sensaciones me sobrepasan—. ¡Hazlo ya!

—¡Fóllame duro! —grito extasiada.

—¡No! ¡Folladme duro! ¡Repítelo! —me exige al tiempo que se detiene.

Entonces siento que mi mundo se hunde, se dirige hacia una oscuridad que no me gusta, que me recuerda al momento en el que me di cuenta de que no iba a estar nunca más a mi lado. Claudio vuelve a alejarse y no puedo permitirlo.

—¡Folladme, folladme duro! ¡Ya!

Andrés camina conmigo en brazos hasta dejarme de pie frente a la cama. Él permanece a mi espalda sin dejar de acariciarla y besarla, pero mi cuerpo se yergue cuando veo un cuerpo desnudo tumbado en la cama: es Claudio. Lo veo. Ha vuelto a mi lado y no quiero que se vaya, sé que no debería doblegarme tan fácilmente, pero ahora mismo no pienso con claridad.

Andrés me invita a tumbarme sobre él, y yo, sobrecogida y avergonzada, lo hago sin mirarlo a los ojos. Los cierro, no quiero ser consciente de lo que estoy a punto de hacer. Su pecho sube y baja, a la vez que su pene erecto se clava en mi sexo. Las manos de Andrés hunden la cama y se tumba encima de mí, encima de nosotros.

—Andrés...

—Tranquila, confía en mí. No haremos nada que no quieras.

—Pero él...

—Imagina que es quien tú quieras, tu imaginación no tiene límites. —Se acerca a mi oído y siento su respiración—. Para ti puede ser Claudio, esta noche sí.

Sin poder remediarlo, jadeo. Mi cuerpo se mueve y algo se enciende en mi interior, algo que despierta un placer que ya no puedo parar. Siento cómo ambos se introducen en mí, me duele, me tira, pero me gusta. Les digo que no paren, que quiero más. Jadeo nerviosa, noto cómo me muerden, cómo me tiran de la piel con sensuales pellizcos que me vuelven loca, y no los dejo parar. Claudio está disfrutando de mis pechos y Andrés se pierde en la línea de mi espalda.

Los noto a los dos dentro de mí, balanceándose acompasados, consiguiendo que mi interior esté a punto de partirse en dos, pero, lejos de ello, me abro más, fuerzo las estocadas para sentir las más fuertes. Agarro la sábana con fuerza y grito, lloro, le doy fuertes golpes en el pecho a Claudio, golpes que Andrés para al sostener mis manos con fuerza sobre la cama. Oigo cómo jadean y me animan a correrme, quieren que les entregue mi pasión, y yo no puedo más que dejarme llevar hasta que aprieto los dientes con fuerza y un gemido me retuerce en un orgasmo que me deja exhausta entre los dos cuerpos, tendida sobre la fría sábana de satén.

* * *

Doy una vuelta adormilada y vuelvo a quedarme dormida. Poco a poco, me desperezo y miro al techo sin saber dónde estoy. Mi reflejo en el mismo me asusta. Me siento de rodillas sobre la cama y me tapo con la sábana al tiempo que observo a mi alrededor. No veo a nadie, vuelvo a dirigir la vista al techo y me veo reflejada con cara de estupor.

Mi melena está revuelta, señal de que he tenido una noche de sexo, de mucho sexo. Oigo un ruido al fondo de la habitación y miro detenidamente hasta que veo a Andrés. A él lo recuerdo, pero no lo que ocurrió ni cómo llegué a este lugar.

—Hola. —Mi voz suena frágil y está teñida de vergüenza.

Pero él, tan seguro como lo conocí el día anterior, se acerca hasta el borde de la cama.

—Buenos días. ¿Quieres beber algo? Debes de tener sed.

Asiento y veo cómo camina hacia una nevera, vierte una botella de agua de cristal en una copa y me la entrega.

—Dime que no hice nada de lo que tenga que arrepentirme. —Me tapo la cara con las manos, observándolo entre los dedos.

—¡No lo hiciste! —Se ríe con una carcajada que me tranquiliza—. Disfrutamos mucho.

—Menos mal.

—¿Recuerdas algo?

Niego en silencio, a pesar de que ciertas imágenes aparecen vagamente. Cuando me acomodo para beber, siento una molestia en el trasero, está dolorido y no digo nada, aunque compongo un gesto de dolor.

—¿Te duele? Eres muy salvaje, sólo querías más. —Su voz es lasciva, y me gusta

ver que al menos uno de los dos recuerda lo bien que lo pasamos.

—Eso no es malo, supongo —digo.

—No, todo lo contrario. No sabes lo que me gusta.

—No entiendo porqué tengo la cabeza embotada. —Me aprieto la sien intentando relajarme—. ¿Tanto bebí?

—Digamos que te ayudé a excitarte —dice como si nada, y no me gusta.

—¿Me drogaste?! —Sólo de pensarlo, me enfurezco.

—No —afirma muy seguro de sí mismo.

—¿Entonces? No comprendo...

—El alcohol, consumido con ciertas sustancias naturales, excita al ser humano.

—Yo a eso lo llamo *drogar*.

Me pongo de pie y cojo la ropa que está doblada sobre una silla.

—Tengo que irme a trabajar.

—Poco a poco, las imágenes aparecerán en esa cabecita —camina hasta mí y da ligeros toques sobre mi frente, pero no quiero mirarlo—, y quiero que me preguntes.

—¿Tú quién te has creído que eres?! —Lo sorprendo de pronto con mi reacción—. ¿Crees que soy idiota y no sé que anoche te aprovechaste de mí? Debería llamar ahora mismo a la policía y denunciarte.

—Hazlo. —Me pone su teléfono en una mano y retrocede unos pasos de brazos cruzados.

No lo he asustado, para mi desgracia, y la verdad es que no sé ni lo que siento. Sí, estoy enfadada porque me ha drogado con vete tú a saber qué, o estoy alterada porque las situaciones que recuerdo me gustaron, o no... Lo veo todo confuso.

Lanzo el teléfono móvil sobre la cama y comienzo a vestirme ante su impasible cuerpo, que espera frente a mí sin decir nada. Me doy la vuelta, provocándole que sonría, y sigo vistiéndome. Cojo mi bolso y camino sin mirar atrás hasta llegar a la puerta.

Tiro del pomo, pero no abre. Y vuelvo a hacerlo, en vano.

—Si me permites —oigo que dice a unos centímetros de mi espalda.

No quiero girarme. Cruzo los brazos y siento cómo su espalda roza la mía para acercarse al panel, donde marca cuatro dígitos, y un ruido me anuncia que la puerta está abierta.

Ese perfume... Lo recuerdo. Cierro los ojos. Vuelvo a excitarme. Me gusta. Me enfado. No sé qué es lo que ha pasado y eso me enfurece, pero a la vez siento curiosidad.

—Adiós —digo antes de salir por la puerta.

Pongo un pie en la calle, donde respiro profundamente al sentirme lejos de él. No dejo de repetirme una y otra vez que qué he hecho, cómo he podido perder el control de mí misma de la manera más tonta del mundo. «Joder, María, pareces de pueblo...»

Maldito Claudio, él es el único culpable de todo. Ayer quería olvidarme de él y lo he intentado de la forma más rastrera posible. No sé dónde estoy, pero necesito llegar a la galería cuanto antes. Giro la calle y reconozco el lugar, bastante lejos a mi pesar, por lo que no lo dudo un instante y paro un taxi.

Cuando alcanzo la puerta y giro la llave me siento aliviada al comprobar que he sido la primera en llegar. Entro a toda prisa al baño para cambiarme de ropa y poder comenzar a pintar, y entonces me doy cuenta de que en el brazo derecho tengo un morado bastante grande, al igual que en las piernas y en las caderas. Son dedos que han apretado con saña, y no recuerdo cuándo sucedió. Siempre me ha gustado que Claudio me presionara, el dolor que ejercía era placentero, pero ¿tanto como para tener estos cardenales?

Por suerte, la ropa que tengo en el estudio es de manga larga y Yué no me verá las marcas; es capaz de matarme si sabe lo que ha pasado.

Comienzo a darle trazos a mi mural, es enorme y las fuerzas me flaquean, pero quiero tener la mente ocupada. No obstante, me resulta imposible. No dejo de ver flashes de lo ocurrido la noche anterior, cómo lo besé, la bebida que me dio, la sudoración de mi cuerpo, la necesidad de salir a un espacio al aire libre, en el coche, en su casa... Cómo me besaba, sus manos, su cuerpo desnudo... No tenía la sensación de tener miedo, de estar forzada, todo lo contrario, él me preguntaba, hacía lo que yo le pedía.

Recuerdo a dos hombres, uno era Claudio, pero yo sé que fue fruto de mi imaginación, eso seguro.

Capítulo 10

—Morena, ¿cómo ha ido la noche? —La voz de Yué me sobresalta. Estaba tan concentrada en mis pensamientos que ni me he dado cuenta de que ha entrado.

—Veo que la tuya bien —juzgo por su rostro alegre.

—Sí, Biel es tan... Dios... —Se sienta en el sofá y veo su cara de enamorado hasta las trancas. Mi amiga ha vuelto a caer rendida—. Cuéntame cómo es Andrés.

—No quieras saberlo...

Me mira con cara de «Déjate de rodeos y habla».

—Pasional hasta el extremo —contesto—, detallista, ardiente... Demasiado para mí.

—¿Perdona? ¿Demasiado?

Me analiza y disimulo con todas mis fuerzas mi confusión, así que pienso en lo que creo que sucedió, en lo que me habría gustado que ocurriera.

—Es diferente, es exorbitante.

Lo pienso y recuerdo los flashes y se me ponen los pelos de punta, no por miedo, no por arrepentirme, al contrario. Me siento excitada, tentada de descubrir más, y eso es lo que realmente me asusta, no saber dónde puedo estar metiéndome.

—¿Como tu pintura? —Yué se pone en pie frente a lo que llevo pintado hasta ahora—. ¿Qué se supone que debe transmitir?

—Pena, decepción, traición... —digo en voz baja.

—Más bien agresividad, pánico, maltrato... —comienza a soltar la retahíla de adjetivos que, según ella, definen mi obra. Pero a mí no me lo parece, aunque puede que esté expresando lo que siento en estos momentos, mezclando mis sentimientos por Claudio y por Andrés.

—Sea lo que sea, es interesante —respondo.

—Y llamativo para la galería. —Sonríe y se va como si nada hasta su mural, y las dos continuamos con nuestro trabajo.

El día transcurre confuso, no dejo de darle vueltas a lo ocurrido la noche anterior, a que Claudio aparezca tan real, a que dude si lo ocurrido es cierto, a pesar de que soy consciente de que es imposible que lo sea.

Yué ha quedado con Biel, tengo la impresión de que esos dos van a retomar la

relación que dejaron tiempo atrás, y me alegro mucho por ellos. Así que yo la he animado a irse para quedarme sola un rato. Aprovecharé para pensar y enfrentarme a Andrés. Por más vueltas que le dé, todos los caminos me dirigen a él, necesito respuestas, y él es el único que puede ayudarme.

Apago las luces, cierro la puerta y camino con paso seguro hasta el local de la esquina. Cuando entro, me encuentro con el mismo ambiente de la noche anterior. Continúo en dirección a la barra, pero no lo veo. Le pregunto a un camarero si Andrés está en el local y me señala justo el piso superior, frente a nosotros. Cuando miro hacia allí, lo veo apoyado en la barandilla, captando toda su atención. Trago saliva y me convenzo de que estoy haciendo lo correcto.

—Necesito tu ayuda —es lo primero que le digo sin pensar en nada más.

—Te dije que me preguntaras —responde él tranquilo, sabedor de que lo iba a hacer.

—No sé qué pasó, si fue real o una alucinación —digo nerviosa por todo lo que he llegado a sentir durante el día.

—Dime de qué dudas. —Me invita a sentarme en un sillón—. ¿Quieres tomar algo?

—Agua, pero una botella cerrada. Prefiero abrirla yo.

—¿Desconfías?

—¿Tú qué crees? —Lo desafío con la mirada.

—Chica lista.

Comienzo a contarle lo que recuerdo. Sólo me interrumpe cuando algunas de las lagunas de mi mente no logran esclarecerse, y él las completa. Puede que esté mintiéndome como un bellaco y esté llevándose la historia a su favor, pero es lo único que tengo y, para mi desgracia, tengo la opción de creerlo o no, aunque todo lo que me va contando me convence, e incluso creo que son piezas que van encajando en la historia que mi mente ya había creado.

—¿Quieres decir que yo...?

—Quiero decir que te gustan las relaciones al límite, que te gusta controlarlas, y podrías obtener más placer del que hasta ahora has conocido. Sin brebajes que manipulen tu conciencia. —Da un trago a la botella de agua—. Puedes olvidarte de Claudio.

—¿Cómo sabes lo de Claudio? —Eso sí que no lo esperaba.

—Cuando pedías que fuéramos más agresivos, a Miguel lo confundías con él. —Permanece en silencio ante mi estado de shock—. No sé qué te ha hecho, pero tratas

de olvidarte de él castigándote a ti misma.

—Lo olvidaré pronto —digo, intentando convencerme de que así será.

—Lo dudo.

—¿Eres psicólogo? —replico molesta por sentir que siempre va un paso por delante de mí, porque un extraño cree conocerme a la perfección, más de lo que yo misma lo hago, un hecho que me cabrea, y mucho.

—Lo fui, pero era muy aburrido. Prefiero mi mundo, donde ayudo a personas como tú a encontrar su lugar, a que sean ellas mismas y no tengan miedo a lo que sienten. Puedes ir al local conmigo, o tú sola. Tienes las puertas abiertas.

—No sé si yo... —Dudo en aceptar algo que desconozco, algo que no sé si me beneficiará o terminará destruyéndome más.

—Si quieres comenzar conmigo, es tu decisión. Hacía mucho que no encontraba a alguien como tú, y puedo ayudarte a descubrirte.

—Ahora mismo no puedo responder. —No soy capaz de hacerlo.

—Piénsalo, y llámame para lo que necesites. —Me ofrece una tarjeta, que guardo en mi bolso, y suspiro confusa.

—Tengo que irme, estoy agotada —me excuso sin necesidad de querer dar más explicaciones. Los dos sabemos que mi cabeza gira sin parar.

—Me encantaría visitar vuestra galería —añade.

Debería decirle que no, que no quiero volver a verlo, ha traído a mi vida algo que no me gusta del todo, o sí... Estoy hecha un lío. Digamos que no entraba en mis planes.

—Claro, pásate mañana —digo. No aprenderé nunca que con la boca cerrada no entran moscas, ¿por qué narices no puedo cerrar el pico?

—Perfecto.

Se abalanza sobre mí y por un instante siento miedo, pero no a que me agreda, que sé que no lo va a hacer, mi miedo es a sentir algo más por una persona que me dirige hacia un mundo que no sé si es el mío. Por instinto, cierro los ojos y oigo el latir de mi corazón, huelo su perfume, y por un momento me olvido de dónde estoy y noto cómo sus labios besan mi mejilla inocentemente.

* * *

No puedo dormir, hablar con Andrés me ha aliviado; bueno, ésa no es la palabra, más bien me ha despertado la curiosidad. ¿De verdad piensa que yo puedo jugar en

esa división? Creo que no soy capaz de ir a un lugar donde sólo se practica sexo, y no del que todos tenemos en mente. Seguro que allí ocurren cosas terribles, y no soy una persona de juzgar, suelo tener la mente abierta, pero no sé si hasta el punto de participar en lo que me propone.

Sí, con Claudio me gustó el sexo rudo, cuando apretaba sus dedos en mis nalgas y las veía rojas a través del espejo me excitaba, pero también me encantaba su parte romántica, cuando me abrazaba y me perdía entre sus brazos. Era la combinación perfecta, pero no lo que hice ayer, apenas recuerdo qué hice exactamente, y lo odio. ¿Por qué me drogó sin permiso? ¿Por qué me hizo probar algo que no debería haber probado? Sólo fui un muñeco, uno roto que no tenía conciencia y se dejaba hacer a su antojo.

—La madre que me parió... —Maldigo todo lo que se me ocurre cuando me doy cuenta de que estoy empapada. El estómago comienza a dolerme, y necesito saciarme de algún modo.

Cierro las piernas con fuerza y me castigo sin poder tocarme por ser una depravada, la que tanto temía mi madre, la que en el pueblo repudiarían, ésa soy yo, en ésa me he convertido de la noche a la mañana, pero por más que me lo repito, no sirve de nada.

Recuerdo las palabras de Andrés. Él quiere que entienda que nada es tan malo, que los prejuicios son solamente de nuestras mentes reprimidas y, como si con ello me hubiera convencido, mi mano desciende hasta colarse entre mis braguitas y me acaricio, me cuelo en mi interior e intento relajarme.

Cierro los ojos y pienso en sus ojos verdes, pero no veo los de Andrés: son los de Claudio, que me está sonriendo. Me encantaría poder abrazarlo, oír sus susurros, pero no tengo nada de ello, ni tan siquiera el orgasmo que he tenido pensando en él ha sido suficiente.

Me pongo de pie y me miro las manos sintiéndome vacía. Suspiro nerviosa ante mi reacción, mi cabeza me pide que lo haga, pero no sé si es lo mejor, si debo o no... Aun así, sólo hay una manera de saberlo. Cojo mi teléfono y la tarjeta que esa misma tarde he guardado en mi bolso y tecleo sin pensarlo más:

Necesito volver.

Estoy loca de remate, ahora sí que me van a desheredar, pero como bien dice Pablo, ojos que no ven, corazón que no siente. Lo lamento por mis padres, pero necesito averiguar si es lo que quiero, no puedo quedarme tumbada en la cama

sabiendo que necesito algo que ayer sentí, y ahora mismo lo veo borroso, necesito volver a verlo, pero esta vez de verdad.

Mi teléfono suena al instante y mi cuerpo comienza a temblar. Con un nudo en el estómago, abro el mensaje y leo:

Éste es tu código: 9108. Estaré abajo, si me necesitas, pregunta por mí. Andrés.

Yergo la espalda y me visto sin pensar. Ni tan siquiera se me pasa por la cabeza si llevo el *look* adecuado, no me importa en absoluto nada de eso, tengo preocupaciones más importantes a las que enfrentarme.

* * *

Estoy frente al local. Desde que he recibido el mensaje, no he dejado de temblar, he sopesado si estaba haciendo bien, si debía dar media vuelta y olvidarme del tema, de él, de lo excitada que me he sentido. Sin embargo, he sido incapaz, he continuado mi camino hasta llegar.

Pulso temerosa en el panel el código que Andrés me ha enviado y un sonido me indica que ya está abierto. Veo su puerta a la derecha y llevo mi mano hasta ella. Cierro el puño y los ojos ante la tentación de dar un golpe, de avisarlo de que ya he llegado, pero no lo hago. Sé que está dentro, él mismo me lo ha dicho, puede que me esté observando por alguna de las cámaras, y me siento estúpida por no haberlo pensado antes. Busco la más cercana para fijar mi mirada en ella e imagino que está con el mismo rostro serio que yo, incluso puede que esté obligándose a no abrirme su puerta y que yo sola continúe con lo que debo hacer sin su ayuda, esta vez descubriendo por mí misma lo que quiero o no quiero hacer.

Decido subir escaleras arriba, pero eternizo el momento de llegar. Mis pasos son más lentos de lo que me gustaría, creo que no voy a dejar nunca de subir, y puede que sea la solución, aunque no he venido aquí para perder el tiempo, sino para saber qué es lo que realmente me atrae de este lugar.

Abro la puerta y me adentro en el salón. Nadie me mira, soy invisible para las personas que están tomando unas copas justo delante de mí.

—¿Qué te pongo, María?

Dirijo toda mi atención a la camarera, que me sonrío. No tengo duda de que me recuerda, y me gustaría saber si hablé con ella y de qué, pero no le pregunto: me

avergüenzo de reconocer lo que pasó.

—Hum... —Dudo, me giro y escudriño la sala intentando averiguar qué es lo que están bebiendo el resto, no quiero llamar la atención, y mucho menos que se sientan atacados por una extraña.

—Esto es lo que necesitas —oigo que dicen entonces. La miro cuando veo una copa con una bebida roja y niego muy seria—. Es un San Francisco sin alcohol.

—¿Qué más lleva?

—Esa bebida no lleva nada, ella tiene prohibido drogar a los clientes. —Una voz masculina me sorprende a mi espalda, y me giro para saber de quién se trata—. ¿Me recuerdas?

Niego en silencio al tiempo que lo miro de reajo de arriba abajo.

Tiene un parecido increíble con Claudio, a simple vista podría hasta confundirlos, pero, observando sus facciones más detenidamente, aprecio las diferencias.

—Perdona, pero no te recuerdo. ¿Nos conocemos?

—No te preocupes, ayer estabas demasiado desinhibida como para recordarlo. — Me guiña un ojo mostrando complicidad—. Mi nombre es Miguel, y te aseguro que esa bebida no lleva nada, hoy no.

No dejo de mirarlos a los dos como si estuviera en un partido de tenis, pero no sé si puedo fiarme de ellos. La copa tiene toda mi atención, la observo desde varios puntos, intentando averiguar si realmente no lleva nada. Ellos me miran, me aseguran que no lo lleva y, aunque sé que puedo arrepentirme, la cojo y me la llevo a los labios para dar un trago.

—Parece que está bien.

—Hoy, ni alcohol, Andrés me ha pedido que te devuelva a casa sobria —me susurra la camarera para que Miguel no pueda oírla.

—¿En serio? —asiente divertida.

—¿A qué has venido? —pregunta entonces él.

Vuelvo a mirarlo antes de contestar y no dejo de asombrarme por el parecido que guarda con Claudio. Me detengo en sus manos. Recuerdo cómo me acariciaba la espalda y siento un pinchazo en mi sexo que me cabrea. Porque, una vez más, me estoy excitando con una escena tórrida que debería darme asco en vez de despertar mi curiosidad.

—No lo sé —digo.

Discretamente, la camarera se aleja de nosotros bastante seria; supongo que son las normas del local: cuando una pareja comienza un contacto deben hacer como si no

estuvieran.

—Hay un privado libre, si quieres.

Clavo mi mirada en el pasillo que lleva hasta las puertas, donde seguramente casi todas estén en uso, y siento algo extraño en mi cuerpo. Por un lado, no quiero, porque realmente no sé qué límites hay tras ellas, pero por otro necesito saber hasta dónde estoy dispuesta a llegar.

—¿Te apetece? —insiste de nuevo ante mi silencio.

Intento no pensar y, para ello, dejo la mente en blanco. Pero Miguel está frente a mí esperando que me decida, y yo lo único que veo es a un chico guapísimo que me está ofreciendo sexo como si nada. Mi garganta está tan seca que me duele tragar saliva. Doy un gran sorbo a mi San Francisco y, tras un suspiro, le digo que sí.

Estoy loca, pero loca del todo. No conozco a este hombre. Bueno, la verdad es que alguna vez me he liado en una discoteca con algún chico con el que tampoco había cruzado más de dos palabras y no más que un buen roce bailando. Lo sé, me digo a mí misma, ésta es una liga superior, una en la que los besitos no existen y, como poco, en cuanto cierre la puerta, me va a empotrar, y yo lo he permitido. Lo miro al rostro y veo lascivia en sus labios, en el brillo de sus ojos y, al bajar la vista, también puedo casi palparlo en el bulto que sobresale de sus pantalones.

Siento que la mano me suda, pero no quiero dejar de dársela porque no me apetece que piense que soy una niña que no sé lo que quiero, aunque la verdad es que no lo sé, y me estoy metiendo en la boca del lobo.

Marca un código para entrar cuando una mano me agarra del brazo y no me deja continuar mi camino. La mano de Miguel tira de mí hacia adentro, pero Andrés lo impide obligándome a no caminar.

—¿Estás loco? Es un blanco —lo amonesta Andrés enfurecido.

—Pero ayer...

—¡Ayer fue una jodida excepción que no tendría que haber ocurrido! —replica disimulando ante las personas que a lo lejos nos pueden ver.

—Disculpa, Andrés.

—Venid conmigo. —Sin soltarme del brazo, Andrés me guía de nuevo hasta la escalera y bajamos a toda prisa hasta llegar a su puerta, donde marca el código y nos invita a pasar—. Miguel, quiero que ella se descubra, no quiero forzarla.

—¡No iba a hacerlo, pero ¿qué clase de persona crees que soy?! —Se molesta al sentirse atacado y puedo llegar a entenderlo, porque la actitud de Andrés me llama mucho la atención.

—¡No sabe lo que quiere! —Andrés se lleva las manos a los bolsillos y pasea de un lado a otro.

—Eso tú no lo sabes, yo la he visto muy convencida —replica Miguel, y se le escapa una sonrisita burlona que a Andrés lo enfurece.

—¡No lo está, joder!

—¡Estoy aquí! ¿Lo recordáis? —Los dos me miran y les hago un gesto con las manos para que sepan que no entiendo lo que está ocurriendo—. Andrés, tú me trajiste aquí, y no muy sobria. —Lo miro fijamente y él agacha la cabeza avergonzado—. Quiero saber más, por mi salud mental, necesito saber qué hice, pero de verdad. Poder decir si me gusta o no, por mi propia experiencia, y esta vez consciente en todo momento de lo que hago.

—María, ¿estás dispuesta a seguir?

—Sí, Andrés, lo estoy. —Me mira intentando ver más allá de mis palabras, pero lo único que consigue es que me cruce de brazos—. Es mi decisión, y si no quieres me iré a otro lugar donde sí me lo permitan.

Veo cómo ambos se miran. Entonces Miguel asiente y desaparece por la puerta. Nos quedamos los dos solos, y por primera vez desde que estoy aquí no tiemblo, me siento segura delante de él, su mirada penetra en mi interior de una forma anómala.

—A mi manera —ruega.

—A tu manera —le confirmo que quiero que él sea el que guíe la situación.

Veo que se aleja para llegar hasta una nevera, de la que saca una botella de agua, y me la ofrece. La abro y, sin más, le doy un trago tan largo que casi me la bebo por completo.

Aquí estoy, de pie, sin saber qué hacer, sin saber si quitarme la ropa o sentarme en la cama. Parezco una paleta de pueblo, y es que lo soy, no puedo remediarlo. Pero él, para mi fortuna, sabe lo que quiere. Se acerca lentamente hasta mí para quitarme la botella de las manos y la arroja a su espalda. El sonido al chocar contra el suelo y el imprevisto empujón que me lanza sobre el borde de la cama consiguen que dé un grito.

—Quiero en todo momento que me digas si te gusta, si no, o simplemente si quieres más. —Lo miro atenta, sé que todo va a comenzar, y lo único que siento es que estoy empapada—. ¿Entendido?

—Sí —apenas susurro de forma audible.

Sus manos me invitan a tumbarme y las caricias empiezan a recorrer mi cuerpo al tiempo que la ropa comienza a desaparecer de mi piel. Sus labios besan mis piernas y

suben hasta llegar a mis muslos.

—¡Au! —Me encojo al sentir que me ha mordido.

—¿Te ha dolido?

Niego con la cabeza y lo repite, pero esta vez gimo. Me agarro a la sábana intentando mantener la calma.

Pero su lengua continúa su camino, roza mis labios hasta que sus dientes atrapan mi clítoris y lo aprieta con fuerza al tiempo que su lengua calma el dolor. Uno de sus dedos desciende hasta llegar a mi ano, estoy muy excitada, tengo que concentrarme en mi respiración para no perder el sentido. Andrés conoce el cuerpo de la mujer a la perfección, sabe qué tiene que hacer para excitarme.

Me tapa los ojos con un pañuelo y yo lo dejo, lo hago porque quiero seguir jugando. El sentido de mi oído se ha agudizado y oigo cómo la puerta se abre, unos pasos se acercan, y sé que es Miguel.

Andrés me susurra que me ponga encima, y noto cómo su cuerpo roza el mío hasta colocarse debajo. Atrapa mis pechos con la boca y los muerde fuerte, más fuerte, hasta que un grito gutural rompe el silencio de los tres.

—¿Te duele?

—Un poco —logro decir.

Antes de terminar, ha vuelto a morder el otro pecho y yo he vuelto a gritar. Siento cómo mis muslos se empapan y un dedo recoge mi deseo para dirigirlo hasta mi ano, lo acaricia, cuele un dedo y oigo su suspiro.

Entonces Andrés introduce algo en mi vagina, está frío, tiembla y despierta mi necesidad de cerrar las piernas, pero Miguel no me deja: las suyas se han colado para no permitírmelo. Mi respiración se acelera, mi pecho sube y baja y me siento desprotegida, nerviosa. Trago saliva y cierro los ojos con todas mis fuerzas, pero la ansiedad no desaparece. No me gusta sentirme controlada, no me gusta estar a merced de otros, todo ello me exaspera hasta el punto de sentirme frustrada.

—¿Así mejor? —oigo su voz entre un rayo de luz que me ciega.

Tardo unos segundos en poder verle los ojos verdes, que están apenas a unos centímetros. La intensidad de la luz baja y mi corazón se templea.

—Mucho mejor.

Andrés saca de pronto el consolador que tenía metido en mi vagina e introduce su miembro con fuerza. Grito, respiro profundamente y yergo todo mi cuerpo. Miguel comienza a lubricarme y su dedo entra con total facilidad hasta el interior, uno, dos, tres y cuatro dedos arrancan jadeos de placer que sólo Andrés puede ver.

Los dos permanecen inmóviles una vez dentro y esperan a que mi cuerpo los reciba. Lentamente consiguen que las paredes de mi interior vuelvan a lubricarse y necesite sentirlos. Más rápido, más profundo, incluso hasta llegar al punto de doler, porque el dolor no es malo, conforme el cuerpo se acostumbra es placentero, y yo, en este momento, necesito más de todo. Más placer, más besos que robo de la boca de Andrés, más estocadas que ambos me entregan gustosamente, y entonces mi mente vuelve a jugármela.

El pelo de Miguel roza mi espalda y mi cabeza imagina a Claudio ahí atrás, penetrándome como lo hace él sin temor a hacerme daño. Busca mi placer, el suyo, el de Andrés. Todos queremos lo mismo y nos dejamos llevar hasta caer rendidos encima de la cama enredados unos sobre otros, sin importarnos nada más que respirar.

—Esta mujer no es un blanco —oigo que dice Miguel derrotado.

—Sí lo es, al menos hoy.

No digo nada, no los miro, sólo medito con los ojos cerrados unos segundos. Intento comprender qué es lo que he sentido, e incluso me autocastigo por haberme gustado. A cada uno de mis lados hay un hombre, y no quiero verlos, no estoy preparada para asumirlo.

—Miguel, vete.

Entonces siento cómo la cama se mueve perezosamente y unos pasos me anuncian que estamos los dos solos.

—María, habla. Dime qué sientes, no te calles, porque no te hace bien —me pide Andrés.

—No lo sé.

—Sí lo sabes, sólo tienes que pensar en lo principal. —No lo oigo, permanece en silencio, y yo con los ojos cerrados sin ser capaz de mirarlo a la cara—. ¿Te has sentido coaccionada en algún momento?

—No —respondo muy segura.

—¿Obligada a seguir por nosotros?

—No.

—¿Tienes miedo?

No respondo, no sé qué decirle. Ellos tienen más que asumido este tipo de relación, pero yo no. Yo estoy descubriendo mi cuerpo, mis límites, y no puedo evitar sentir que le estoy fallando a Claudio.

Maldito Claudio.

—¡María, mírame! —Andrés agarra mi nuca y la zarandea suavemente hasta que abro los ojos y veo su rostro serio analizándome—. No te calles, te voy a ayudar, no pienso dejarte sola en este camino, pero necesito que confíes en mí.

—Es raro... —logro decir al fin.

—¿El qué? —pregunta en un susurro que consigue erizarme el vello.

—Estoy tumbada desnuda ante ti, que no somos nada... Miguel acaba de irse... Puede que sienta que me estoy fallando a mí misma.

—Es una reacción típica ante una situación fuera de lo común —responde, y lo dice tan fácilmente que hasta parece que tenga razón, que no es que me haya convertido en la depravada más estúpida del día. Simplemente he vivido algo fuera de lo habitual.

«¿A que suena bien?» Sí no fuera porque no sé ni cómo me siento...

—Tu mente debe liberarte, es la única que lo logrará. —Da unos toquitos suaves en mi sien y suspiro profundamente—. ¿Qué te preocupa?

—No quiero volver si no es contigo.

—Es mi casa, siempre que vengas estaré. Te lo aseguro.

Me rodea con sus manos y me da el abrazo que necesitaba, la sensación de volver a tener a una persona a mi lado con la que puedo contar. A pesar de que nuestra relación es diferente, sé que Andrés ha llegado a mi vida para darme la mano y caminar juntos.

Capítulo 11

Tengo que sentarme sobre el andamio porque estoy derrotada. No puedo con mi alma, la noche ha sido una de las más intensas de toda mi vida, y mi cuerpo lo sabe. Las piernas me flaquean y no quiero caerme, por ello he parado y me voy a tomar un merecido descanso.

Llevo demasiadas horas encerrada en este lugar, tantas que he podido pensar en lo que hice un rato antes de llegar. Aún no puedo creer que yo haya acudido a un lugar como éste, pero sí, he ido y, para colmo, conforme pasan las horas, más ganas tengo de volver.

Ahora mismo estoy observando mi obra nueva, ya está lista. No sé cómo la he pintado tan rápido, pero este trabajo ha salido solo, es totalmente diferente del resto. El fondo blanco impoluto contrarrestando las oscuras formas de la mujer... La verdad es que sí que tiene un poco de aspecto *gore*, pero a mí me gusta, creo que es una obra que representa el dolor de una forma muy elegante.

—Tenemos visita —oigo que dice la voz sonriente de Yué.

—Andrés. Hola.

No recordaba que le había dicho que viniera a ver la galería, aunque dudaba de que su proposición fuera en serio; pensé que más bien era el modo educado de volver a quedar una vez más.

—Te debía una visita. —Me da un beso en la mejilla y se queda inmóvil ante mi primera obra que he pintado en esta galería—. ¿Es tuya?

—Sí, acabo de terminarla.

—Dice mucho... —Mueve la cabeza a ambos lados y la observa durante unos minutos—. ¿No crees?

—Yo ya no sé qué creer —digo en voz baja entornando los ojos. No quiero que Yué me oiga, y doy gracias por que acaba de salir del almacén y nos ha dejado a solas.

—Sólo tienes que saber cuándo se acelera —repite él. Coloca su mano sobre mi pecho y, al instante, mi corazón late con fuerza. Siempre que me toca o está cerca lo siento de este modo—. Es muy fácil.

Cojo su mano y la retiro, y es entonces cuando más fuerte siento los latidos. No

entiendo por qué. Lo miro a los ojos y sonrío ladino: él sí lo sabe. Y creo que puedo tener una ligera idea de lo que realmente me ocurre. Necesito apartarme de él, pensar en otra cosa, por ello, camino hasta el andamio.

—Espera. —Retiro el seguro de las ruedas y empujo para que se mueva, sé que ver la pintura lo tendrá distraído—. Ahora sí se ve bien.

—¿La vas a vender?

Ambos nos quedamos embobados observando el gran lienzo cuando la voz de Yué nos sorprende a nuestra espalda:

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar por ella?

Río al oírla, esta mujer se ha vuelto loca de remate. La miro con cara de «Déjala ya», pero no me hace ni puñetero caso, ganas me dan de darle una colleja.

—Sesenta mil.

—¿Estás loco?! —grito alucinada por lo que Andrés ofrece, pero ninguno de los dos me oye, o al menos no me dicen nada, se miran fijamente a los ojos sin decir palabra alguna.

—Cien mil —dice de pronto la loca de mi amiga eufórica. Abro los ojos de par en par y, cuando voy a decir algo, ella se me adelanta—: Piensa que es única y su autora acaba de venir de la prestigiosa academia Haven Art, siendo la mejor artista de su curso elegida por el jurado de la escuela.

La muy arpía quiere hacer negocio, y uno de los buenos, a costa de un amigo, y no me gusta nada, no se puede ser tan cruel.

—Hecho, lo quiero para un lugar mágico al que le falta personalidad.

—¿Cómo? Pero, ¿qué estás diciendo? —reprendo a Andrés, que comienza a reír a carcajadas. Sin embargo, a mí no me parece gracioso.

—Que lo quiero —repito de nuevo—. ¿Aceptáis cheques?

—Mientras tenga fondos, como quieras.

No me hacen ni caso, permanezco en un segundo plano, y veo cómo Andrés se lleva la mano a la cartera y saca una chequera, en la que escribe sobre un talón y luego se lo da a Yué.

No puedo creer que esté haciéndolo.

—Todo vuestro, espero ser vuestro primer cliente.

Niego con la cabeza y me froto los ojos.

—Bueno, os dejo, ya he trabajado demasiado hoy. —Yué me da un beso en la mejilla, otro a Andrés, y desaparece más feliz que una perdiz.

—¿Estás loco? —Lo miro con cara de culpabilidad.

—Te aseguro que he pagado auténticas burradas por menos. He sido sincero cuando te he dicho que me ha gustado. Transmite algo que muy pocos podemos apreciar, por ello lo quiero en mi despacho.

Se me escapa una sonrisa y no insisto más. Sé adónde va a ir, y me alegra saber que no le voy a perder la pista, ya que es un cuadro muy especial para mí. Soy consciente de que es la despedida de mis sentimientos hacia Claudio, con este cuadro le digo adiós, le abro el camino para que se aleje de mí, de mi cabeza, y me obligo a mí misma a olvidar un amor que me ha marcado más de lo que nunca imaginé en tan sólo un mes.

* * *

Una semana más tarde...

Estos días son una locura. Tras la primera compra de Andrés, hemos ido exponiendo más obras y, con ellas, han aparecido los primeros curiosos. Casualmente, muchos eran amigos suyos, y no amigos cualesquiera, no. Todos ellos venían dispuestos a adquirir algo único que no iban a encontrar en otro lugar sin importarles el dinero que pudieran gastar. Él me asegura que no ha incitado a nadie a venir. Obviamente, no lo creo, pero la ayuda para lanzarnos en la ciudad nos está reportando unos ingresos que nos hacen mucha falta.

Siendo los primeros días de vida del negocio no podemos creer que haya este movimiento, tanto de entradas como de salidas; un flujo que debemos mantener a toda costa, por ello hemos decidido sacrificar nuestro tiempo libre trabajando mano a mano para tirar hacia adelante la galería.

Pablo ya me ha llamado como si hiciera años de mi llegada a Madrid, al igual que mi madre, que me ha pedido que vuelva a casa un fin de semana. No sé qué será de ellos cuando hayan pasado meses o incluso años.

El poco tiempo que me he dedicado ha sido junto a Andrés. Es una persona con la que me siento segura, me entiende, y es el único que me ayuda a satisfacer mis inquietudes; a un ritmo demasiado lento para mi gusto, pero comprendo su posición de no forzarme en dos días y salir dañada de por vida.

Claudio..., de él puedo decir que me ha enviado algún email preguntándome si me ocurre algo, si ya me he olvidado de él. Sé que me estoy comportando como una niñaata inmadura, de las que un día dicen que ya no quieren juntarse con una de sus

amigas y, por mucho que quieran jugar de nuevo con ella, se martirizan con su estupidez. Pues esa actitud es la que he tomado con él, no quiero decirle que vi a otra chica en su casa, ni que por su culpa he llorado, y mucho menos que lo que siento por él es difícil de olvidar, aunque muchos no puedan entenderlo. Fue un amor a primera vista, que duró treinta días, y de momento no lo he olvidado.

* * *

Dos meses desde mi llegada a Madrid

Estoy en plena euforia. Llevo dos meses acudiendo de la mano de Andrés a su local junto a Miguel. He llegado a la conclusión de que, en vez de castigarme porque siento que es él, he decidido disfrutar de lo que mi imaginación consigue. Llevo dos meses acostándome con Claudio, bueno, no con él, ya sabéis que es Miguel, pero en mi mente sí lo es. Y ahora no me duele, incluso no quiero saber nada de él, porque lo que tengo en Madrid es todo cuanto necesito. Andrés dice que me estoy engañando y poco a poco indaga más sobre mi relación con Claudio, o nuestra *no* relación. Cree que lo poco que tuvimos en Nueva York me ha marcado más de lo que yo misma reconozco y, si es así, no pienso decírselo a nadie.

Me siento feliz y viva.

Yué está feliz con Biel, parece que han retomado la relación con fuerza, y gracias a ello dispongo de mi espacio para poder desaparecer sin tener que dar muchas explicaciones. Lo poco que nos vemos es en la galería, allí estoy a pleno rendimiento, mis obras son más sensuales y atrevidas que nunca, incluso provocativas a la vista de un espectador normal, pero se venden muy bien, más que bien.

Tras el trabajo, muchas noches nos vamos con Andrés a tomar una copa al bar que hay en la esquina. Yué siempre nos acompaña y, aunque delante de ella no existe ni un simple roce, ella cree que tenemos una relación. No se lo quiero contar; gracias a Dios, no sabe exactamente lo que hago, dudo que pudiera comprenderlo.

* * *

Seis desde que regresé de Nueva York

Algo no funciona. De verdad que lo intento con todas mis fuerzas, pero ya no me sacia

la relación con Andrés y Miguel. Mi mente la asoció a Claudio desde un primer momento y ahora no es suficiente, necesito más. Cuando regreso a casa, estoy sola, y no me gusta nada. Claudio no me acaricia, ni me muerde los pechos, ni me da cariño ni dolor. Cuando cierro la puerta no tengo nada de ello, y me frustra.

He llegado a pensar en si tener una relación más normal con Miguel sería la solución, pero sé que sólo estoy buscando algo que debería tener con otra persona, porque no me imagino paseando de la mano con él. Ni tan siquiera sé de qué trabaja, no me he molestado en conocerlo más allá del sexo.

Andrés sabe que me ocurre algo, y el pobre tiene más paciencia que un bendito, pero no quiero hablar con él de cosas que sólo existen en mi cabeza. Yué, en cambio, insiste en que lo invite a cenar, me pregunta una y otra vez por qué no admito que estoy con él, pero es que no lo estoy, y tampoco quiero estarlo. Me gusta, claro que me gusta, pero no para ser mi marido, tener hijos y vivir felices y comer perdices. Andrés sería mi perfecto amante cuando mi querido marido estuviera de viaje, o simplemente cuando las cuatro paredes de mi gran chalet madrileño me agobiaran.

Simulo alegría la mayor parte del tiempo, pero yo siento que no tengo la misma energía que meses atrás. Algo no funciona, y no sé cómo, pero debo solucionarlo.

* * *

Hace un año era feliz... Pero él lo arruinó todo

—Mira quién pregunta por ti, ogro.

La oigo pero no le hago mucho caso. Últimamente Yué está insoportable, se está comportando como mi madre, incluso peor que ella.

Me lanza el teléfono al sofá. Miro la pantalla de soslayo y leo con los ojos inyectados en sangre a causa del enfado, que crece por instantes:

¿María está bien? Llevo mucho tiempo sin saber nada de ella.

«María, relájate. No lo hagas...» No. Y tanto que sí. Cojo el teléfono y tecleo a la vez que sonrío de forma malvada:

Claudio, está con un chico, siento ser yo la que te lo diga.

Lo envío y una carcajada sale de mi garganta cuando Yué coge el teléfono y me

mira con los brazos cruzados.

—Tú eres tonta, y lo sabes.

—Y tú, cuando te enfadas, eres más oriental. ¿Lo sabes?

—Vete a la mierda. —Gira sobre sus talones y sale de casa sin decirme adiós.

Vuelvo a quedarme sola, y siento una presión en el pecho que está a punto de asfixiarme. No puedo estar más en este piso. Cojo mi bolso y me voy hasta el local.

Allí, busco a Miguel, él es el único que puede saciarme. Lo busco por la sala y le pregunto a Mariel, la camarera, pero no está. Me siento en uno de los taburetes y me doy cuenta de que una de las cámaras está enfocándome. No tengo duda alguna de que Andrés está tras ella y, por eso, abro las piernas y lanzo un beso cuando veo a Miguel salir de un privado. Sin embargo, en ese mismo instante me doy cuenta de que no puedo hacerlo, de que él es el único vínculo que ha mantenido vivo el recuerdo de Claudio y debo apartarlo a toda costa de mí.

* * *

Hace dos años Yué era mi compañera de clase y ahora...

Estoy sentada a la barra del local cuando veo a Miguel entrar por la puerta. Me mira y yo a él, nos saludamos con la cabeza y cada uno continúa su camino. Tuve que hablar con él para decirle que no quería seguir teniendo contacto íntimo. Al principio no entendía por qué y no dejaba de irme detrás, hecho que no me hacía ningún bien y lo único que conseguía era que me encerrara más en mí misma. Supongo que Andrés se encargó de facilitarme el trabajo porque, de pronto, dejó de preguntarme y se buscó otras chicas en el local.

Tuve una temporada en la que sólo venía a tomar una copa o a hablar con Andrés. Si no fuese por él... Me ha ayudado mucho, sobre todo a volver a sentirme con ganas de ser yo misma y fuerte. Conocí a varios chicos con los que compartimos cama, pero yo le repetía a Andrés que no me daban lo que necesitaba. Él intentaba aconsejarme, guiarme, pero nada de ello obtuvo resultado, hasta que lo vi a él. Oliver. Él ha sido mi salvación. Nuestro primer contacto fue muy extraño porque Andrés estuvo demasiado protector conmigo, tanto que ninguno de los dos disfrutamos, hasta que un día entramos solos en un reservado. Por primera vez sentí que regresaba ese placer que tanto me gusta.

—Mariel, sírvenme una copa.

Miro a Andrés a los ojos y, aunque está serio, fingiendo estar molesto, se le escapa una sonrisa cuando lo beso en la mejilla.

—Pensaba que ya no querías verme —lo provocho para que hable conmigo.

—Sabes que no es así, pero no me gusta.

Luego señala hacia la puerta al tiempo que da un sorbo a su copa, la deja sobre la barra y se va escaleras abajo.

Sé que no le gusta Oliver, me lo ha repetido demasiadas veces, pero a mí me satisface el equilibrio que hemos encontrado. El placer es mutuo, ambos sabemos lo que hacemos y hasta dónde podemos llegar.

Andrés apenas me habla, Yué me ignora, menos mal que mis obras se venden muy bien y Oliver me da lo que necesito, si no, no sé qué sería de mí.

* * *

Ya no soy la misma María que cinco años atrás pisó por primera vez la Gran Manzana...

Me miro al espejo y no me gusta lo que veo. Estoy muy delgada, más de lo que nunca he estado. Hace unos meses tuve que cubrir mi cuerpo, los moratones que Oliver dejaba en mi piel habrían sido incompresibles para alguien que no estuviera en mi mundo. No obstante, a mí me gustaba, porque no me pegaba, sino que ejercía el dolor que podía soportar mi cuerpo. Pero todo cambió. Llegó un momento en el que sus golpes me humillaban y mis actos me avergonzaban, sobre todo cuando veía a lo lejos a Andrés y su rostro mostraba la decepción que sentía. Dejé de hablarme, de mirarme, incluso de estar en el local cuando yo también estaba.

Ahora soy diferente, ni mejor ni peor, sólo que he llegado hasta el fondo del pozo para darme cuenta de que nada en mi vida funciona.

He vivido unos años con una persona que ha dejado de hablarme, apenas nos cruzábamos por casa, y opté por no aparecer por las noches. En la galería simulábamos una relación inexistente, una cordialidad ante los clientes que ninguna de las dos sentíamos. Hasta que algo ocurrió, algo que Yué no debería haber visto y se encargó de recordarme quién era María, la que ella conoció en Nueva York, la alumna de la promoción que comenzó a vender sus obras a unos precios desorbitados y aun así desaparecían de la galería como churros. Ahora no vende, ahora sus obras se agolpan sobre la pared del almacén.

Soy una persona que dejó de vivir, una muñeca rota que se ha dado cuenta de que ese camino no era el correcto. Pero soy afortunada, porque mi amiga aún continúa a mi lado con la condición de que voy a volver, de que la soñadora y risueña María resurgirá de donde diablos se haya metido.

* * *

Claudio, Claudio. Ocho años sin verlo y sigo pensando en él...

Qué de giros da la vida. Tan pronto estamos arriba, en lo más alto, como caemos a la más profunda miseria. Pero, como esta vida es así de caprichosa, ahora me encuentro en una etapa buena.

Atrás quedaron mis acciones autodestructivas, que sólo me llevaban hacia una oscuridad que no me traía nada bueno.

Yué se encargó de todo, hasta hizo que mi amigo Pablo viniera unos días a casa. Tuve que aguantar más de un desplante por mi extrema delgadez, e incluso que se riera cuando ella le contaba que no había querido saber nada de Claudio. Claudio. Claudio. He necesitado muchas sesiones de terapia para asumir que seguía pensando en él, suerte que Andrés no me las ha cobrado, si no, os aseguro que me habría arruinado.

Ha sido el encargado de que me enfrente a mis sentimientos, de que reconozca que sigo enfadada con él, aunque lo que no ha logrado es que lo llame. Eso sí que no, como que me llamo María, no pienso hablar nunca más en la vida con él.

Vuelvo a sonreír, a comer con Yué de vez en cuando para hablar de nuestros negocios, o simplemente de las tonterías que nos rodean. Ahora me preocupo por saber de las personas que están a mi alrededor. He conocido mejor a Biel, el pobre ha sido paciente conmigo, y sé que ha animado a Yué para que me ayudara, para que no me dejara en la estacada en mi peor momento, y me siento muy agradecida por ello.

Andrés ha cambiado radicalmente su actitud, al igual que lo he hecho yo. Ahora los cuatro salimos como amigos, reímos y disfrutamos del tiempo que estamos juntos. Y ¿qué puedo decir de mis pinturas? El color ha regresado con fuerza, una nueva colección que está siendo un éxito, y el motivo es simple: he vuelto a ser yo, a sentirme bien conmigo misma.

Capítulo 12

Nada queda de la inocente que conociste en Nueva York hace diez años...

Estoy embelesada delante de un cuadro que pinté el verano pasado: es asombroso; la combinación de colores es la idónea para resaltar el cuerpo de los dos amantes. Durante unos minutos sigo observándolo, buscando algo que nadie puede entender.

—Desde que ganaste el curso has mejorado día a día, es fabuloso —oigo que dice una voz, y ríe de una forma ladina que me descoloca.

Esa voz varonil, ronca y sexi, muy sexi, la conozco. No consigo ubicarla en este instante, pero me es muy familiar. Me vuelvo despacio y allí está, de pie, con un fabuloso traje negro, camisa y corbata. Abro los ojos como si de un fantasma se tratara durante unos segundos, hasta que reacciono y mi gesto se endurece denotando molestia y enfado.

—¿No te alegras de verme?

—¿Dónde has dejado tu ropa zarrapastrosa de bohemio enamorado de la vida? — Mi contestación es muy seca, sin embargo, él se echa a reír a carcajadas.

No sé qué es lo que le ha hecho tanta gracia, pero si es una broma o estoy soñando, que alguien me pellizque.

—¿Claudio? —oigo entonces detrás de mí. Es la voz de Yué, que aparenta alegrarse de verlo, al contrario de lo que me ha ocurrido a mí.

—Pero ¿qué ven mis ojos? Estás espectacular, ya veo que los años te sientan de vicio... —Sus ojos recorren de arriba abajo su cuerpo, demostrando que sigue siendo el mismo mujeriego de siempre.

¿Para qué ha vuelto? ¿Para que me dé cuenta de lo ilusa y arrastrada que fui por él? Oh, no, ya no es necesario. Yo solita he sido capaz de verlo hace mucho tiempo, ya no soy la jovencita que él conoció, aquella murió.

No he oído nada de lo que han hablado, estaba demasiado ocupada maldiciendo en silencio como para prestarles atención. Sigo recorriendo las obras expuestas como si nada, necesito volver a mi mundo y obviar a esos dos mientras Yué le muestra el estudio que hemos creado de la nada.

En dos días presentamos nuestra nueva exposición. El erotismo en nosotras ha

madurado y queda reflejado en nuestras obras, mucho más duras y representativas, sin duda las mejores de toda mi carrera. Por ello hemos organizado una fiesta para que todo el que quiera pueda comprobarlo con sus propios ojos, pero él no, a él no lo he invitado, y espero que Yué tampoco lo haya hecho porque, si no, va a tener un problema conmigo. Me aseguré que no lo invitaría, sólo a los directores de la academia Haven Art, por si querían saber de nosotras.

—¿Por qué has venido? Maldita sea, estaba muy tranquila sin saber de ti — susurro para que nadie pueda oírme.

—Esperaba que me recibieras de otro modo. —Su voz penetra mis sentidos.

—Si me hubieras avisado, habría preparado una fiesta —ironizo, y acompaño mis palabras con una sonrisa pasmosa que no me la creo ni yo.

—¿Podemos tomar algo? —Me agarra del brazo y me obliga a detenerme—. Como en los viejos tiempos.

—Tenía planes, me vas a tener que disculpar.

Suelto mi brazo de mala manera y doy media vuelta en dirección al almacén. Necesito irme ya, alejarme de él. Tengo el estómago en un nudo que sube hasta la garganta a punto de asfixiarme. Verlo pasear por mi galería me revuelve el cuerpo, no puedo soportarlo. Pero, ¿por qué tengo que ponerme así por una aventura de críos? Cojo mi bolso, no lo dudo un instante y salgo de la galería como alma que lleva al diablo.

—¿Está Andrés? —le pregunto al camarero que está atendiendo a dos chicas en la barra.

—Está en el otro —me dice sin querer dar detalles, ya que el local apenas lo conoce nadie.

—Gracias. —Salgo corriendo y cojo un taxi hasta que llego a la puerta del local—. Andrés, abre la maldita puerta, hoy te necesito. —Doy pequeños golpes y clavo mi frente al tiempo que cierro los ojos con todas mis fuerzas.

Doy pequeñas patadas, pero la puerta no se abre. Sé el código, pero no va a servir de nada, Andrés no está. Miro hacia la escalera y mi estómago se contrae. No debo subir, y menos para aliviarme de una situación que me afecta. El sexo para mí ha cobrado un sentido diferente desde hace un tiempo. Siempre ha sido con Andrés, también ha participado un tercero, pero no he vuelto a dejarme llevar por los golpes, y no quiero caer de nuevo, porque sé que fallaré a las personas que quiero.

—Vete, María —repito varias veces en voz alta.

Pero mis pies suben escaleras arriba y le pido a Mariel una copa, que bebo de un

trago. Ella me mira preocupada, pero yo desvío mi atención hacia las personas que están sentadas frente a mí.

—Otra, por favor. —La camarera apoya las manos en las caderas y niega muy seria—. Mientras espero a Andrés —insisto.

Resignada, me la sirve y se va a atender a otros clientes.

—Hombre, tú por aquí. —Esa voz la conozco de sobra. Oliver. Cierro los ojos y busco fuerzas para no hacerlo, pero lo único que veo es la rabia que siento por Claudio—. No me lo puedo creer... Mírame y dime que no quieres. —Acaricia mi espalda y se me eriza el vello de pronto.

—Oliver, yo...

—Tu papaíto no está: tú decides.

Miro a mi alrededor y veo a Mariel, que me observa desde el otro lado. No deja de escudriñarme y su negación no me pasa desapercibida.

—Vamos —es lo único que digo.

Oliver coge mi mano y caminamos rápidamente hacia el privado sabiendo que Mariel me ha visto, que se lo va a decir a Andrés en cuanto llegue, si no lo está llamando ya en estos momentos.

—Te he echado de menos, morena —pronuncia él lentamente al tiempo que me lanza sobre la cama, y sé que va a recuperar el tiempo perdido.

Me quita la ropa sin contemplaciones y su cuerpo cae sobre el mío aplastándome. Agarra mis manos por encima de mi cabeza y muerde mis axilas, consiguiendo un gemido ahogado de mi garganta.

—Grita, nena, hoy voy a darte lo que te gusta.

Y de la única forma que respondo es subiendo mis caderas, acto que él interpreta como que estoy ansiosa por comenzar. Tapa mis ojos con una cinta y la oscuridad me lleva consigo.

Sus manos me colocan como quiere y me embriaga el olor a sexo, la sensación de excitación, me pierdo. Mi mente ya no razona como debería, y dejo que me agarre, dejo que se introduzca en mí como un auténtico salvaje, al tiempo que mis lágrimas empapan la cinta que cubre mis ojos.

Los golpes en mis nalgas son intensos pero soportables, pero no me quejo, no le pido que pare, continúo aguantando con la mandíbula prieta, hasta que me deja caer sobre la cama. Ya no está solo, hay una tercera persona en el privado y por un momento me inmovilizo, pero las caricias de ambos me relajan, consiguen que esté tranquila.

Mis muslos son acariciados por cuatro manos, a cada lado de mi cuerpo besan mi cuello. Apoyo los brazos en la suave y delicada sábana mientras ellos me tumban para saborear cada parte de mi cuerpo. Estaba dispuesta a olvidar lo que sentía cuando ellos me utilizaban, pero esos sentimientos que tanto me han atormentado en el pasado han renacido. Respiro profundamente y trato con todas mis fuerzas de volver a ser la dueña de mis pensamientos, pararlos y no llegar a más. Sin embargo, no lo hago, continúo con los ojos cerrados gimiendo con cada uno de los mordiscos.

—¿No quieres recuperar los años perdidos?

—No —balbuceo a duras penas.

—Eso pensaba, pero estás muy equivocada. Y lo sabes —responde sin importarle mi negativa a la vez que muerde mis pechos con fuerza y agarra mis brazos clavando sus dedos—. Eres una diosa, y no puedes esconderte.

Me coge en volandas como si fuera un peso pluma y me dirige hasta sentarme sobre la otra persona. Siento cómo su miembro entra y la humedad de mi sexo lo empapa. Respiro lentamente, casi no pasa el aire por mis pulmones, quiero parar, no quiero continuar, pero Oliver introduce su dedo en mi ano y me mueve, provocándome un placer que activa la oscuridad que tenía dormida.

Me muevo con furia, ellos de placer.

Olvido. Placer. Libertad. Deseo. Sexo. Golpes. Pasión. Límites. Grito. Lloro.

Y cada una de las palabras es la que siento conforme mi cuerpo me abandona y se deja llevar por un orgasmo que dura unos minutos, mientras ellos siguen embistiéndome en busca de su propio placer.

Intento recobrar la respiración cuando los tres hemos terminado y no puedo evitar llorar en silencio entre sus brazos. Los dos me abrazan, siento cómo suspiran profundamente y el sudor de sus cuerpos me empapa.

—Nosotros somos los únicos que te damos lo que necesitas.

Oliver me quita la venda que me cubre los ojos y veo a Miguel a mi lado, sonriendo lascivamente.

—¡La madre que me parió!

¿Cómo he sido tan estúpida de no darme cuenta de quién era la otra persona? ¿Cómo he podido volver a caer entre las manos de Miguel, la persona que reaviva cada uno de mis sentimientos por Claudio?

—Volverás a buscarnos —suelta con su característico tono de suficiencia cuando la puerta del privado se abre.

Oliver endurece el gesto cuando ve entrar a Andrés.

—Es la última vez que venís a este lugar, ya os lo advertí.

—No la hemos obligado a nada —Miguel se defiende ante el enfado de Andrés.

—Cállate la boca y largaos, pero muy lejos, antes de que os parta la cara.

Soy testigo de lo que está ocurriendo y lo único que hago es taparme con la sábana y mirarlos, ver cómo la furia se apodera de Andrés y lo paga con ellos, cuando la única culpable he sido yo. Yo solita he accedido a entrar, yo no he dicho en ningún momento que pararan, que quería irme. Una vez más, me he fallado a mí misma.

—Lo siento, Andrés —susurro con la cabeza agachada cuando los veo salir y nos quedamos a solas.

—¿Qué narices ha pasado para que lo hayas consentido? —Me pone de pie y me mira de arriba abajo, y yo sólo lloro—. Mira tu piel, María, habíamos hablado de esto.

Pero no soy capaz de excusarme, de justificar mis actos. Lo único que puedo hacer es vestirme e irme. Y eso hago mientras Andrés grita y comienza a dar patadas a todo lo que puede.

No lo he visto nunca tan enfadado, y sé que yo soy la única responsable, pero, a pesar de ello, me voy, lo dejo a solas sentado en la cama en la que yo me he acostado con las dos únicas personas que podían arrastrarme una vez más hacia el lugar al que no debía volver.

Capítulo 13

Camino hasta mi apartamento a paso rápido. Se ha hecho de noche y no me apetece nada más que irme a dormir. Olvidarme de lo que he hecho y volver a vivir como lo estaba haciendo hasta el momento en que he visto a Claudio. Busco las llaves en mi bolso parada en el portal, pero no las tengo; al salir tan rápido de la galería debí de dejármelas. Gruño molesta y no tengo más remedio que llamar al timbre, sabiendo que voy a despertar a Yué y que puede que vuelva a tener una nueva bronca con ella.

Derrotada, dejo caer mi cuerpo sobre la pared del ascensor al tiempo que me repito que no voy a volver a ir, que soy más fuerte de lo que lo he sido hoy y que no va a repetirse nunca más.

Cierro la puerta de casa y de pronto veo delante de mí a Claudio, Yué y Biel. Me quedo parada frente a ellos sin saber reaccionar, con la mano los saludo y camino como si nada hasta mi habitación, como si el invitado fuera un auténtico extraño y no quisiera molestarlos. Me encierro superada por la situación y me siento en la cama. Estoy enfadada conmigo misma por dejar que me afecte alguien que apenas ha estado en mi vida. Es incomprensible mi reacción hasta para mí, pero no puedo controlarme cuando lo veo. Es como si la ilusa María de entonces actuara en vez de comportarme como soy ahora, una chica madura.

Pasan unos minutos en los que oigo risas y voces que no llego a descifrar, hasta que un silencio se instala y creo que ya se ha marchado. Un golpe en la puerta me asusta.

—¿A ti qué te pasa? —me grita Yué al otro lado.

—Nada, entra si quieres —contesto mientras me quito la ropa. Necesito ponerme cómoda y descansar, es en lo único que pienso.

—¡Has vuelto a ir! María, pensé que todo había cambiado. Eras otra... —No puede seguir hablando.

Noto de nuevo el desprecio en sus ojos, y lo único que hago es ver cómo se va de mi habitación tras dar un fuerte portazo.

Soy consciente de mi metedura de pata, pero ya no puedo retroceder en el tiempo y evitarlo. Estoy agotada y lo único que quiero es dormir y olvidarme de este día, uno en el que habría sido mejor no despertar.

* * *

El estridente sonido del despertador me molesta, doy un par de vueltas para volver a dormirme, pero me duele todo. Me tapo la cara con las manos y reconozco que no es un sueño lo que ocurrió el día anterior: es muy real.

—Claudio, ¿por qué no te has quedado en tu querida Nueva York?...

Miro mi teléfono y veo un mensaje de Andrés. Sé que está preocupado, siempre lo ha estado, y esta vez con más razón.

Ayer no debería haberme puesto del modo en que lo hice. Ven a verme y hablamos, creo que ha pasado algo que no has asimilado y por ello lo necesitaste.

Debería contestarle, pero no lo hago. Tengo que solucionar otras cosas que son más urgentes. Yué es mi mejor amiga y mi socia, no puedo volver a tener problemas con ella, no se lo merece.

Al verme entrar a la cocina, me ignora, sigue preparando el desayuno como si yo no estuviera, mientras maltrata cada puerta y cada cajón con los golpes que reciben.

—Por favor, para. Lo siento, no tendría que haber ido —digo reconociendo mi error, no puedo hacer otra cosa.

—Y tanto que no deberías haber ido, pero ¿en qué cabeza cabe? ¡Estás loca! Un día saldrás en las noticias y tus padres vendrán a asesinarme por no avisarlos de las prácticas sexuales de su puritana hija —farfulla hasta decir todo lo que piensa a voces.

—No seas exagerada. —No puedo evitar una sonrisa al imaginar lo que está relatando.

—¿Te hace gracia? Porque a mí, ninguna.

—Yué, lo sé, la he cagado, no sé en qué estaba pensando. Lo siento.

—¿Se puede saber por qué no quieres ni cruzarte con Claudio? —suelta de pronto ante mi sorpresa—. Hace diez años que pasó lo vuestro. No puedo creer que aún estés enfadada con él. —Ella sola va analizando y respondiéndose a sí misma ante mí, que no digo una palabra—. Es que no lo entiendo, estás muy bien con Andrés, se ve de lejos que sois una pareja increíble.

—Yué, te estás confundiendo, no tengo ninguna relación con Andrés.

—¿Crees que soy tonta, que no veo cómo os miráis y la de veces que te vas con él en su coche?

—¡Es mi amigo! —grito cansada de sus conjeturas.

—Tu amigo fue Claudio, un romance de treinta días que ya está más que olvidado.

—¡Claudio me traicionó!

—¡No has hablado con él, no sabes nada de lo que ocurrió! —grita por encima de mí.

—¡No necesito saberlo! ¡No quiero saber nada de él! —grito yo a mi vez.

—Por Dios, María, pasa página de una vez. No puedes tenerle esa rabia después de tanto tiempo.

—Tú qué sabrás lo que siento... —le digo sin mirarla a la cara, y me voy. Prefiero irme a trabajar a seguir discutiendo.

* * *

La mañana no ha sido de las mejores, el silencio entre las cuatro paredes me ha atormentado, y es que cuando Yué se enfada es mejor no molestarla durante un rato. Así que he estado preparando la galería para la exposición, no debe quedar nada al azar, tengo claro que todo tiene que estar controlado al milímetro.

Para mi suerte, todo ha cambiado en el momento en que Andrés ha entrado por la puerta y Yué nos ha visto abrazados; estaba preocupado por mí. Por primera vez no me ha importado que ella me viera abrazada a él, ni mucho menos que me besara ante su cara de sorpresa. Andrés consigue algo que nadie ha logrado, y no es otra cosa que paz.

—Deberías venir a vernos más a menudo. —Por fin la veo sonreír a alguien, sé que no es a mí, pero al menos no está seria como lo ha estado por mi culpa.

—Ojalá pudiera, Yué, tengo demasiado lío.

—Te quiero en la exposición.

—No pienso perdérmela —le contesta, y Yué desaparece para dejarnos solos—. Hoy tenemos que hablar, y no acepto un no por respuesta.

—Lo sé, iré, te lo prometo.

No tengo más remedio que aceptar e ir, porque es el único que puede ayudarme a superar la llegada de Claudio.

—Perfecto, tengo que irme, te espero. Ya sabes dónde estaré.

Me da un beso en la mejilla y veo que camina seguro hasta la puerta. Andrés es un hombre de lo más sexi, cualquiera podría enamorarse de él, aún sigo preguntándome por qué está soltero, porque es un hombre detallista. Conmigo está pendiente de que

no me falte de nada, de que me sienta bien, con él todo sería muy fácil.

Unas manos me tapan los ojos a mi espalda; las tiene frías y me agarra con fuerza, pero no sé quién es. Intento soltarme sin éxito.

—¡Déjame ya! —exclamo nerviosa. No me gusta nada la sensación de sentirme presa de alguien.

—Adivina.

Esa voz... Mi estómago se encoge y cierro los ojos cuando sus manos me liberan y me giro para mirarlo frente a frente.

—Tenemos que hablar, María. Sé que estás enfadada conmigo, aún no sé exactamente por qué, pero...

—¿Que no sabes por qué?! Lo nuestro fue una mentira. —No le dejo terminar la frase, por primera vez le respondo, vive en primera persona mi furia.

—¿En qué te he mentado? Te llamé y no me cogiste el teléfono, no he sabido nada de ti —protesta ante mi enfado.

Me doy la vuelta sin contestar, pero él me retiene con fuerza. Apoya mis hombros contra la pared y vuelve a estar a pocos centímetros de mí. Lo veo más maduro, más hombre, y es más sexi de lo que ya era.

Se acerca más, clava su mirada en la mía, traga con dificultad y yo no puedo moverme. Quiero darle una bofetada para alejarlo de mí, pero no me deja, me tiene presa.

—María...

Besa mis labios, pero no le correspondo. Cierro los ojos y recuerdo lo que sentía cada vez que en Nueva York estaba en la misma situación. No quiero hacerlo, pero no puedo resistirme, su contacto ha conseguido relajarme y me ha hecho bajar la guardia del mismo modo que ya lo hizo hace diez años. Mis labios están ávidos de sentirlo, y lo beso, lo hago de forma desesperada, como si me devolviera la vida. Vuelvo a sentirlo, vuelve a abrazarme, y me pierdo una vez más en su olor. Lo echaba de menos, sin embargo, no es suficiente: el recuerdo de aquella chica no se me ha olvidado ni un solo día desde que me fui de allí. «Sé fuerte, hazlo ya», pienso para mis adentros.

Me aparto de él de un empujón y veo su mirada satisfecha. Está jugando conmigo una vez más, y eso termina de mostrarme el error que acabo de cometer.

—¡No vuelvas a tocarme en la vida! —Lo señalo con un dedo amenazador y me doy media vuelta.

—Esto no es lógico, tenemos que hablar —masculla sorprendido por mi reacción

—. Por favor, María.

—Se acabó todo hace diez años. No tenemos nada de lo que hablar.

Camino hacia la puerta mientras Yué y Biel me observaban desde dentro sin entender qué me pasa. Claudio ni siquiera se mueve. Continúo andando durante un buen rato mientras maldigo, no puedo creer que me haya besado y yo lo haya complacido unos segundos, no se lo merece. Él no.

Pero hoy no va a ganar él, soy una persona fuerte que puede enfrentarse a sus problemas, y eso es lo que pienso hacer. Me dirijo hasta el local de Andrés, donde sé que me espera.

Mi estúpida cabeza imagina qué es lo que pasaría si subiera escaleras arriba. Para mi suerte, esta vez la puerta se abre y no tengo más opción que sentarme en el sillón que Andrés tiene frente a su escritorio y miro al techo.

—Me alegra que hayas venido.

—¿Quieres que me vaya quitando la ropa? —bromeo, y él lo sabe.

—Sabes que no hay nada que me gustaría más, pero no es el momento.

—Casi, tenía la esperanza de que me llevaras al séptimo cielo y me olvidara por un rato de él.

—Tú misma estás respondiendo a tu problema. Evasión. Y no enfrentamiento.

—No te pongas tan trascendental, por favor. —Lo miro con gesto de cansancio y él no me hace ni caso. Se pone en pie para rodear el escritorio y pararse frente a mí y se sienta encima de brazos cruzados—. ¿Te he dicho que esa postura es realmente sexi?

—Muchas veces, pero desviar el tema no te va a servir de nada.

—¡Andrés! —exclamo a modo de súplica, y él niega con la cabeza—. Está bien —me rindo, sé que no voy a lograr nada—. Me ha besado, me enfurece pensar que una persona con la que estuve tan sólo un corto plazo de tiempo logre poner mi vida patas arriba en un segundo. De joven creía en el primer amor y en los cuentos de princesas, pero ya hace tanto tiempo... Pensé que aquí, contigo, lo olvidaría, hasta llegué a imaginar una vida a tu lado. —Me paro de pronto, sabiendo que he hablado más de la cuenta, pero Andrés, impasible, como si no hablara de él, me pide que continúe—. Ya sé que no es posible, que no funcionaría, y por supuesto ninguno de los dos sería feliz, pero ¿por qué no puedo olvidarme de él, ni con Miguel, ni con Oliver?... Lo siento. —Retiro mis lágrimas con la palma de mi mano y él me entrega un pañuelo de papel.

—No te disculpes, llora. Quítate el lastre que cargas sobre tus espaldas de una

maldita vez.

—¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué me ha besado? Actúa como si no hubiera sucedido nada —muestro la confusión que rueda en mi cabeza sin parar de dar vueltas a todas las preguntas.

—¿Qué has sentido al verlo?

—Rabia, odio, y a la vez... Andrés, no se ha ido, he vuelto a sentirlo cuando me ha besado. ¿Por qué no lo he olvidado?

—Hay amores que nunca se olvidan, sé de lo que hablo —dice él. Suelta las palabras como si realmente supiera lo que es estar enamorado de una persona que no tienes cerca.

—¿Qué hago? Me estoy volviendo loca.

—Acepta lo que tu mente y tu cuerpo necesitan. Enfrentate a él y, sobre todo, a ti misma. Dile lo que viste, cómo te sentiste y todo lo que has vivido por pensar que te había engañado. Pero no humillándote, ni autodestruyéndote como hiciste ayer, ésa no es la solución. Es un simple parche que te hace sentir el nirvana para después caer con más fuerza en el pozo sin fondo al que no debes regresar.

—No sé hacerlo de otra forma, sólo puedo liberarme pintando y aquí.

—Sabes que este camino no es el correcto. Debes ir por el complicado, sabiendo que vas a sufrir hasta que llegues al final. Pero, si no eres capaz de hacerlo, jamás superarás lo que sientes por él.

—Supongo. —Suspiro profundamente y vuelvo a cerrar los ojos dejándome llevar por los consejos que acaba de darme. Sé que tiene razón, que no enfrentarme es un comportamiento de adolescente, y yo ya no lo soy—. Gracias por todo.

—No tienes que dármelas. Te quiero, morena.

Se sienta a mi lado y me estrecha entre sus brazos. Enreda sus manos en mi pelo y me besa la cabeza.

—¿Tú crees que habríamos sido una buena pareja?

—No soy el hombre que necesitas, pero sí el amigo con el que puedes contar para lo que sea. —Me estrecha con más fuerza y ronroneo con los ojos cerrados—. Puede que no sepas toda la verdad de Claudio, deja que se explique porque, a lo mejor, te estás negando al amor tontamente.

Voy a replicar cuando sus dedos se posan sobre mis labios y me dice que no diga nada, que ahora no es el momento. Me da un beso en la mejilla y me dice que, si quiero tomar algo, me espera arriba.

Capítulo 14

—¿Qué diantre has hecho tanto rato ahí dentro? ¿Qué te han hecho? —oigo una voz furiosa justo cuando salgo por la puerta del local de Andrés.

Los ojos de Claudio están rabiosos, inyectados en sangre, mientras me mira de arriba abajo.

—Nadie me ha hecho nada que yo no quisiera —replico. No pienso amedrentarme por nadie. Miro a la cámara que está enfocándonos y hago un gesto con la mano para que Andrés sepa que no hay ningún problema—. ¿Me has seguido? —grito mientras intento mostrar seguridad, la que no siento en estos momentos. Sé que no he hecho nada más que hablar.

—¡Pues claro que te he seguido! —Se lleva las manos a la cabeza y le da una patada a una lata que hay tirada en el suelo—. Quería pedirte perdón por lo de antes.

—Pues ya lo has hecho —le respondo como si no me importaran sus palabras.

Pero claro que me importan. Lo último que quería es que él viera con sus propios ojos lo que realmente soy. Aún no estoy preparada para hablar con él, no me ha dado tiempo a sopesar cómo enfrentarme a la situación.

—¿De verdad necesitas esto? —dice frunciendo el ceño.

—¿Qué es «esto», Claudio? No sabes nada de mí. —Resignada, me alejo y él no se mueve del lugar.

—Ya no eres la María que conocí. —La decepción tiñe su voz, y algo en mi interior se resquebraja.

—Exacto, no lo soy. Hace diez años que dejé de ser la dulce María. —Tenía que ocurrir de todos modos y es mejor que sea ahora. Puede que, sabiendo que a él ya no le gusto, me olvide del todo—. Déjame de una vez, por favor.

—¿Cómo puedes quererte tan poco? Yo podría haberte dado eso que encuentras en este lugar y más —responde con desprecio, y se marcha dejándome sola en la calle sin saber qué hacer.

—María, ¿estás bien? —oigo la voz de Andrés a mis espaldas, y lloro—. ¿Quieres entrar?

Niego en silencio y sigo llorando entre sus brazos sin querer mirar a la calle, donde sé que él ya no está.

—No te preocupes, estaré bien, me voy a casa.

—María...

—De verdad. —No lo dejo terminar; no quiero un consejo ni sus sabias palabras en este momento.

Me suelta de entre sus brazos y no deja de observarme hasta que cruzo la esquina y ya no puede divisarme. Camino varias calles, varios metros sin un rumbo. Estoy desolada, y perdida. Perdida en mí misma, en mis errores, que tan caros me están costando. Sin embargo, en lo único en lo que puedo pensar es en por qué él no sé da cuenta de que en parte mi estado es por su culpa. Claudio me rompió el corazón, y ahora me habla como si no tuviese nada que ver.

Abro la puerta de casa y veo que no hay nadie. Yué se habrá quedado en casa de Biel a dormir. Mejor, así no tengo que dar explicaciones de mi triste y deprimente vida.

Entro en mi habitación y dejo mis cosas sobre la cómoda sin ningún tipo de miramiento. Estoy agotada moralmente y lo único que me apetece es tumbarme y dormir. Una vez desnuda frente al espejo, reacciono ante el estupor de ver mi cuerpo amoratado, mis piernas, mis brazos, la espalda. Oliver se ensañó conmigo y yo se lo permití. Claudio jamás me dejó más que alguna marca leve; él me mostró el dolor, pero también el amor que me entregaba una vez terminado. De igual modo ocurría con Andrés, jamás me dejó una señal de ese estilo. Yo sola me he perdido, sin escuchar los consejos de nadie y sin pensar en mi propia integridad. Me merezco que Claudio me deteste, incluso que no quiera verme nunca más.

Oigo la voz de Yué. Quiere que despierte, pero no puedo, no tengo fuerzas para acudir a una exposición y sonreír delante de tantas personas simulando lo feliz que soy cuando lo único que quiero es quedarme en la cama hasta que todo pase y pueda retomar mi vida.

—O te levantas o te riego.

Abro un ojo, la veo amenazándome con un vaso y sé que lo va a hacer.

—Voy..., ya voy.

—¿Dónde estuviste?

—Estuve con Andrés hablando, y después en casa —respondo como una autómatas, como si tuviera la obligación de demostrar que tengo una coartada y así dejar claro que no hice nada.

—Bien, así me gusta. Tenemos muchas cosas que hacer. Dúchate, que nos vamos dentro de quince minutos.

—A sus órdenes.

—Y ponte manga larga, que das pena, amiga.

—Yo también te quiero.

El día es una locura, los dos teléfonos no han dejado de sonar ni un solo momento y hemos atendido a todos los que nos han ayudado a tener lista la galería para el gran estreno. Debería estar dando saltos de emoción, nerviosa por la importancia del evento. Sin embargo, estoy en modo *stand by*, ni apagada ni encendida, sino bloqueada. Al menos, Yué sí está a pleno rendimiento, si no, no sé qué habría sido de la noche.

Me miro en un espejo que hay en el baño y me alegro de que haya conseguido tapar cada uno de los morados. Tenía un vestido comprado para la ocasión, pero he descartado la idea y he optado por una falda plisada negra que tenía en el armario; acompañándola, mis medias de lana negras, que no dejan ver mi piel. Y los brazos también los he cubierto por una blusa clara bajo mi chupa de cuero.

—¡María! —oigo que me grita Yué—. ¿Tú esperas algo?

—No —respondo saliendo del baño y viendo un paquete que obviamente es un cuadro.

—Toma, lee la nota, voy a firmar la entrega.

Abro el sobre y leo en voz alta para que ella pueda oírme:

Esta obra no puede faltar en vuestra galería. No la abráis, colocadla en un lugar estratégico para el final de la exposición.

La dirección de Haven Art

—Chicas, hay que colocarla, no hay tiempo —Biel la coge y Yué y yo nos miramos sorprendidas.

Me muero de curiosidad por saber de qué autor será la obra. Haven Art no tiene obras cualesquiera, y menos aún nos regalaría algo que no fuera una joya. Aun así, no tenemos tiempo, los minutos siguen pasando y tenemos que colocarla en la zona del cáterin para poder abrir las puertas.

Comienzan a llegar los invitados. Durante unos minutos no veo que entre Claudio, seguramente no quiere volver a verme. Por un lado, me apena, pero por otro me siento más cómoda. Continúo respondiendo a las preguntas de muchos de los invitados e informando a quién deben dirigirse en caso de querer comprar alguna de las obras expuestas. Yué está radiante, sus ojos brillan de felicidad, sé que es un sueño

cumplido para ella, y yo estoy contenta, pero no todo lo que podría estarlo.

De pronto oigo revuelo en la entrada y veo que entra Arthur, el director de la academia, junto a su mujer. Ambos miran a todos los invitados y los saludan mientras observan el lugar.

—Buenas noches, y bienvenidos a nuestra galería.

—María, cuántos años. —Me da la mano y la estrechamos con fuerza—. ¿Dónde está Yué?

—Aquí —oigo tras de mí, y veo cómo se acerca para saludarlo—. Qué ganas tenía de que vieras lo que hemos organizado.

—Habéis sido las más valientes, pocos se han atrevido a hacer algo así.

—Gracias —responde ella emocionada.

Durante unos minutos hablamos de cómo logramos montar la galería, hasta que finalmente decidimos pasar a deleitarnos con las pinturas que cuelgan delante de las paredes blancas.

Entonces oigo su voz:

—Perdonad el retraso, pero el tráfico es horrible a estas horas.

Se acerca hasta nosotros y estrecha la mano de todos, hasta que llega a Yué y le da dos besos tal y como hacía en Nueva York.

—Claudio, pensaba que ya no llegabas.

Ha saludado a todos, y el comentario de Arthur no parece que lo haya disuadido de su intención de saludarme: se acerca y me da dos besos como ha hecho con Yué y nos felicita por la galería. Sin una mirada extraña, sin una palabra fuera de lugar, hecho que agradezco con todas mis fuerzas porque sé que no es el momento ni el lugar de montar ninguna escena.

Seguimos recorriendo la exposición hablando de cada una de las obras a todos los presentes, todos ellos atentos a nuestras explicaciones y aparentemente interesados en ellas. Al llegar a la última obra, nos encontramos con la sorpresa de Arthur. No tenemos ni idea de qué nos ha regalado y, como anfitriona, le pido que nos deleite con unas palabras.

Todos los asistentes aplauden, saben quién es. Para nosotras es un privilegio que sea él el que nos apadrine en este evento, y por supuesto debe ser el encargado de entregarnos el regalo que nos ha traído a última hora.

—Buenas tardes, amigos. Antes de nada, quiero agradecerles que hayan venido a apoyar a dos jóvenes que han salido, cómo no, de mi escuela. —Su tono bromista consigue que los asistentes sonrían—. Es un honor estar aquí observando el duro

trabajo de estas dos promesas, y no cabe duda de que vuestra carrera —nos mira directamente— llegará muy lejos. Por ello, el equipo de Haven Art os hemos traído este regalo.

Entonces saca una placa plateada en la que se lee: «Galería colaboradora de la academia Haven Art de Nueva York».

Yué aprieta mi mano disimulando las ganas que tiene de saltar, y yo siento que el estómago me da vueltas y no puedo más que mirarlo y quedarme petrificada.

—Y, para terminar, quiero entregar esta obra, que va a ser la joya de esta galería. Se ha terminado en las instalaciones de Nueva York, Claudio ha sido el artista encargado de desarrollarla, y debería ser él quien nos la presente.

—Hace unos años, creí que sería una obra muy especial para regalar a una compañera como María.

Lo miro anonadada y Yué me empuja con su cadera, sonriente. Entonces veo cómo retiran la sábana y mis ojos no pueden abrirse más.

—No puede ser, esto es una broma... —susurro para que nadie pueda oírme, pero Yué sí lo hace, y me coge la mano sin entender muy bien qué es lo que ocurre.

No puedo estar viendo lo que tengo delante: una placa dorada en la que pone «*Dulce remanente de pasión*». Recuerdo ese mural, ese día, que no he olvidado. Durante diez años, mi mente ha recordado aquella escena imagen tras imagen, como si de fotogramas se tratara. Hicimos el amor sobre ese trozo de tela, nos dejamos llevar mientras nos pintábamos el uno al otro las zonas que más nos excitaban, entregándonos amor y besos por doquier. Los pinceles quedaron a un lado para dar rienda suelta a nuestras caricias. Estábamos descubriendo nuestros puntos prohibidos, y en ese instante me di cuenta de que estaba perdidamente enamorada de él.

Al levantarnos, no pudimos evitar romper en grandes carcajadas al ver los trazos que nuestros cuerpos habían plasmado. Bautizamos el cuadro con el nombre que está grabado en la placa.

Claudio me analiza. Él sabe cómo me siento, cómo me está afectando esa imagen, y aun así la ha expuesto ante todos, sin sopesar que lo único que ha conseguido es abrir cada una de las heridas del pasado.

—Si llego a saber en lo que te has convertido, te aseguro que no habría traído esta pintura. Ahora me arrepiento, pero me he enterado tarde de tus nuevas aficiones —masculla en mi oído con rabia, clavando un alfiler directo en mi corazón.

—Eres un cretino. —Camino en busca de Arthur como si no hubiera ocurrido nada y continúo charlando con él, lejos de Claudio.

El día está siendo demasiado intenso, tanto que estoy deseando que termine.

—María, ahora que la mitad de los invitados se han marchado, me gustaría ofrecerte un trabajo como ayudante en Haven Art —me dice Arthur.

—¿Ayudante de qué? No comprendo...

—De dirección. Tu carrera es espectacular, y por ello te queremos en primera línea, representándonos. No tienes que aceptar ahora mismo, piénsalo.

—Arthur, trabajar a tu lado es más de lo que podría haber esperado jamás, pero no sé si estoy preparada. La galería debe continuar.

Veo a Yué mirarme, no sé si está alegre o no por la propuesta, pero lo que tengo claro es que no quiero marcharme ahora que somos reconocidas en este lugar.

—Yo me jubilo, así que no estarás a mi lado —añade Arthur—. Ya veo que el nuevo director no te ha informado del relevo. —Mira a Claudio con mala cara y éste encoge los hombros.

—No hemos tenido tiempo de hablar, lo siento, Arthur —se justifica intentando normalizar la situación y que ninguno de los dos nos sintamos más incómodos de lo que ya estamos.

—¿Tú? ¿Trabajar contigo? —Mi gesto horrorizado sorprende a todos—. Gracias por la oferta, pero no puedo aceptarla, ahora no es el momento.

Entonces veo entrar a Andrés y es mi excusa perfecta para alejarme de ellos. Les pido que me disculpen y camino hasta mi amigo, mi salvación.

—Enhorabuena, morena. Estás espectacular, y la galería es fantástica. —Me da dos besos para saludarme—. Siento haber venido tan tarde —me susurra al oído, y veo cómo Claudio me mira de soslayo nada contento.

—Vamos a tomar una copa, necesito alejarme de él.

—¿Aún no has hablado con él? María... —me advierte, y lo sé. Pero lo que él no sabe es que Claudio ya no quiere saber nada de mí, me desprecia.

Estamos un rato charlando de cosas banales hasta que los pocos invitados comienzan a desaparecer. Arthur se me acerca para despedirse. Le agradezco todo lo que ha hecho por nosotras esta noche y él me recuerda la oferta que me ha hecho. Sé que es una oportunidad increíble, pero también sé que todo sería demasiado complicado.

—Me voy a ir, tengo trabajo. Y tú tienes algo que hacer —interrumpe Andrés mis pensamientos.

—No te vayas. —Le pongo cara de pena, pero no sirve de nada.

—Sabes dónde encontrarme si me necesitas.

—¿Te he dicho que eres el mejor?

—Unas cuantas veces, pero con ello no me vas a convencer, te conozco demasiado.

Se acerca a Yué y a Biel y se despide también de ellos.

Capítulo 15

Me ha costado convencer a Yué de que yo me encargaba de recogerlo todo y al fin se ha ido. Me paro frente a la obra que Claudio me ha regalado y vuelvo a preguntarme qué es lo que nos ha pasado, por qué ha actuado como si nada.

No quiero verlo más, me adentro en el taller y veo al fondo un lienzo nuevo. No lo pienso ni un instante, cojo mis pinceles y comienzo a dar trazos curvilíneos, expresando la rabia que me invade. Son trazos fuertes y nada controlados. Pintar siempre me ha calmado, y es momento de volver a recuperar viejas costumbres.

Sigo dando pinceladas hasta que miro lo que he plasmado sobre el lienzo y me horrorizo. Cojo el cuadro y lo lanzo lo más lejos que puedo al tiempo que oigo unos aplausos.

No se ha marchado, está detrás, observándome y aparentemente disfrutando de mi desesperación, y eso me enfurece aún más. Me siento atacada y no tengo intención alguna de amilanarme ante un egocéntrico como él.

—¿Para qué has venido?

—Obviamente, Arthur me lo ha pedido. Soy el nuevo director, y vuestra galería, colaboradora de mi escuela de arte. —Su prepotencia no es típica del joven que yo conocía, no soy la única que ha cambiado en estos años.

—Pues felicidades, espero que te vaya bonito —ironizo intentando mantener la calma.

—María, ¿qué te ha pasado?, ¿por qué te has vuelto tan fría? —pregunta pensativo mientras me mira de arriba abajo.

—¿Fría? Esa palabra justamente no es la que me define, soy bastante ardiente. A los hombres os gustan las mujeres duras, por lo que he podido comprobar. —Si quiere jugar, yo también lo voy a hacer.

—No vas a ceder ni un instante —suspira y ríe al mismo tiempo—. ¿De verdad te gusta esta clase de vida? —Los músculos de su cara comienzan a endurecerse.

—Es lo que escogí hace un tiempo. Tú no estabas, y te olvidé.

—Sabes que no es cierto, por ello me has evitado. —Comienza a caminar hasta acercarse a mí.

—Eso es lo que te gustaría, apenas recuerdo lo que vivimos en Nueva York —

miento. No pienso reconocerlo si él sigue en ese plan.

—Pues lo vas a recordar, sea como sea. —Da un puntapié a la lata de pintura con la que acabo de pintar el lienzo y retrocedo asustada por su furia.

Estoy entre su cuerpo y el andamio, no puedo moverme.

—Claudio, déjame ahora mismo o...

—¿O qué? —Sus labios acallan mis palabras y me agarra con fuerza para que no pueda detenerlo. Forcejeo—. Vamos a hablar ahora mismo.

Coge una cuerda que cuelga del hierro superior y ata mis muñecas.

—Claudio, no estoy para bromas.

—Te aseguro que yo tampoco. —Pasa uno de sus dedos por mi mejilla y besa mi cuello—. ¿Por qué te fuiste? Si no te hubieras marchado, todo habría sido diferente.

—¡No te hagas el ingenuo! —no puedo evitar gritarle, porque yo no me fui: fue él el que se acostó con otra—. Me olvidaste pronto, lo sabes bien —le recrimino, y él me mira sin comprenderme.

—¡Eso no es cierto, estaba enamorado de ti! Te he llamado, escrito, y no me has contestado nunca.

—Claudio, fui a buscarte y tú ya me habías olvidado.

—No viniste.

—¡Sí lo hice, pero ya estabas con otra!

Abre los ojos de par en par y se lleva las manos a la cabeza.

—¿Por qué no me llamaste? Todo habría sido de otro modo, y ahora tú no serías...

—¿Qué soy?! ¡Dilo! —lo animo a que sea sincero conmigo, a que realmente me diga lo que sintió cuando me vio salir del local de Andrés—. Di, ¿en qué me he convertido? —Mis lágrimas comienzan a caer sin que pueda retenerlas—. ¡Dilo! —reitero.

—En, en... el objeto apetecible de los hombres. —Tal como lo dice, lleno de frustración y rabia, se lanza sobre mi cuerpo y devora mi cuello, mis labios, cuela sus manos por debajo de mi blusa para tocar mis senos—. ¿Esto es lo que te gusta ahora, la pasión de aquí y ahora?

—Sí, Claudio —jadeo sin poder evitarlo. No puedo mentirme más, es lo que me excita, y ahora es la persona a la que quiero la que lo está haciendo—. Nadie me ha amado como tú lo hiciste.

—¿Por qué no me has llamado? —Me besa agarrando mis mejillas con fuerza.

—Porque estabas con otra mujer —logro pronunciar entre beso y beso—.

Suéltame, me estoy haciendo daño.

—Antes te gustaba, ¿lo recuerdas? —Sus ojos se vuelven lascivos hacia los míos, que están vidriosos porque el dolor me supera.

Pero no me deja, continúa martirizándome acariciando mi cuerpo, bajando sus labios hacia mi vientre, y no puedo más. Grito, lloro, le ruego, le suplico que me suelte. Y es entonces cuando se da cuenta de que no lo estoy engañando ni me quejo por placer.

—María, perdona.

Se apresura a soltarme y yo me dejo caer sentada en el suelo bajo su atenta mirada.

Tengo las muñecas al rojo vivo, no puedo ni tocármelas, y mis lágrimas no cesan.

—Perdóname, no quería hacerte daño, te aseguro que aún te quiero.

No contesto, no puedo, estoy superada una vez más.

—Dime que aún puedes amarme, que la dulce María está escondida bajo esta fachada que has creado para que no te hagan daño. Yo puedo darte lo que ellos te dan, pero amándote de verdad, cuidándote, sólo pídemelo lo que quieres, lo que necesitas, y yo te lo daré.

Pero no digo nada, dejo que el tiempo pase y, con él, que Claudio se marche de mi galería sin haber solucionado nada, sabiendo que lo nuestro ya ha terminado.

Comienza a sonar mi teléfono, pero no me muevo del suelo. No quiero hablar con nadie, no quiero saber nada. Los minutos pasan y yo continuo inmóvil. Sigo sentada en el mismo suelo que antes él ha pisado. Mi teléfono no ha dejado de sonar, pero he hecho caso omiso de las llamadas.

—María, ¿estás bien? Me ha llamado Yué. —Andrés se tira al suelo y me estrecha entre sus brazos.

—Me ha dicho que aún me quiere —respondo con la mirada perdida.

—¿Y qué le has dicho? —me pregunta intentando adivinar por qué estoy en este estado.

—Nada.

—¡Joder, María, ¿por qué te gusta destrozarte a ti misma?! ¿Por qué, por una vez, no actúas en vez de pensar? Te he dejado el camino llano, por eso me he ido, he visto cómo rabiaba por mi presencia. Ese hombre te quiere de verdad.

—Pero yo no lo merezco: mírame. —Vuelvo a llorar.

—Llevo tiempo haciéndolo, y la única que crees que no lo mereces eres tú.

—¿Y qué hago?

—Quiérete primero a ti misma y, después, búscalo.

Hemos permanecido sin hablar, sentados en el suelo, durante más rato del que recuerdo. Andrés sabe lo que necesito y por ello es tan importante en mi vida. Luego me ha dejado en casa y me ha pedido que lo llame.

—María... —Al verme llorando, Yué viene hacia mí y me abraza—. ¿Qué ha pasado?

No puedo contestar. Me coge de las manos para guiarme hasta el sofá cuando descubre las heridas de mis muñecas.

—¿Has vuelto a ir?

Niego en silencio y vuelvo a llorar.

Biel está estupefacto por no entender lo que pasa. A pesar de ello, se mantiene en un segundo plano sin querer intervenir, hasta que consigo dejar de llorar y Yué me pregunta si estoy mejor.

—¿Podéis explicarme qué ha pasado? —suelta de pronto por primera vez desde que he llegado.

—Es tarde, Biel, ya no hay nada que hacer —suspiro sabiendo que he perdido la oportunidad de arreglarlo con Claudio.

—Pero ¿qué habéis hablado en la galería? Pensaba que lo solucionaríais como adultos —insiste Yué.

—No he sido capaz de decirle lo que sentía realmente, y él se enteró de que he estado yendo a... —No termino la frase, avergonzada por reconocer delante de Biel lo que he estado haciendo.

—¿Y esas muñecas?... ¿Claudio no habrá sido capaz de...? —No quiere acabar la frase. Afirmo con un ligero movimiento de cabeza y sus ojos se abren como si quisieran salir solos de las cuencas—. Por Dios santo, vosotros dos estáis locos —grita sin creer lo que acabo de decirle—. Pensaba que eras tú, pero veo que sois tal para cual.

—Es complicado, Yué, sólo quería hablar conmigo sin que me fuera. —No quiero echarle la culpa a él, yo también tengo mi parte.

—Pero ¿cómo ha podido hacerte eso?

—Cariño, te aseguro que, si estoy a punto de perderte y es mi única forma de hablar contigo, yo también lo haría.

Yué suspira sin entender el comentario de Biel.

—Se acabó, sé sincera por una vez en tu vida y respóndeme —añade. Espero durante unos segundos a que hable—: Biel, lo que vas a oír es delicado... —Sé hacia

dónde derivará el tema.

—Voy a serlo —le aseguro.

—Cuando volvimos de Nueva York, empezaste a ir a ese lugar para olvidarlo. Entiendo que allí pudieras liberarte y hacer con tu cuerpo lo que te diera la gana, no voy a juzgarte, pero comprendo que para Claudio debe de haber sido complicado enterarse. —Respira profundamente y prosigue—: Por favor, por una vez, deja tu cabezonería a un lado y dile lo que sientes.

—Ya se ha ido —continúo con mi actitud derrotista.

—Te voy a dar una torta al final como no levantes tu pandero de ese sofá, te muevas hasta su hotel y le digas todo lo que sientes. —En pocas ocasiones he visto a Yué tan seria y rotunda.

Pero tiene razón, no pierdo nada por decirle lo que siento; después, él que decida si quiere irse. Sé que no va a ser fácil, pero es mi última oportunidad de poder seguir viviendo sin que el lastre del pasado me atrape cuando menos me lo espere.

—Lávate la cara y vete.

Estoy desastrosa; el rímel ha ensombrecido la mitad de mi rostro, mis ojos están inflamados de tanto llorar.

Pero me armo de valentía y me dirijo hasta el hotel donde Yué me ha dicho que está alojado Claudio.

Capítulo 16

El ascensor tarda y yo estoy demasiado nerviosa como para esperar, opto por subir por la escalera hasta que llego a la cuarta planta del edificio sin aliento. Llamo a su puerta con dos sonoros golpes, pero no parece haber nadie. Por si acaso, digo su nombre en voz alta y oigo un ruido en el interior que me demuestra que no quiere saber nada de mí.

Me siento en el pasillo sin poder evitar llorar de nuevo, intento sollozar en silencio, no quiero que me oiga, y mucho menos que sienta lástima. Venir ha sido inútil, una pérdida de tiempo que tengo que asumir.

Respiro profundamente y me levanto para marcharme, para dejar de molestarlo. Pulso el botón del ascensor y espero impaciente a que las puertas se abran. Al igual que cuando he llegado, parece que nunca lo van a hacer; comienzo a desesperarme en el momento en que una mano me agarra del brazo.

—Somos adultos, no puedo irme así —dice. Él tampoco está bien: al igual que a mí, lo que ha ocurrido en la galería lo ha afectado.

—Gracias, Claudio. —Es la primera vez que le contesto amablemente, y los dos lo sabemos.

Lo sigo hasta entrar en su habitación y lo primero que veo es su maleta hecha sobre una butaca. Oigo la puerta cerrarse y él se apoya en la misma. Yo permanezco de pie sin saber qué hacer con las manos, y mucho menos sé por dónde empezar.

—¿A qué has venido?

—Necesito que sepas lo que siento.

Toma asiento en la silla que hay justo delante de un escritorio y me pide que lo haga yo también.

—Necesito entender qué pasó. —Su tono es serio.

—Vi a una chica en tu casa cuando me presenté allí para decirte que me quedaba contigo.

—No puedo creer que todo sea por eso... —Se levanta y comienza a caminar nervioso—. Cuando tú te marchaste, estaba pintando un desnudo para Arthur, y la que te abrió la puerta fue la modelo. No te voy a esconder que intentó ligar conmigo, pero yo no le hice caso.

Me quedo blanca, paralizada. Todos estos años he creído que me había engañado y al final sólo fueron imaginaciones mías. Me siento como una estúpida al saber la verdad.

—Sentí que me habías traicionado y decidí olvidarme de ti. Pero nunca lo he logrado, he intentado estar con otros hombres y no ha funcionado, encontré un lugar donde podía olvidarme de todo, pero tampoco funcionó. He ido de mal en peor, hasta que Andrés y Yué me ayudaron a salir del agujero negro en el que me había metido. —Lo miro esperando que diga algo, pero respeta mi momento y, tras respirar de nuevo, sigo explicándole lo que he venido a decirle—: Cuando te vi, ya estaba perfectamente, pero los recuerdos y la rabia volvieron para hacerme caer de nuevo. Hacía años que no iba al local, al menos para eso, años en los que nadie me ponía una mano encima, pero, por más que me arrepentí, ya no sirvió de nada: tú lo sabías y tu desprecio me hundió más aún. Fui cobarde y no me siento orgullosa, pero ésa es mi vida y no puedo cambiarla.

Claudio se acerca a mí y, con el rostro desencajado, me agarra las manos y se las lleva a los labios para besarlas.

—María, no sabes cuánto siento todo lo que has pasado.

—Fue culpa mía: si no hubiera huido como una cría y te hubiera contado lo que vi, nada de esto habría ocurrido. Claudio, aún te quiero, seguramente ya sea tarde, pero si no te lo digo me arrepentiré toda mi vida. —Sus manos tapan mi boca para que no diga nada más.

Nos miramos durante unos segundos, en los que sus dedos acarician mi rostro, y me besa, lo hace lentamente, consiguiendo que mi corazón, que estaba hecho añicos desde que me fui de su lado, vuelva a latir, vuelva a sentir lo mismo que hace diez años, como si nunca nos hubiéramos separado.

Sus manos por fin son las únicas que acarician mi cuerpo, la única voz que me habla, y esta vez no son imaginaciones mías, es real. Claudio ha vuelto a mi lado para recuperar lo que yo estropeé diez años atrás.

Fui una cría inmadura que no vi más allá, y hoy me ha demostrado que las primeras impresiones no siempre son ciertas. La mayoría de las veces todo tiene una explicación y si en vez de ser impulsivos nos paráramos un segundo a analizar lo ocurrido, descubriríamos la realidad que muchas veces se esconde tras las apariencias.

Epílogo

—Sírvenos otra botella —le pide Andrés al camarero.

—Mejor que sean dos —exclamo, consiguiendo la risa del resto.

Hoy estamos festejando mi despedida. Tras ir a buscar a Claudio y aclarar nuestra situación, hemos retomado la relación. No ha sido nada fácil que entendiera que el dueño del local que él tanto detesta es uno de mis mejores amigos y debe aceptarlo en mi vida porque yo lo necesito a mi lado. Poco a poco, lo ha conocido y ahora se llevan a las mil maravillas; si es que Andrés es una persona increíble.

—¡Por los nuevos éxitos que están a punto de llegar! —grita Yué emocionada por los acontecimientos.

No ha sido fácil tomar la decisión de marcharme con Claudio a Nueva York; la condición ha sido continuar ayudando en la galería.

Tras la boda, porque al final mi amiga se casa, Biel la ayudará con la parte administrativa y comercial, así ella podrá disponer de tiempo para hacer lo que realmente le gusta: pintar.

Miro a Claudio y analizo nuestra relación, que prospera a pasos agigantados. Por fin hemos encontrado el equilibrio. Él ha conseguido darme todo lo que necesito para ser feliz; los juegos en la intimidad se han convertido en el aliciente que completa nuestra relación, y él marca un límite sano para los dos.

Hace unos días que hemos regresado de mi pueblo. Qué miedo tenía de la reacción de mi madre, pero, para mi sorpresa, al ver a Claudio en persona y no al típico hombre bohemio, desgarrado y loco, según sus palabras, se sintió la mujer más orgullosa del mundo, tanto que pregonó por el pueblo nuestra llegada como los artistas más prestigiosos de Nueva York. Obviamente, la parte exagerada ya sabemos de quién la he heredado, pero son mi familia y los quiero como son.

—Me gustaría brindar por la exposición de Noruega —dice Claudio, consiguiendo el silencio del resto porque nadie sabe de lo que habla.

—¿Qué exposición? —pregunto sorprendida.

—La que vosotras dos vais a hacer en Oslo. Va a ser una de las más famosas que ha llevado nuestro nombre hasta el momento.

—Pero... —No logro terminar la frase porque Claudio me besa y consigue que

olvide lo que estaba a punto de decir.

—Venga, parad ya, u os mando adonde ya sabéis —bromea Andrés entre risas, lo que alerta a Claudio, que me mira expectante por mi reacción.

—Ni hablar: eso ya quedó atrás —le respondo, y noto la tranquilidad de mi chico, que me besa en la cabeza y me abraza con fuerza.

—Pues brindemos por la boda, por el nuevo comienzo en Nueva York y por la exposición de Oslo.

—¿Y cuándo vamos a brindar por ti? —replica Yué dirigiéndose a Andrés, dejándolo sin palabras durante unos segundos.

—Ya lo hacemos —dice él entonces—. Y brindamos también por mí, porque soy feliz viendo a mis amigos felices.

Emocionados, chocamos unas copas con otras.

Observo la sonrisa de Claudio y me doy cuenta de que, cuando estamos juntos, es cuando estamos en el lugar correcto.

Biografía



Soy Iris T. Hernández, una joven de treinta años que lucha por superarse día a día.

Me crie en Sant Adrià de Besòs, una ciudad del área urbana de Barcelona, bajo unos valores de humildad que me han servido para ser la persona que soy. Con tan sólo veintidós años, y sin saber nada de la vida (por mucho que quisiera creer que lo sabía todo), mi actual pareja y yo emprendimos un camino del cual me siento muy orgullosa y cuyo fruto ha sido una personita que nos ha unido más si cabe y que nos lleva regalando sonrisas y alegrías desde hace seis años.

Actualmente dedico la mayor parte de las horas del día a mi trabajo como administrativa; números, números y más números pasan por mis ojos durante ocho largas horas, pero en cuanto salgo por las puertas de la oficina, disfruto de mi familia y amigos, e intento buscar huecos para dedicarme a lo que más me gusta: escribir.

Soy autora de la trilogía *Momento* (2014-2015), *Acepté por ti* (2015), *Sabes que te quiero... a mi manera* (2015) y *A través de sus palabras* (2016).

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<http://iristhernandez.blogspot.com.es/>

@IrisTHernandez

<https://www.facebook.com/iris.t.hernandez.9>

Me gustas de todos los colores
Iris T. Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Subbotina Anna / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Iris T. Hernández, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-08-16630-6

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

